

INDISCIPLINAS

REFLEXIONES

SOBRE PRÁCTICAS METODOLÓGICAS

EN CIENCIAS SOCIALES

Editan

Ana Carolina Arias

Matías David López

FILoSURFER
COLECCIÓN

ii om
Instituto de Investigaciones
en Comunicación

Club Hem
EDITORES



INDISCIPLINAS

Reflexiones sobre prácticas metodológicas
en Ciencias Sociales

INDISCIPLINAS

Reflexiones sobre prácticas metodológicas
en Ciencias Sociales

Editan

Ana Carolina Arias

Matías David López



Indisciplinas : reflexiones sobre prácticas metodológicas en ciencias sociales / Ana Carolina Arias ... [et al.] ;
compilado por Ana Carolina Arias ; Matías David López. - 1a ed. - La Plata : Club Hem Editores ; La Plata :
Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
Instituto de Investigaciones en Comunicación, 2016.
224 p. ; 23 x 16 cm. - (Filosurfer ; 5)

ISBN 978-987-3746-16-1

1. Ciencias Sociales y Humanidades. 2. Metodología de la Investigación. 3. Comunicación Social. I. Arias, Ana Carolina
II. Arias, Ana Carolina , comp. III. López, Matías David , comp.
CDD 300.1

Primera edición diciembre 2016

La Plata - Argentina - Indoamérica

Este es un trabajo impulsado por Club Hem Editores e ICom.

Colección Filosurfer

Los artículos incluidos en esta compilación fueron sometidos a referato.

Fotografía de tapa Berenice Delgado

Edición y corrección Ana Carolina Arias y Matías David López

Diseño de tapa e interiores Agustina Magallanes

Comunicación Leonel Arance

Club Hem Editores

e-mail: clubhem@gmail.com

Facebook Club Hem Editores

Tel.: (221) 421-2946

Diag. 78 #506 La Plata. Argentina

ICom (FPyCS-UNLP)

e-mail: iicom@perio.unlp.edu.ar

Tel.: (221) 422-4090 Int. 116

Av. 44 # 676, oficina 16. La Plata, Argentina

Reconocimiento - Compartir Igual (by-sa): Se permite el uso comercial de la obra y de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta es una licencia libre. Se permite el uso de este libro con fines académicos y pedagógicos citando la fuente y los/as autores/as.



Indisciplinas

**Reflexiones sobre prácticas metodológicas
en Ciencias Sociales**

Edición:

Ana Carolina Arias y Matías David López

**Director del Instituto de Investigaciones en Comunicación
(FPyCS-UNLP):**

Dr. Carlos Giordano

Colaboración editorial:

Bianca Racioppe

Evaluadores/as:

Daniel Badenes (UNQ / FPyCS-UNLP)

Nancy Díaz Larrañaga (FPyCS-UNLP / UNQ)

José Garriga (IDAES-UNSAM / Conicet)

Daniela Lucena (FCS-UBA / Conicet)

Marta Maffia (FCNyM-UNLP / Conicet)

Jerónimo Pinedo (FaHCE-UNLP)

Bianca Racioppe (FPyCS-UNLP)

Pablo Scharagrodsky (UNQ / FaHCE-UNLP)

Laura Teves (FCNyM-UNLP)

Adriana Valobra (FaHCE-UNLP / Conicet)

ÍNDICE

PRÓLOGO

Indisciplinados del mundo, uníos.....13

CARLOS GIORDANO

INTRODUCCIÓN

Notas para indisciplinar las ciencias sociales.....21

MATÍAS DAVID LÓPEZ Y ANA CAROLINA ARIAS

CAPÍTULO I

Una socióloga en un mundo de la música: usos de la investigación etnográfica en la profesionalización de un sello musical emergente de la ciudad de La Plata35

ORNELA BOIX

CAPÍTULO II

Indisciplinar las artes: memoria e imagen.....55

FLORENCIA BASSO

CAPÍTULO III

División sexual del trabajo, régimen político de la heterosexualidad y género. Multiplicando las categorías útiles para el análisis histórico de las mujeres.....77

CANELA CONSTANZA GAVRILA

CAPÍTULO IV

El cuerpo como punto de partida. Etnografía y extrañamiento corporal entre la danza y el circo99

MARIANA LUCIA SAEZ

CAPÍTULO V

Hacer etnografía entre hombres, siendo hombre. Dilemas éticos, de clase y decisiones metodológicas en el trabajo de campo.....121

JUAN B. BRANZ

CAPÍTULO VI

El itinerario intelectual de Antonio Pasquali: aspectos teórico-metodológicos para pensar su abordaje 141

EMILIANO SÁNCHEZ NARVARTE

CAPÍTULO VII

Metodologías de la decepción: Estrategias críticas para la investigación en prácticas artísticas contemporáneas y políticas sexuales... 159

NICOLÁS CUELLO

CAPÍTULO VIII

Investigar e interpelar(nos). Preguntas y desafíos del trabajo de campo etnográfico 179

MARÍA SOFÍA BERNAT

CAPÍTULO IX

Conflicto por el uso de agroquímicos en el partido de Pergamino: un debate para repensar el vínculo naturaleza-sociedad..... 201

DIANA VICTORIA GONZÁLEZ

Los/AS AUTORAS 215

PRÓLOGO

boaventuras nuestroamericanas...

Indisciplinados del mundo, uníos...

*...o de cómo seguimos intentando olvidar
a pesar de tantas evidencias.*

Ana Carolina Arias y Matías David López me han invitado muy amablemente a prologar este libro hermoso, polémico y multifacético. La ocasión hace al prologuista, dice el dicho, ¿no?... entonces, va este “pro-logo”, esta recomendación a unirse a los saberes y prácticas de los que se dan cuenta no sólo en los artículos de los mismos Ana Carolina Arias y Matías David López, más los de Florencia Basso, Sofía Bernat, Ornela Boix, Juan Branz, Nicolás Cuello, Canela Gavrilá, Diana González, Mariana Saez y Emiliano Sanchez Narvarte sino en la *summa* virtuosa que logran editar con astucia, picardía y ánimo revolucionario.

Adhiero y simpatizo con estas formas modernas del *logos*, estos desafíos a ser complementados, estos recorridos que deben ser completados. Las Obra(s) Abierta(s) -a lo aquel Umberto Eco inicial- siempre me han seducido más que los “colorín, colorado” de los cuentos acabados.

Por esto es que, aprovechando la simple complejidad de la invitación, les comparto las reflexiones que me ha provocado la lectura...

Advertencia Primera. El eurocentrismo sigue siendo la principal tendencia intelectual entre los académicos de las ciencias sociales en las universidades de gestión estatal argentinas. Así como lo es la adherencia acrítica de cualquier

modelo estadounidense-norteamericano por parte de las masas que circulan por las universidades de gestión privada argentinas y de varios desarrollos disciplinares técnicos tecnologizados de unidades académicas “públicas” connacionales.

No hay, salvo algunos muy escasos y pintorescos intentos de extravagancia ilustrada, adscripciones a modelos “chinos”, “soviéticos”, “africanos”, “cubanos”, “bolivarianos” o “mandelianos” (por Mandela y no Mandel) de poner “norte” a los desarrollos filosóficos, políticos, culturales, tecnológicos y/o educativos (por citar algunos pocos ejemplos, pero sin dejar de nombrar los principales) en los que trabajamos cotidianamente en el campo de nuestros territorios físicos, simbólicos, materiales, geográficos, institucionales (en todos y en cada uno).

Como nota aclaratoria inicial, también vale el apunte sobre que estas dos afirmaciones importan tanto para los procapitalistas como para los “emancipadores”¹, tanto para los “integrados” como para los “apocalípticos”², tanto para esclavos en sí como para masoquistas políticos³... es decir, es transversal a las tendencias de las discusiones clásicas sobre Liberación o Dependencia, Patria o Colonia, Disciplina o Inter o Trans...

Segunda. Cuando la entonces Presidenta de la Nación Argentina, la Dra. Cristina Fernández de Kirchner -en ocasión de estar accionando en gestión gubernamental frente al fenómeno climático-administrativo de la inundación del 2 de abril de 2013 en la Región Capital de la provincial de Buenos Aires- se detuvo ante los micrófonos de la emergencia y postuló que “la Patria es el Otro”, ordenó el sentido con que se venía dando la discusión ideológica al respecto: Nosotros o Ellos, Yo o Nosotros, El o Vos...

Tercera. Ahora, despojada ya la tensión contradictoria sobre para quiénes gestionar el conocimiento -dicho esto con el respeto

¹ Parafraseando el término acuñado en los foros independentistas de todo dominio.

² Retomando las categorías del Umberto Eco de los primeros setentas del siglo pasado.

³ Marx (Carlos) o el Marqués de Sade reutilizados, recuperados *ad hoc*.

ciudadano por los deseos expresados por las mayorías en tanto voto electoral y adelantando analíticamente unas conclusiones ideologizadas, es decir prejuiciosas pero precautorias-, tomo aquellas certezas del principio para cuestionar los estatutos de unas coyunturas académicas que ya huelen a superestructuras sistémicas, dada la duración de su eficacia y la contundencia de la normalización de su glosario.

Afirmación Primera. Metido en el desafío de pensar sobre las *Indisciplinas. Reflexiones sobre prácticas metodológicas en Ciencias Sociales*, desde este planteo de “indagar en las formas astutas y creativas de hacer, aprender, entender e interconectar los procesos de investigación en distintas áreas temáticas y disciplinares”, marchó imbuido de una vitalidad que no por joven, no ha envejecido sino que, por el contrario, tiene la vigencia de aquellas semillas enterradas como cadáveres, olvidadas en sus potencias vitales pero riquísimas en su complejidad identitaria ancestral, situada, histórica, sincrética y prospectiva: epistemologías del Otro o esas *buenaventuranzas* que proponemos recuperar como sentido y destino *nuestroamericano*⁴.

Segunda. Unas epistemologías del Otro que recuperen la potencialidad de una construcción sociodisciplinar colectiva; despojada de la eventualidad húmeda, inundante, así como de la resistencia academicista formal, profusamente ideológica. Porque el Otro aún está ahí, en medio de todas las intemperies pero nominado, nominado pero desnudo, desnudo pero vivo, vivo pero inmovilizado, inmóvil pero sensible, sensible pero malherido de usos y costumbres. Es decir, humano pero sin estatuto de ejemplaridad.

Tercera. Si la epistemología son aquellas prácticas que estudian los principios, fundamentos, extensión y métodos del conocimiento humano; si el Otro es al mismo tiempo prójimo, cultura y sociedad⁵... si es anterior, exterior, superior... si conforma la ética y la

⁴ josemartinianamente hablando.

⁵ Resonancias lacanianas de nuestras tempranas lecturas escolares.

estética, es decir si desnaturaliza... entonces, en medio de aquel río del Heráclito de Éfeso, opto por unas puntualizaciones históricas que trataré de recuperar para el acervo coyuntural de lo político sobre el discurrir aparentemente calmo de las tradiciones académicas adherentes, impúdicas, estéticas del hambre, éticas de la desesperanza:

1. cuando una orden es inmoral y violenta tu conciencia, siempre podrá haber un Otro que te haga justificar la auto-violación y poner afuera lo que también te constituye como “ser académico” (neologismo bastante interesante, dicho como fallido interidiomático en los pasillos neoportugueses, pero escuchado como acierto crítico situado)⁶,
2. cada quien queda adherido a lo que puede (cuando no lo quiere). Por lo tanto, donde uno queda situado es la consecuencia de aquel poder sin quererlo. La cuestión es si uno quiere iniciar un camino diferente para llegar a una nueva situación o si el Otro vuelve a ser la estética de nuestra justificación reinstitucionalizante⁷,
3. no es posible que te apliques la orden sin que el Otro te incluya en su nómina. El olor a pasta apenas húmeda (ese perfume amarillo que se desprende de libros avejentados) se te queda prendido como distintivo áulico⁸,
4. epistemologías del Otro: la nueva forma del Medio, la forma vieja del Miedo (que está a mitad de camino del Olvido⁹),
5. (ya lo dijo Charles Spencer, ese Otro lúdico con que Hegel nos convenció de ser marxistas pero no revolucionarios): cuanto más sube el monito, más cerca está de olvidarse de las traiciones que necesitó¹⁰,
6. cualquier tintura tiñe, el punto es con qué lentes te están

⁶ boventura gramsciana.

⁷ ferminchavando al Cooke de los mancebos.

⁸ Leer al Alberto Manguel funcionario bibliotecológico pero en clave italoalvina, baronramantina.

⁹ ese Olvido yerushalmico, social, el que no es posible sin pacto consciente, íntegro, inclaudicable.

¹⁰ Relecturas sobre Beatriz Sarlo, lugar mítico de quienes piensan que Hannah Arendt es lo mismo que Elisa Carrió pero “nuestra” (aunque resuenen acordes “ricoteros”).

mirando. Tu pelirrojo puede ser “de negros”, o el rubio volverse canoso apenas dejás de recitar las biblias de las editoriales propias. Las “carmelas” siempre ordenan las miradas, siempre estetizan desde los supuestos Otros (mientras que el que se la pone es uno mismo)¹¹,

7. si para nosotros nada, ¿el Otro queda afuera? Si para todos, todo ¿el Otro también somos nosotros? La Ciencia Política, la Comunicación, las Ciencias Sociales, tienen capítulos argentinos que no resisten ninguna traducción (porque en ellos ya están todas)¹².

Final final. Todo dicho en función de la transformación ubicua de los puntos de partida: hechos, escritos, anécdotas, series de datos, ejemplos con que nuestros autores están pensando en las formas de hacer, aprender, entender e interconectar los procesos de investigación en Ciencias Sociales. Y piensan también las Indisciplinas en este presente pero sobre todo, sobre todos los pasados y los posibles futuros deseados; por estos nosotros que somos hoy y aquí, y que debiéramos unirnos sin aquel miedo ancestral a fantasmas recorredores: ya hemos logrado nuestras propias pesadillas americanas como para seguir oliendo la sangre en el oro saqueado, inmóvil en los museos de las europeidades modernas.

Indisciplinados e indisciplinarios del mundo, sigamos haciendo de estas pequeñas maravillas (**Indisciplinas...** lo es) la oportunidad de la unidad de sentidos y la posibilidad de destinos de unidad (que no disciplinar).

CARLOS GIORDANO
ICom (FPyCS-UNLP),
primavera de 2016.

¹¹ Donald Trump estaría diciendo más que su propio discurso folklórico... andaría siendo el grito primordial de una raza de guerreros que aún anda activa y con sed de sangres.

¹² corolario subcomandantizado... ver y permitir cualquier referencia al Subcomandante Marcos (líder complementario de unos comandantes colectivizados, emblema posrevolucionario de algunos intelectuales que quieren *socar*, en términos “nicas” -oralidad nicaragüense escuchada en tiempos sandinistas-).

Notas y referencias

Arendt, Hannah. (2004 [1951]) *Los orígenes del totalitarismo*. México: Taurus.

Calvino, Italo. (1957) *El Barón Rampante*. México, Narradores del Mundo.

Carrió, Elisa. Diputada de la Nación. Aforista amenazante de rivales y aliados políticos en forma alternativa, cambiante y aleatoria (en ese orden y sin final hasta el momento de esta escritura).

Chaplin, Charles. Actor y Director cinematográfico inglés del género cómico-irónico. La referencia va sobre su obra “Tiempos Modernos” (1936).

Chávez, Fermín. (2013) (compilado pro Ana Jaramillo) *Epistemología para la Periferia*. Remedios de escalada: Universidad Nacional de Lanús.

Feinmann, José Pablo. Encuentro 9: “John William Cooke. El ideólogo de la izquierda peronista”. Filosofía aquí y ahora, Ciclo IV, *Canal Encuentro*. Disponible en: http://www.conectate.gov.ar/sitios/conectate/busqueda/buscar?rec_id=100236

de Sousa Santos, Boaventura. (2009) *Epistemologías del Sur*. México, Siglo XXI.

Conferencias: “¿Desarrollo o Autodeterminación? Siete amenazas y siete desafíos” Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=4dR39bSbnic>

“Descolonización Epistemológica del Sur”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=hb1yUnf8TQU>

Eco, Umberto. (1984 [1965]) *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*.

Gramsci, Antonio. (1981 [1975]) *Cuadernos de la Cárcel*. Tomo 1. México, Era

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. (1986 [1807]) *Fenomenología del Espíritu*, México, FCE.

Heráclito. Dicen que dijo “en los mismos ríos entramos y no entramos, somos y no somos los mismos” o en su versión castellana, “no se puede entrar dos veces en el mismo río”

Lacan, Jacques. (2008 [1983]) *El seminario*. Libro 2. Buenos Aires: Paidós.

Manguel, Alberto. (2008) *Todos los hombres son mentirosos*, Barcelona: RBA

Marcos, Subcomandante.

<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2014/05/25/entre-la-luz-y-la-sombra/>

Martí, José.

<http://www.cucsh.udg.mx/cmarti/sites/default/files/nuestraa.pdf>

Marx, Carlos. *Escorpión y Félix: una novela humorística* es la única historia cómica de ficción que ha sido escrita por Karl Marx. Redactada en 1837, cuando Marx tenía 19 años, no fue publicada.

de Sade, Donatien Alphonse François (Marqués). (1904) *Los 120 días de Sodoma o la Escuela de Libertinaje*. Random House, Francia.

Sarlo, Beatriz.

“Elisa Carrió, república y tragedia”. (Luis Diego Fernández),

Perfil, 25 de mayo de 2013. Disponible en: <http://www.pressreder.com/argentina/perfil-sabado/20130525/282265252965667>

Trump, Donald. Multimillonario candidato a presidente del Mundo.

Yerushalmi, Yussuf.

INTRODUCCIÓN

Notas para indisciplinar las ciencias sociales

MATÍAS DAVID LÓPEZ Y ANA CAROLINA ARIAS

Teniendo presente una serie de discusiones que resumimos a continuación, nos proponemos esbozar los contornos de la producción académica en Ciencias Sociales que habita en el espacio universitario. En relación con ello, *Indisciplinas* persigue el fin de indagar en las formas astutas y creativas de hacer, aprender, entender e interconectar los procesos de investigación en distintas áreas temáticas y “disciplinares”. En particular, releva ciertos debates y reflexiones sobre los recorridos metodológicos de investigadores/as en formación de la Universidad Nacional de La Plata.

En la frontera de las prácticas y los saberes

La propuesta de encarar este libro surgió a partir de algunas sospechas: ciertas esferas del mundo académico, tradicionalmente particionado en *disciplinas*, están siendo cuestionadas. Como es sabido, la “crisis de los paradigmas”, por muchos lados anunciada, también le tocó a las Ciencias Sociales. La organización disciplinar se encuentra en un momento de redefiniciones (Wallerstein, 2006)¹. Y esto ocurre, por lo menos, en dos sentidos:

¹ En el informe colectivo publicado como *Abrir las Ciencias Sociales*, Wallerstein junto a otros científicos expusieron que, ante una situación de inestabilidad, superposiciones de objetos y metodologías entre disciplinas y cuestionamientos a sus legitimidades, lo primordial es una “reconfiguración de las fronteras organizacionales” dentro de las disciplinas de las ciencias sociales, que podría ser el resultado de debates plurales entre estudiosos de diferentes partes del mundo.

por un lado, cada disciplina por sí sola no puede dar cuenta de la complejidad de los procesos, las estructuras, las relaciones, las prácticas y los conflictos que producen y habitan el mundo. O puede dar cuenta de tal complejidad parcialmente: las prácticas y los saberes exceden los límites de cualquier encorsetamiento disciplinar. En las Ciencias Sociales la proliferación de campos de saber emergentes² *desbordó* el compartimento disciplinar al introducir miradas críticas, la renovación y complejización en los objetos de estudio y diversos entrecruzamientos de perspectivas teórico-metodológicas. Es así que podemos decir que se *indisciplinaron* las ciencias de lo social.

Por otro lado, hay un sentido más amplio, radical y crítico: el final de “la disciplina” como fuerza productora -de lazo social, de seres humanos, de sociedad, de saberes- que todavía está dando sus últimos coletazos; y el pasaje a otro espacio social marcado por nuevas coordenadas. Así como Foucault y Deleuze plantearon, en algunas reflexiones, que el mundo de las disciplinas cedía al control, podemos plantear que en la educación uno de los rasgos de este proceso radica en que la “formación permanente” se abre paso frente al peso de la formación disciplinaria.³

La *interdisciplina* y la *transdisciplina* han sido, muchas veces, prácticas útiles y validadas para salir(se) de las anteojeiras de cada uno/a y del lugar tabulado de las reglas del campo académico, de la ciencia y de la investigación⁴. Pero hay que trabajarlas y ejercitarlas constantemente. Para ello, es necesario entender lo

² Nos referimos principalmente a los estudios de comunicación, los estudios culturales, los estudios feministas, los estudios de género y los estudios pos y decoloniales, entre otros.

³ Esta última marcada por el pasaje de una institución -cerrada sobre sí misma- a la otra, donde cada una se monta sobre la modulación que ejerce la precedente, iniciando de nuevo el ciclo disciplinario: de la familia a la escuela, de la escuela a la fábrica o al ejército y así sucesivamente. Partiendo de la idea de la “eclosión de la disciplina”, se pueden entender los *procesos de destitución y composición* de la educación en Argentina (Corea y Lewkowicz, 2004).

⁴ En contrapartida, muchas propuestas institucionales, tales como las convocatorias de proyectos, subsidios y becas, refuerzan las distinciones disciplinares y las lógicas del campo académico.

inter-transdisciplinar en tanto constituye una apuesta por salir de los interiores disciplinares y no como un dato previo. Esta mirada implica un aporte al análisis, la interpretación, la reflexión y la crítica tanto de los procesos sociales, culturales e históricos, como de las propias formas académicas e investigativas de producción de conocimiento.

A su vez, podemos preguntarnos ¿qué reglas constituyen el “interior” y/o los límites de una disciplina? ¿Es suficiente la categoría de *disciplina* para entender la producción de conocimiento?. Algunos estudios se han dedicado a comprender la producción de conocimiento sin necesidad de estos interrogantes, es decir, sin recurrir a la delimitación disciplinar. En algunos trabajos de la historia de la ciencia y de los análisis socioculturales se ha señalado la riqueza de enfocar en las propias prácticas científicas, considerando los lugares y espacios donde las mismas se producen⁵. Por ejemplo, algunos autores proponen focalizar el análisis en la “biografía” de los objetos científicos (Daston, 2000), en los agentes humanos y redes sociales que intervienen en la práctica cotidiana de la ciencia (Podgorny, 2009) o partiendo de un mapa de preguntas-problema (Martín-Barbero, 2004).

Por otra parte, en los últimos años, diferentes trabajos han contribuido a considerar la importancia y la complejidad de los aspectos metodológicos en las investigaciones en Ciencias Sociales, resaltando la necesidad de explicitar de forma reflexiva el proceso metodológico en la propia investigación, así como el lugar

⁵ En línea con esto, el llamado “spatial turn” de las humanidades y las ciencias sociales ha promovido diversos estudios que resaltan la importancia de analizar la dimensión espacial de las actividades humanas, permitiendo formas de aproximación y de diálogo interdisciplinarias (Blank y Rosen-ZVi, 2010). Estos estudios señalan cómo a lo largo del siglo XIX y el XX las disciplinas humanísticas y sociales se han vinculado con espacios específicos, que “imprimen” sus características en aquello que es considerado como disciplinar (Warf y Arias, 2009)

del investigador/a (Wainerman y Sautu, 2001; Marradi, Archenti, Piovani, 2007; Guber, 2001, 2004, 2013).

Escenarios e idearios

En la Argentina, las reformas y reestructuraciones impulsadas por el Estado para el sector universitario en la década de 1990 se sostuvieron sobre todo en dos dispositivos fundamentales: el cambio en las formas de financiamiento y la incorporación de mecanismos de evaluación. El despliegue de estos dispositivos en el campo universitario, reafirma el patrón conflictivo que caracteriza -según cierto “relato canónico”- la relación Universidad-Estado en el país. Algunos autores han matizado esta visión, considerando los contextos específicos de relaciones establecidas entre agentes y lógicas del campo académico universitario y del campo burocrático estatal, tales como la circulación e intercambios bilaterales de ideas, valores y personas (Soprano y Suasnábar, 2005).

Pensando en una caracterización contemporánea sobre las transformaciones sustanciales que se produjeron en las últimas décadas en la educación superior en Argentina y especialmente en la Universidad Pública, podemos encontrar situaciones y experiencias novedosas y diferentes. Si hasta no hace mucho tiempo atrás, la realización de un Doctorado para otras generaciones de académicos/as era la conclusión de su formación, hoy en día realizar estudios de posgrado es el inicio de una posible “carrera de investigador/a científico/a”, un punto de partida necesario. Incluso en la actualidad ocurre con frecuencia que graduarse de Doctor o Doctora no certifica ni garantiza el ingreso y la permanencia en esa “carrera”, sea en las universidades nacionales como en las agencias de investigación científico-tecnológica.⁶

En los últimos años las políticas de becas para el estudio y la investigación tanto en grado como en posgrado, impulsadas por

⁶ Cabe mencionar otro ejemplo: con títulos de posgrado en mano, se puede trabajar en la universidad y en el resto del sistema educativo “sobre-calificados/as” para muchas de las tareas que se asumen. Hoy se encuentran en la UNLP ayu-

agencias nacionales y provinciales y de la propia Universidad pública, posibilitan y permiten concretar estudios de posgrado en el país y en el exterior. Se trata de espacios concretos que habilitan trayectorias de formación académica y de una masividad y extensión inéditas en este tipo de política educativa y científica. Asimismo, son un ámbito para poder contener el aluvión de recientes graduados/nuevos estudiantes que buscan desarrollarse profesionalmente y realizar ese ideario de la “formación permanente”, en la instancia del posgrado. Esto demuestra ciertas *ambivalencias* en un escenario cambiante para la educación superior.

Pero el desaliento no es una idea que moviliza este libro. Tampoco la celebración acrítica de un escenario universitario contemporáneo constituido por tensiones y contradicciones. Lo que sí nos hace *andar* es la intencionada voluntad de interpretar e intervenir allí. Consideramos además que la Universidad pública habilita ciertas prácticas renovadoras para re-pensar la formación humanística, científica y profesional en múltiples niveles: inicial, pre-grado, diplomaturas, proyectos de extensión, postítulos, grado y posgrado. Asimismo, creemos que la universidad tiene un papel destacado en las articulaciones con diversas apuestas de las organizaciones sociales y populares; desarrollos dispares que *pelean* con la tradición elitista y conservadora que anida en las universidades centenarias.

El proyecto

Partiendo de estas inquietudes, convocamos a diferentes investigadoras e investigadores de la Universidad Nacional de La Plata para que compartan sus experiencias en relación a una serie de objetivos y ejes posibles de reflexión. El objetivo general del libro consiste en brindar un espacio de publicación académica a

dantes diplomados/as realizando estudios de posgrado -con o sin becas- o incluso recibidos/as de magíster y doctor/a con dedicaciones simples o sin dedicación, lo cual representa un alto grado de incertidumbre laboral al momento de decidir hacer una carrera académica y de investigación en la universidad.

investigadores/as en formación de la UNLP, que incentive la lectura y el entrecruzamiento de investigaciones, miradas teóricas y perspectivas metodológicas. Relacionado con ello, esta compilación busca reflexionar en torno a lo interdisciplinario, lo transdisciplinario y lo “indisciplinado” en la producción de conocimientos en las Ciencias Sociales; atendiendo a cuestiones como: reflexividad, articulaciones y diálogos de saberes académicos; prestaciones, resignificaciones y convites de categorías, perspectivas y herramientas metodológicas y objetos; sistematicidad y rigurosidad. En particular, se propuso a los/as autores/as que focalicen sobre *lo metodológico* en las Ciencias Sociales: recorridos, modalidades, perspectivas, herramientas y técnicas.

Los ejes propuestos de trabajo fueron los siguientes: a) Experiencias del trabajo de campo: dificultades, problemas y desafíos. b) Préstamos y usos de categorías y herramientas metodológicas. c) Etnografías con grupos y colectivos sociales: las identidades / socialidades / grupalidades. d) El trabajo con archivos y documentos: la búsqueda y selección de fuentes, el análisis y la interpretación de los materiales. e) La utilización de recursos cartográficos, visuales y digitales para la recopilación, análisis e interpretación de materiales.

Lejos de querer generar una coctelera de investigadores/as en formación, disciplinas y campos de saberes de las Ciencias sociales; este libro pretende plantear y analizar las tensiones, los cruces, los ajustes y las prestaciones que en el proceso de investigación se abren para aportar a la construcción de conocimientos académicos y sociales. En relación a esta propuesta, la invitación a diferentes autores/as se basó en criterios de selección tales como: la diversidad temática, analítica y metodológica en las investigaciones que llevan a cabo; la originalidad o creatividad en el proyecto, la pertenencia a diferentes espacios académicos den-

tro de la Universidad Nacional de La Plata, el grado de avance de su investigación y la equidad de género.

Sin duda, la selección ha constituido una tarea difícil y por cuestiones de extensión del libro necesariamente restrictiva. Esto nos anima a pensar la presente compilación como un primer paso del diálogo inter/trans/indisciplinar, con la posibilidad de abrir nuevos espacios de intercambio a futuro. No pretendemos que estos nueve capítulos sean *representativos* de la totalidad y el amplio arco de investigaciones en Ciencias Sociales llevadas adelante en nuestra universidad por investigadores/as en formación. Si consideramos que los textos que forman parte de este volumen dan cuenta de la heterogeneidad, las tensiones y discusiones en relación a las preguntas que guiaron la convocatoria.

Sobre los capítulos

Los trabajos que componen este libro, como se señala arriba, proveen una diversidad de enfoques y temas y permiten una mirada posible a la producción académica de la Universidad Nacional de La Plata.

Una buena parte de los trabajos se agrupan en torno a experiencias de trabajo de campo etnográfico, las cuales permiten a su vez discutir sobre diferentes categorías y herramientas y sobre el proceso mismo de la investigación. En el **capítulo uno**, a partir de un análisis reflexivo de su propia participación en las actividades del sello musical platense “Concepto Cero” y en las redes de producción estética que se vinculan al mismo, Ornella Boix señala los límites de algunas categorías utilizadas tradicionalmente en el trabajo de campo etnográfico, tales como “nativo”, “informante” e “investigadora/etnógrafa/socióloga”. La relación etnográfica que establece la autora con los músicos es considerada desde la interacción y la interlocución, reconociendo el papel de los pro-

pios sujetos en la interpretación de sus prácticas. Asimismo, señala cómo el proceso de “volverse socióloga” le permite comprender el proceso de profesionalización que estaban llevando a cabo los integrantes del sello, donde su participación como “amiga” y como “socióloga” será parte del mismo.

Así como Boix se involucra en el mundo de los sellos musicales, Mariana Saez relata en el **capítulo cuatro** cómo se relaciona *corporalmente* en sus experiencias etnográficas en los circuitos de la danza y el circo contemporáneos en la ciudad de La Plata. En su trabajo, la reflexividad es llevada al orden del propio cuerpo de la investigadora, en tanto herramienta de conocimiento y como un territorio de tensiones y articulaciones durante el trabajo de campo. La autora se dedica a desarmar la definición de lo extraño y lo propio, cuestión que caracteriza al quehacer antropológico, ubicando su práctica *corporal* de investigación en relación a diferentes identidades: bailarina, acróbata, docente, antropóloga, entre otros. Así, para Saez el extrañamiento se desplaza de lo teórico hacia lo corporal, *visceral* y le permite ubicarse, de forma crítica, en un espacio dialéctico entre la aproximación y la distancia: “ni adentro ni afuera”.

Boix y Saez muestran de forma clara cómo la experiencia de campo, cuando se realiza de forma reflexiva, permea el proceso de investigación, transformando algunas preguntas y supuestos y abriendo posibilidades no sospechadas al momento de diseñar las estrategias metodológicas desde el “afuera”. Asimismo, esta reflexividad discute distinciones tales como lo propio y lo otro, relativizando los límites entre nativos e investigadores/as y proponiendo formas de análisis específicas, profundamente implicadas con el “objeto” de estudio.

Otra forma de aproximación etnográfica es relatada por Juan Branz en el **capítulo cinco**, quien se ocupa de estudiar la construcción de masculinidades entre un grupo de hombres que practican rugby, atendiendo especialmente al clivaje de la clase social y ocupándose de recuperar el “punto de vista de los actores”

para entender las lógicas que estructuran el campo del rugby en la ciudad de La Plata. Su interés se centra en las representaciones, relevadas a partir del trabajo de campo en algunos clubes de rugby de la ciudad y de documentos institucionales, periodísticos e históricos. De esta forma, combina el estudio etnográfico con aproximaciones comunicacionales de análisis del discurso. Aquí, el extrañamiento es vivido como posición de conocimiento y de necesaria distancia para la construcción analítica del otro. Pero también hay una relación de aproximación al campo, que permite al autor discutir consigo mismo y sus preconceptos sobre este deporte -y sobre quienes lo practican-, redefiniendo sus preguntas de investigación y encontrándose con experiencias que lo llevaron a discutir los límites con aquello definido como “otro”.

Siguiendo esta línea de reflexiones en torno al trabajo de campo, en el **capítulo ocho** Sofia Bernat relata cómo la experiencia en un barrio de Ringuelet (Partido de La Plata) resultó clave en el diseño de su investigación, redefiniendo el tema, los problemas y las percepciones que ella tenía de los “actores” y de ella misma. La autora, quien combina la comunicación social con la etnografía, utiliza diversas técnicas para afinar su trabajo en un barrio que se encuentra en proceso de relocalización luego de las inundaciones que afectaron la región en abril de 2013. El proceso la lleva a reflexionar sobre ciertos *a priori* y a repensar algunas categorías, especialmente aquellas vinculadas a la definición de la alteridad, los otrxs/nosotrxs y lo extranjero/local en un determinado territorio, valorando el punto de vista propio de los sujetos que conforman el “referente empírico”.

El **capítulo nueve** también se vincula con la experiencia etnográfica. En este caso, Diana González realiza una revisión bibliográfica sobre los diferentes estudios que se ocupan de las relaciones entre naturaleza y sociedad, centrándose especialmente en aquellos que poseen una perspectiva economicista. Estas ideas le sirven para compararlas con las percepciones de sus “interlocutores”, un conjunto de pobladores del partido de Pergamino (pro-

vincia de Buenos Aires) que debaten principalmente sobre el uso de agroquímicos en las fumigaciones. Así, esta autora identifica diferentes argumentos en los grupos que conforman la disputa, que se relacionan a su vez con distintas posturas teóricas. González propone, a partir del estudio específico de conflictos ambientales de la región, reconsiderar las relaciones entre naturaleza y sociedad y estudiar estos temas desde lo interdisciplinario, propiciando el diálogo con las comunidades afectadas.

Por otra parte, varios capítulos se ocupan de profundizar discusiones dentro de campos de saber específicos, aportando ideas y debates a los mismos y proponiendo usos creativos de categorías y herramientas metodológicas. Así, Florencia Basso, en el **capítulo dos**, se propone comprender ciertas producciones artísticas como “fuentes”, cruzando diferentes perspectivas como la Historia del Arte, la Memoria y la Historia Reciente. Para ello, analiza las producciones visuales de los artistas pertenecientes a la segunda generación de exiliados políticos en México -hijos/as nacidos/as en México de padres argentinos exiliados a causa de la última dictadura cívico-militar argentina entre 1976 y 1983- y que han retornado a la Argentina. A partir de este estudio, la autora propone la integración de categorías y herramientas provenientes de diferentes enfoques disciplinarios.

Emiliano Sanchez Narvarte, en el **capítulo seis**, también propone un “cruce teórico-metodológico” entre diferentes perspectivas y recurre a los desarrollos de la Historia intelectual y de la Sociología de la cultura para señalar los aportes de estos enfoques en el análisis de itinerarios intelectuales y de las formas de producción de conocimientos. En particular, aplica esta perspectiva para comprender las huellas de Antonio Pasquali, relacionando aspectos epistemológicos de su producción teórica con los procesos y debates políticos y culturales en los cuales se desarrolló la misma. Esta perspectiva permite trascender las distinciones entre lo interno y externo en la producción de saberes, proponiendo un punto de encuentro entre “las ideas” y “lo social”

para entender las trayectorias individuales, insertas en campos de relaciones que exceden lo personal o biográfico.

En el **capítulo tres**, Canela Gavrilá se sumerge en la teoría de género para señalar sus alcances y limitaciones en el estudio de la Historia de las mujeres. Así, propone el diálogo con otras categorías feministas que permitan potenciar el pensamiento crítico sobre las relaciones de poder entre los sexos, como *división sexual del trabajo* y *régimen político de la heterosexualidad*. En una búsqueda que propone deconstruir el carácter androcéntrico de la ciencia, en especial de la historia, la autora considera estas categorías como *útiles* -parafraseando a un texto clásico de la historiadora Joan Scott- en tanto contribuyen a la comprensión del género y el sexo como construcciones sociales. Asimismo, esta mirada aporta una referencia fundamental a relaciones sociales específicas de opresión y explotación en las cuales se hallan las mujeres, en función de intereses políticos, económicos e ideológicos en que ha sido construido su sexo.

Siguiendo una perspectiva de género, Nicolás Cuello en el **capítulo siete** analiza un conjunto de prácticas de “activismo artístico” que se desarrollaron desde finales de 1990 en la Argentina. Las prácticas que estudia el autor son aquellas que considera de “intervención sexopolítica disidente” y las analiza combinando el enfoque teórico-metodológico de la Historia del arte con los Estudios poscoloniales y algunos desarrollos de la Teoría *queer*. Su propuesta se vuelve también hacia la propia práctica investigativa, con la cual busca evitar la “docilización” de la alteridad disidente de dichas prácticas artísticas. Esto lo lleva a cuestionar las tramas de tecnologías sexopolíticas y de representación cultural en las cuales se inserta la historia del arte. Así como Gavrilá introduce nuevos conceptos que permiten complejizar la historia de las mujeres, Cuello propone una serie de consideraciones metodológicas que, a partir de una subjetivación crítica, podrían

modificar las formas de producción académica, tanto en la historia del arte en particular como en las ciencias sociales en general.

En conjunto todos los capítulos conforman un itinerario diverso sobre las prácticas de investigación de la UNLP y dan cuenta de reflexiones en diferentes instancias del proceso de investigación. Como podrán apreciar en la lectura del libro, algunos trabajos presentan las primeras reflexiones del trabajo de campo o de la interacción con su tema de investigación; otros presentan discusiones al estado de la cuestión de las tramas de saber que atraviesan sus proyectos de investigación; por último, algunos trabajos presentan una discusión metodológica atravesada por un análisis avanzado de sus temas de estudio.

Si bien planteamos una serie de ejes posibles de discusión y reunimos a diferentes formaciones disciplinares, nos encontramos con muchos puntos de coincidencia entre los ejes escogidos por los/as autores/as. Esos espacios de coincidencias quizá puedan dar cuenta de ciertos intereses en común que trascienden las formaciones y las unidades académicas.

Agradecimientos

Todo proyecto editorial precisa para concretarse de voluntad y esfuerzo colectivo. Es por eso que queremos agradecer, en primera instancia, a las autoras y los autores que formaron parte de esta publicación, por interesarse en la propuesta que les enviamos y por responder con dedicación y entusiasmo a nuestras sugerencias. En segundo término, queremos agradecer a las autoridades del Instituto de Investigaciones en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP por alentar y avalar esta propuesta de publicación que implicó el desafío de reunir y poner en diálogo propuestas de investigación y recorridos académicos heterogéneos. En ese sentido, queremos agradecer especialmente a Bianca Racioppe por la permanente colaboración editorial y a los y las evaluadores/as de los capítulos que integran el libro. Por último, queremos agradecer a Club Hem editorxs, un proyecto editorial amigo, que forma parte de las múltiples apuestas que dinamizan a la cultura alternativa de la ciudad de La Plata.

Bibliografía

- Blank, Yishai e Issi Rosen-Zvi. (2010) "Introduction: The spatial turn in social theory" en *HAGAR* n° 10, vol. 1. pp 1-6.
- Corea, Cristina e Ignacio Lewkowicz. (2004) *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós.
- Daston, Lorraine. (2000) *Biographies of Scientific Objects*. USA: The University of Chicago Press.
- Guber, Rosana. (2004 [1991]) *El Salvaje Metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós,
- (2011 [2001]). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2013) *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo de la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- Marradi, Alberto; Nélide Archenti y Juan Piovani. (2007) *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Martín-Barbero, Jesús. (2004) *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Buenos Aires: FCE.
- Podgorny, Irina. (2009) *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850 - 1910*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Soprano, Germán y Claudio Suasnábar. (2005) "Proyectos políticos, campo académico y modelos de articulación Estado-Universidad en la Argentina y el Brasil" en Rinesi, E., G. Soprano y C. Suasnábar (comp.). *Universidad: reformas y desafíos*. Buenos Aires y Los Polvorines: Ed. Prometeo / UNGS.
- Wainerman, Catalina y Ruth Sautu (Comp.). (2001) *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires: Lumiere.
- Wallerstein, Immanuel (Coord). (2006 [1996]) *Abrir las Ciencias Sociales*. México: Siglo XXI / UNAM.
- Warf, Barney y Santa Arias. (2009) "Introduction: the reinsertion of space in the humanities and social sciences". En: Warf, Barney y Santa Arias (Eds.). *The Spatial Turn. Interdisciplinary perspectives*. USA y Canadá: Routledge. pp. 1-10.

CAPÍTULO I

Una socióloga en un mundo de la música: usos de la investigación etnográfica en la profesionalización de un sello musical emergente de la ciudad de La Plata

ORNELA BOIX

Introducción

En este trabajo me propongo considerar la etnografía -aún en curso- realizada desde el año 2011 con un sello musical anclado en la ciudad de La Plata como un proceso de reflexividad. A partir del análisis de la interacción etnográfica con los músicos y artistas participantes de este sello musical me propongo dar cuenta de un aspecto del diálogo que mantuve con ellos, donde el conocimiento de las ciencias sociales adquiere relativa centralidad para una modalidad emergente de producción y gestión musical. Con ese objetivo, analizo los roles que adquirió mi participación en estas redes de producción estética, en relación con las posiciones de los músicos. Esto no sólo revelará características clave del grupo analizado, sino que conduce a criticar categorías universales de reflexión metodológica (etnógrafa y “nativos”, socióloga e “informantes”, etc.) para singularizar las reflexiones metodológicas sobre los sujetos que hacen posible la investigación. A la par que rechazaré las posturas críticas que niegan el poder de interpretación de los actores acerca de sus propias prácticas, consideraré la relación etnográfica específica que tuve con ellos como una interlocución.

En los últimos veinte años, numerosas publicaciones han discutido en el campo local la reflexividad en el trabajo etnográfico. Desde la consideración de que la reflexividad es constitutiva de la etnografía como proceso de conocimiento y de que el investigador es el instrumento de producción de datos, se entiende que las interacciones entre los llamados convencionalmente investigador

e informantes -categorías que discutiré más adelante- constituyen una relación permeada de situaciones socialmente significativas que construyen el objeto de investigación (Guber, 2011). De acuerdo a esta perspectiva, algunos trabajos focalizan en las diferentes posiciones o roles que propone, recibe y negocia el investigador en sus interacciones con los llamados sujetos investigados, contexto en el que las insistencias, confusiones o mal-entendidos revelan lógicas propias del grupo en análisis (Guber, 1995; Auyero y Grimson, 1997; Frederic, 1998; Grimson, 2003, Guber, 2014). Inspirado en estos desarrollos, un primer objetivo de este trabajo es mostrar qué características asume la negociación de roles en un proceso de investigación desplegado en el período 2011-2015 con un sello musical de gran dinamismo y en camino de profesionalización. De esta manera, mostraré cómo los avances de investigación se ven implicados con el proceso de profesionalización del sello mismo y revierten en la reflexividad de los propios músicos y en las maneras en que mi presencia es entendida y valorizada por ellos. El segundo objetivo es trascender el ejercicio de la reflexividad focalizado en los roles de campo para aplicarlo al respecto de la definición singular de las posiciones en la investigación, en un aporte a las discusiones recientes en el campo de la metodología etnográfica.

Como analizo en otros trabajos (Boix, 2015), una vez desatado el vínculo de necesidad entre profesionalización musical e industria cultural (observable en generaciones previas de músicos y discutido entre otros por Fouce, 2012; Gerber Bicecci y Pinochet Cobos, 2012; Gallo y Semán, 2012; Gallo, 2015), el estatus de músico profesional ya no implica meramente cuestiones de probidad en la ejecución y técnica de la música, sino que se comienza a relacionar con habilidades de gestión, antes dominio exclusivo o al menos esperable de las figuras de la discográfica y del mánager. En este contexto, la presencia de una socióloga¹

¹ Cuando hablo de sociología refiero a la adscripción profesional propia con la que se me nombró en el trabajo etnográfico, que tuvo efectos que podrían asimilarse a los de otra ciencia social, habida cuenta de que las disciplinas con las que actualmente se la vincula -en especial la antropología y la comunicación- todavía organizan departamentos docentes, mitos formativos y adscripciones institucionales pero ya no pueden diferenciarse taxativamente en las prácticas de investigación en tanto tales.

en un mundo de músicos que quieren profesionalizarse adquiere ribetes inesperados, que problematizo en este trabajo con el objeto de mostrar para este caso en particular los cruces entre las prácticas de investigación social y las prácticas de los músicos y artistas con los que se realizó la investigación. De esta manera, quedará planteada una situación en la cual las ciencias sociales son visualizadas por los músicos con los que se realiza la investigación como parte de un arsenal mayor de herramientas de profesionalización.

En este plan, en un primer momento introduzco el particular mundo de la práctica en el que realizo la investigación, abordando qué entiendo por sello musical. En un segundo momento, relato el acceso a las redes de producción del sello musical que resulta foco de la etnografía, Concepto Cero, y problematizo el lugar de “amiga” que asumí al principio del trabajo etnográfico. El objetivo es dar cuenta de la importancia de la amistad como lazo característico de este campo y la creciente falta de especificidad que adquiriría mi participación a medida que el sello se profesionalizaba, en tanto era yo una estudiante de ciencias sociales que no contaba con competencias artísticas acordes a una organización socio-musical que comenzaba a dividir cada vez más el trabajo. En un tercer momento, presento cómo me vuelvo socióloga para estos músicos: si bien ya tenía dicho título al comenzar a interactuar con ellos su significación fue construida en el trabajo etnográfico, en tanto dicha adscripción profesional pudo vincularse al proceso de profesionalización. En este punto expongo cómo en este proceso conocimientos y competencias asociadas a la profesión, en algunos casos cristalizadas en investigaciones socio-antropológicas vinculadas a la temática, son interpeladas y usadas por los músicos y artistas con los que hago la investigación. Apunto a dar cuenta del valor que adquirió el saber académico en este campo, en relación con el proceso de profesionalización al que apuestan los músicos, y de cómo este proceso conmueve las definiciones tradicionales de “investigador” e “investigados”.

El sello en la música emergente contemporánea

Interesada en las formas estéticas y organizacionales en que sucedían cambios y se producían relevos en la música de los jóvenes, comencé en el año 2009 una experiencia de trabajo etnográfico en la escena de música independiente, *indie* o emergente de la ciudad de La Plata², habitada de forma predominante por una población joven y universitaria. A lo largo de la investigación descubrí que muchas de las propuestas musicales vinculadas a esta escena se lanzan desde sellos musicales anclados en la ciudad, los que articulan también una sociabilidad alrededor de la música: organizan personas y filiaciones al interior de la escena. A partir de mi vínculo etnográfico con Concepto Cero entre los años 2011 y 2015 participé del devenir de estos sellos como instituciones que amplían su rango de acción e influencia en la música *indie*, independiente y emergente. Los sellos se multiplican en número y se implican más fuertemente en la organización de fiestas, festivales, discos colectivos, hasta llegar a la conformación de redes de sellos de trabajo colaborativo. En otras palabras, los sellos resultan articuladores de las escenas.

En este contexto etnográfico, un sello musical como Concepto Cero es una red orientada a la producción y gestión de la propia música en conjunción con otras artes y con otras redes. En estas redes -entrelazadas con las redes de pares conformadas en la sociabilidad universitaria de La Plata- cada participante aporta algo que el sello necesita y que responde a su competencia artística más reconocida en ese mundo artístico (ya que las competencias estéticas de estos sujetos en general son múltiples): composición, producción, grabación, mezcla, diseño, video, fotografía, luces, escenografía, etc. No obstante, en la mayoría de estos sellos “todos hacen todo”: en este sentido, tienden a ser instituciones con una división del trabajo débil en comparación a los sellos mu-

² Estas categorías (que describo y analizo ampliamente en Boix, 2013) señalan, respectivamente, una moralización conflictiva de una condición institucional en la producción musical, un criterio de estilo definido por congregarse en una disputa a ciertos actores de las clases medias y nociones de cambio y de apertura de un proceso no exclusivamente estético.

sicales analizados por la bibliografía local, como pequeñas y medianas empresas cuyos propietarios y promotores son pequeños ejecutivos (Palmeiro, 2005).

En un trabajo anterior (Boix, 2013), analicé la forma en que, especialmente a partir del agenciamiento tecnológico, estos músicos y artistas emergentes, asumen la práctica de la gestión (el encarar de manera activa y diferente a las generaciones de músicos anteriores la relación con el mercado y, en el marco de cierta novedad, con el Estado) como un momento constitutivo y prácticamente irrenunciable de su práctica estética. En este contexto, la posibilidad de operar a un bajo costo relativo, condición resultante de la masificación y abaratamiento de las tecnologías musicales, resulta un impulso decisivo. Los capitales invertidos nunca son muy grandes pero se vuelven suficientes en los términos de los actores, que no sólo capitalizan dinero sino situaciones familiares, trayectorias escolares y relaciones de “amistad”. Así, a diferencia de los sellos discográficos “independientes” de otras épocas, estos nuevos sellos operan con poco riesgo, lo que les permite un mayor dinamismo y el funcionamiento, hasta cierto punto, con rendimientos económicos que para otros resultarían no sólo un fracaso comercial sino el fin del emprendimiento.

En este marco, estudié la amistad como el tipo de lazo característico que nos presenta este mundo musical, entendiéndolo como una práctica y una narrativa que no exige intimidad emocional (aunque esta suele aparecer) pero sí reciprocidad en dos sentidos complementarios: 1) al respecto de las redes, conexiones y contactos, como parte de la organización en la práctica de hacer música; 2) para referir al hecho de compartir unas reglas específicas en el trabajo artístico, producto de vivir una situación similar en el mundo de la música: en este sentido, los amigos son amigos porque “están en la misma” y se saben afines en una manera específica de ser músicos, de ser artistas. Para algunas actividades, esta complicidad suma en un grado notable a los que en otros mundos musicales son “fans” o “seguidores”, comprometidos en la constitución del hecho musical en las dimensiones de su difusión, su apreciación y su sostén económico. La amistad, entonces, es

una forma de capitalización social para los músicos y productores estéticos, a la vez que una forma de articular moralmente su mundo musical.

Volverse “amiga”

A fines del año 2010, entre las entrevistas con las que había acompañado mi primera inmersión en el tema de investigación sobre el mundo de los sellos musicales de la ciudad de La Plata, había conocido a Nicolás, quien estaba “a la cabeza” del sello Concepto Cero³. En esa entrevista y en las publicaciones del sello que seguía por Facebook, se delineaban prácticas y retóricas de profesionalización y monetización de la actividad musical no tan presentes hasta el momento en otros sellos musicales de La Plata, que luego comenzaron a generalizarse. Fue por este motivo que al año siguiente, mientras buscaba una red de relaciones donde localizar mi investigación de doctorado, le hice a Nicolás una propuesta concreta: seguir a Concepto Cero y estudiar allí formas de carrera y de profesión en la música. Me contestó que le interesaba pero que lo tenía que consultar con su “socio”, a quien yo hasta ese momento no conocía. Unos días después se comunicó conmigo para decirme que “le diéramos para adelante”, proponiendo una reunión entre los tres a los fines de pactar cómo sería mi trabajo de campo.

Una semana después tuvimos un encuentro para pactar mi participación en la casa de Matías, el entonces “socio”, coordinado a través de nuestras cuentas de Twitter. Me presenté como estudiante de posgrado y becaria que quería realizar una investigación sobre la música “independiente” y sobre los modos de trabajo, de carrera, de profesión, que allí se desplegaban. En ese primer encuentro, Nicolás y Matías me dieron su consentimiento para formar parte de las reuniones de Concepto Cero -más o me-

³ Ni el nombre del sello ni los nombres de sus participantes han sido cambiados, dado que cuento con su consentimiento para mantener sus nombres. Si fueron modificados los nombres de quienes no forman parte del sello pero aparecen involucrados en el relato de este trabajo.

nos regulares y en el 2011 estrictamente semanales- en las que participaban ambos junto a otros artistas miembros del colectivo (diseñadores, músicos, fotógrafos).

Desde ese momento, y durante todo el proceso de trabajo etnográfico, el trazado de mi camino en las redes que ellos y sus amigos me fueron habilitando se dio principalmente a partir de: (1) mi participación en las reuniones internas del sello; (2) los eventos públicos que allí se organizaban, básicamente recitales, festivales y fiestas, aunque también viajes a recitales en Capital Federal, cenas y almuerzos con miembros de otros sellos de la música “emergente” local, entre otros encuentros; (3) el pasar el tiempo con ellos, bajo la forma de desayunos, tardes de mate y salidas nocturnas; (4) las interacciones en grupos privados de *Facebook*, chats y tweets⁴. Mi incorporación a estas redes contaba con ciertas condiciones previas: mi participación en una sociabilidad juvenil universitaria típica de una ciudad como La Plata, mi pertenencia a lo que los músicos y artistas del sello percibían como una misma generación, mi relación con Nicolás -aunque está fuera en gran parte desplegada a través de las redes sociales virtuales-. Todo ello me había hecho compartir ciertos espacios y redes antes de interactuar con ellos en plan etnográfico. Esta plataforma cultural común evitó que sufriera la sospecha inicial en que la etnógrafa es percibida como una *outsider* amenazante del orden (Golde 1986, citado en Moreira 2006). Aun así, todos percibieron la extrañeza de la situación que manejaron en forma de bromas y preguntas recurrentes sobre qué era lo que yo estaba haciendo allí, además de solicitarme pruebas sobre mi confiabi-

⁴ Considero las interacciones en las redes sociales virtuales parte constitutiva de la etnografía realizada. No resulta casual que sea un contacto previo sostenido por las redes sociales virtuales el que inicia mi recorrido en las redes de Concepto Cero. Los participantes producen para el sello siempre conectados: definen eventos y sus características en una ‘skypeada’ (una teleconferencia por Skype), arman presupuestos en archivos compartidos de Google Docs, combinan encuentros por Facebook y Twitter, realizan propuestas para el sello en grupos privados de Facebook, etc. Estas tecnologías se encontraron siempre imbricadas con las interacciones cara a cara, son coextensivas a las prácticas de producción musical, por lo que no entiendo las interacciones virtuales bajo la noción de una etnografía virtual (Hine 2004). No obstante, la discusión exhaustiva de estas cuestiones será objeto de otros trabajos.

lidad: incluso en noviembre de 2011, siete meses después de mi acceso al campo, varios de los artistas me pidieron una reunión para que volviera a clarificar ante ellos mis intereses de investigación.

Como se plantea de forma habitual, la literatura etnográfica y la misma enseñanza de esta práctica de investigación presenta como un tema central la negociación de distintos roles o papeles entre el investigador y los sujetos con los que se relaciona. En mi experiencia de investigación la pregunta por los roles se planteó en primera instancia al respecto de la amistad como lazo característico del campo, tal como la he definido como parte de los contactos y las redes necesarias para hacer música. En este marco, se jugaban los papeles posibles que podía asumir, condicionados tanto por un modo de producir basado en las adscripciones estéticas múltiples como por la presencia abrumadora de los varones en estas actividades de creación y gestión musical.

Durante el primer año del trabajo de campo los amigos que motorizaban Concepto Cero ocupaban posiciones caracterizadas por cierta fluidez y dinamismo. Desplegaban actividades artísticas de varios tipos: así, dentro del grupo del sello había quienes se presentaban como los diseñadores visuales del colectivo pero también tenían sus bandas, mientras que los que se definían primordialmente como músicos también diseñaban sus flyers. La actividad de gestión necesaria para llevar adelante sus proyectos era compartida por todos, si bien los socios ponían más “compromiso” en ello (Boix, 2015). Por entonces, la división del trabajo en Concepto Cero, como en el resto de los sellos de la ciudad de La Plata, se presentaba bastante débil en comparación a los sellos “independientes” que en algunos trabajos se dimensiona como pequeñas empresas (Palmeiro, 2005).

En este contexto, dentro del sello se encontraban dos mujeres: una fotógrafa y otra que aprendía el oficio de productora. Esto se hallaba en consonancia con lo observado en el resto de la escena: además de que los varones predominan en la mayoría de las actividades, son los protagonistas de las más visibles y jerarquizadas, ya sea arriba como abajo del escenario. Las mujeres

suelen asumir tareas tras bambalinas (especialmente fotografía, escenografía, diseño y cobro de entradas, discos y otros productos que puedan ofrecerse en los eventos) y no es inusual que se encuentren vinculadas sentimentalmente a algún miembro masculino de la red (si bien no era este el caso de Concepto Cero). En esta situación, dado que yo no contaba con competencias ni artísticas ni técnicas suficientes a los fines de “operar las luces” o “pasar música”, mis primeras actividades en el sello tuvieron que ver con “hacer la taquilla” o encargarme de la “mesita de discos” en los distintos eventos. Esta fue una manera de empezar a hacerme “amiga” en el sentido propio del grupo especificado. Al mismo tiempo asumí el “compromiso” orientado al crecimiento del proyecto que estos músicos se prescribían entre sí: compartía los eventos del sello en mi propio muro de Facebook, iba a todos los eventos (a veces varios por semana) que me permitían mis obligaciones académicas, tenía asistencia perfecta en las reuniones internas y hasta realicé un préstamo monetario para la edición de un disco.

Rápidamente, si bien se me mantuvo vinculada a una serie de adscripciones cambiantes, a tono con las posiciones relativamente móviles de los miembros del sello en la división del trabajo musical, ciertas actividades más especializadas que promocionar el sello en Facebook y Twitter, prestar dinero, escuchar y opinar en las reuniones y trabajar en los eventos empezaron a ser imaginadas y propuestas para mí, especialmente por los socios. ¿Pero cuáles podían ser estas actividades? Yo había elegido un sello en proceso de profesionalización en lo que refiere a la ejecución de la música en vivo, el diseño, la fotografía y otras presentaciones visuales. Aún cuando los encargados de estas actividades fueran interpelados como “amigos”, yo no podía asumir ninguna de esas tareas de la producción musical, las cuales requerían más especialización que en otras escenas estéticas de la ciudad que conocía, donde quizás con un poco de trabajo (y de descaro) podría hacer un flyer o “pasar música”. Lectores de mi profesión, de mi pulsión por el registro en distintas libretas y cuadernos de lo que se hablaba y definía en las reuniones del sello⁵ y de mis inter-

⁵ Si bien varios de ellos escribían en las reuniones (algunos en sus notebooks y

venciones en las redes sociales, los integrantes del sello tardaron relativamente poco en concebir que mi lugar en la red tenía que pasar de alguna manera por la escritura. ¿Pero qué es lo que yo iba a escribir? ¿Y es que iba a hacerlo exclusivamente para ellos?

De “amiga” a “socióloga”

En el primer año de trabajo de campo (2011), Nicolás y Matías me sugirieron varias veces escribir entradas en un blog que el sello planificaba incorporar a su sitio web. Por un lado les gustaba mi estilo, el cual conocían por medio de las redes sociales virtuales. Por otro lado, imaginaban, con cierta razón, que “con todo lo que escribís en las reuniones” la elaboración de unos textos para subir al blog no era para mí imposible -aunque asociaban esos textos al estilo y la dinámica de producción periodística-. Sin embargo, nunca posteé en ese blog y fui reclamada de allí en adelante para escribir o corregir diversos tipos de textos: proyectos y otros documentos que el sello presentaba en instancias estatales, definiciones de las bandas y de los discos del catálogo para colgar en la página web, entre otros. En un acercamiento más específico, a comienzos del año 2012, Nicolás -preocupado en el problema de la formación propia y de los participantes del sello- me pidió que armara un relevamiento de carreras, cursos y diferentes espacios de enseñanza y capacitación en gestión musical con sede en la zona metropolitana de Buenos Aires. De todas estas maneras, los miembros del sello me incorporaban en prácticas que suponían que me eran familiares, mientras por mi parte me sentía útil y habilitada para continuar con mis prácticas de observación e interacción.

Si bien siempre es difícil explicar qué es lo que se hace en el campo -porque eso que se hace depende de los objetivos específicos de la investigación-, las trayectorias familiares y escolares de los músicos del sello los acercaban a mis prácticas. Así, a diferen-

otros en libretas), motivo por el cual me habilité a hacerlo también, era yo quien era marcada por esa actividad, que en parte me definía en mi diferencia.

cia de etnografías en mundos sociales donde los investigadores encuentran que los sujetos tienen poca o ninguna información sobre lo que son las ciencias sociales o lo que es una investigación social (y por lo tanto la asimilan a otras categorías sociales ya conocidas⁶), en este caso me encontré con que había bastantes ideas. Cuando promediaba el trabajo etnográfico, lo sorprendente fue que para algunos de ellos existían otros motivos de acercamiento y nociones de ciencia social todavía más específicas de lo que yo lograba inferir de nuestras interacciones. Para introducir esta cuestión, transcribo un fragmento de mis notas de campo fechadas en agosto de 2012. Se trata de un momento de cristalización, donde se vuelve evidente la situación de uso y valorización de la figura de las ciencias sociales. El episodio transcurre en una ronda de presentaciones personales en una reunión en La Plata entre los miembros de Concepto Cero, promotores y participantes de otros sellos “amigos” de la ciudad y Mariano, un agente de la Secretaría de Cultura de la Nación (en el año 2014 promovida a Ministerio), coordinador de un programa de “profesionalización” de la música emergente. Este programa, que a partir de entonces comencé a seguir, realiza en todo el país “capacitaciones” para músicos y colectivos musicales, además de organizar eventos y otorgar subsidios:

Cuando terminó de hablar, Nicolás me miró y dijo “no sé Ornela si te querés presentar”, algo que no hizo con ninguna otra persona. Era mi turno en la ronda y no me quedaba muy claro si me introducía sólo porque yo antes de entrar habría bromeado con él, Cristóbal y Ángel [otros miembros del sello] acerca de que me daba vergüenza la situación, o bien porque él me había invitado y debía suponer -correctamente- que yo no conocía al resto. Empecé a hablar retomando lo que había dicho Mariano.

⁶ Así, muchas investigaciones en barrios pobres documentan cómo el investigador suele ser identificado como asistente social, agente de beneficencia o caridad, representante estatal, entre otros (Guber, 2004). En esta misma tónica, Auyero y Grimson (1997) reflexionan acerca de la confusión recurrente del rol del antropólogo o del etnógrafo con el periodista en sectores populares e inmigrantes de países limítrofes.

Dije: “Yo soy Ornela y no soy ni música ni gestora cultural ni tengo un boliche ni nada...nada de eso” [haciendo alusión a las anteriores presentaciones de los demás] (y ahí me reí, y pude ver que Ángel y Nicolás también se reían). “Soy socióloga y estoy acá porque estoy haciendo un trabajo, una investigación. Justamente (y lo miré a Mariano), todo lo que vos dijiste hace bastante eco con lo que yo trabajo, que es la profesionalización de la música independiente”. Seguí, di un par de vueltas sobre la cuestión de lo profesional, enfatiqué que era algo que me interesaba, y seguí retomando cosas que se habían dicho. Continué: “Hace como un año que vengo trabajando con Concepto Cero, siguiendo lo que ellos hacen...que esperemos que se plasme en una tesis de doctorado...”. Luego miré a Juan [un chico de otro sello que había hablado antes] y a Mariano y les dije “muy interesante todo lo que contaron” y agregué “bueno, nada, creo que nada más”, y me seguía riendo un poco (es que me había puesto un poco nerviosa). Entonces, Nicolás dijo “bueno, es más de lo que hacemos todos nosotros” y Ángel dijo “una tesis de doctorado...”. Mariano, entonces, tomó la posta y mientras me sonreía y miraba fijamente dijo “es re importante tener sociólogos, a veces uno necesita armar un relato, una justificación, y piensa ‘qué bueno sería tener un sociólogo ahora’ porque ellos eso lo resuelven más fácil, uno en cambio se mata pensando”, y mirándolo a Nicolás dijo “re groso tener un sociólogo con Concepto Cero...” y entonces Nicolás, aprovechando el momento para hablar, dijo para todos “yo me cuelgo del título universitario de ella”. Todos se rieron y yo también, muerta de vergüenza.

Por mi parte, estaba estupefacta: no me sorprendía la aceptación que había logrado mi participación en las redes de Concepto Cero pero sí la legitimación que mi adscripción profesional podía otorgar a la organización. Es verdad que gran parte de esa legitimación podía venir de la diferenciación que les otorgaba “tener un sociólogo” en relación con otros sellos de La Plata. Sin embargo, las ciencias sociales eran importantes para los protagonistas de estas notas por otros motivos y noté entonces tar-

díamente que desde el comienzo de mi trabajo en Concepto Cero había indicios de dicha situación. En primer lugar, encontré que tenía amplio registro del interés de los participantes del sello por lo que llaman la “capacitación”: muchas de estas capacitaciones focalizaban en la mejora de las condiciones técnicas de ejecución musical o de la grabación pero la mayoría de ellas se centraban en habilidades de gestión: a lo largo del trabajo de campo asistí con ellos a capacitaciones que tomaban como objeto saber hacer un streaming, gestionar las redes sociales de la manera más eficaz, discutir los cambios en la industria de la música, conocer los diferentes tipos de licencias de propiedad intelectual, etc. Al respecto de esta dimensión de gestión, los músicos se interesaban no sólo por los saberes prácticos de gestión sino por las maneras de conceptualizar la propia práctica musical: fui testigo y partícipe de varios intercambios acalorados sobre la definición de Concepto Cero como “sello” o “productora”; su “identidad” como organización y su continuidad o diferencia con otros sellos de La Plata, entre otras cuestiones.

En segundo lugar, el interés por las publicaciones periodísticas y, específicamente, por su exposición de ciertas dimensiones de la práctica musical, aparece desde el comienzo del trabajo de campo: los “sellos independientes”, los nuevos roles que debe asumir el músico para no perecer en la industria, las prerrogativas de la propia gestión de la actividad musical, los “modelos de negocio”, las bondades del trabajo colaborativo y de las redes, eran temas leídos en las revistas o suplementos jóvenes de los periódicos que sobreolaban las conversaciones. En las redes de Concepto Cero se discutía más que nada de las “nuevas formas de gestión” y circulaban al respecto también algunos libros. Uno de ellos era “Música para Camaleones”, el cual se propone como un muestrario de referencias en “buenas prácticas” de trabajo en producción cultural y, específicamente, en la música. Leían estos libros para conocer experiencias de creación y gestión musical en otros países, en la búsqueda de ideas y referencias. En esta tónica, los más implicados en la gestión como Nicolás o Ángel recurrían a una serie amplia de textos para fundamentar sus posturas que incluían

textos académicos. Las investigaciones coordinadas por García Canclini (2012) sobre nuevas sociabilidades y patrones en la música y las artes, con las que dialogué en mi tesis de maestría, me fueron presentadas primero por Nicolás antes que por cualquier comentarista académico.

Lo que me demostraba este episodio de agosto de 2012 es que estos intereses eran de alguna manera impulsados por las relaciones corrientes que el sello tenía con agentes estatales de las áreas de cultura y juventud. A lo largo del trabajo etnográfico con Concepto Cero, se comenzó a distinguir con nitidez una zona de coincidencia entre el creciente interés que distintas instituciones y actores oficiales prestan a la dimensión cultural con la atención que los músicos emergentes otorgan a las políticas sobre el sector. Estas relaciones, no exentas de conflicto, dejan de estar limitadas a la mera contratación de artistas (que también crece) para desplegarse con regularidad en políticas de promoción, incentivo y subsidio a los colectivos y artistas emergentes. De esta manera, el estado aparece como una estructura de oportunidades para los músicos, a la vez que como un referente de interlocución. Pero, como me había dicho una vez uno de ellos “hablar con el estado” requería desde su punto de vista ciertas competencias léxicas y conceptos específicos, que no ejercitabas si te limitabas a la “guitarrita”. Nuevamente, las competencias de gestión se valoraban en un contexto de desarrollo creciente de las políticas públicas orientadas a las llamadas industrias culturales y creativas. Esta situación va acompañada de cambios muy visibles en los perfiles de los funcionarios del sector: más jóvenes, especializados, actualizados y orientados hacia la gestión (Luker, 2010; Infantino 2011; Miguel, 2012), muchos de ellos sociólogos o comunicadores. En las apreciaciones de Martín, de hecho, se perciben unas nociones específicas de la profesión del “sociólogo”, más ligadas al conocimiento experto y a la gestión que a las prácticas de investigación de perfil académico. Se trata de una construcción de la figura del sociólogo en vínculo directo con un proyecto de profesionalización y de legitimación de un mundo musical relacionado al Estado.

Por mi parte, entendí que esta figura del sociólogo implicaba exigencias de las que yo no podía dar cuenta. Si bien esta construcción no fue aceptada por todos los músicos de Concepto Cero y frente a ella algunos ironizaban conmigo, poniendo a prueba mi supuesta *expertise*, era yo misma la que no me sentía a la altura de las circunstancias. Entendía que mi trabajo se funda básicamente en “seguir a los actores” (Callon, 1986) y que si resolvía un relato era el del sentido de ese mundo de la práctica musical. En este contexto me interesaba correrme del lugar de la socióloga experta, al mismo tiempo que me preocupaba mantener la buena disposición hacia mi investigación, motorizada por la curiosidad y la expectativa de que la etnografía podía resultar de utilidad para ellos.

Ese momento finalmente llegó cuando presenté mi tesis de maestría (Boix, 2013): varios de ellos la leyeron y/o asistieron a la defensa. En un principio, las devoluciones se limitaban a lo “interesante” que les había resultado, mostrando cierto orgullo por haber sido protagonistas de un texto académico. Meses después, Mariano me confirmó que habían leído la tesis en su grupo de trabajo dedicado a la organización de capacitaciones. Más adelante, Ángel me hizo una devolución muy informada, discutiendo conmigo nuevas preguntas que surgían de esa tesis y que decidí elaborar para mi tesis de doctorado. A partir de estos intercambios, pude comprender que ya no sólo podía cooperar, como “amiga”, en las tareas de producción y gestión musical. Había encontrado un interés cognitivo común con los músicos: conceptualizar sus posiciones y sus proyectos en un momento de reconfiguración histórica del campo de la música, en el que la profesión musical asumía nuevas valencias. Esto implicó una focalización mayor de mi etnografía en el problema de la profesionalización, proceso en el que probablemente otras dimensiones de este mundo estético fueron relegadas.

Interpreté esta interacción de los músicos con los productos de mi investigación no sólo como una situación de control etnográfico de los investigados sobre el investigador (Gil, 2006), sino como un diálogo singular en el que se redefinían las relaciones

entre ambas partes de la etnografía. Investigadora, investigados, nativos, sujetos, etnógrafa, suelen aparecer como categorías universales de la práctica etnográfica (especialmente cuando se cruzan con la teoría sociológica) que deben ser problematizadas si se apuesta a la reflexividad. En este sentido, Borges (2011) ha propuesto, a partir de un trabajo de campo sobre la política de la vivienda con mujeres brasileñas y sudafricanas, la noción de anfitriones/as para nombrar a quienes la reciben en su vida, en sus propias casas, como una visita pasajera. Lo hace contra nociones peyorativas y objetivantes como nativos u objetos, pero también para referir de manera específica a una relación de campo que no puede agotarse en categorías dadas de antemano. Es así que elige la palabra anfitriones/as una vez que ha hecho una investigación codo a codo con quienes la recibieron y construyeron/compartieron con ella sus propias teorías sobre el mundo. En el campo local, la etnografía de Ferraudi Curto (2014) continúa estos intentos de singularizar la reflexión sobre la relación de campo.

En mi experiencia etnográfica, ser (entre otras cosas) la “socióloga” fue el resultado de un proceso en el cual esta adscripción asumió diferentes acepciones, unas más cercanas a la técnica y a la experta, otras a la periodista, y en algún punto a la etnógrafa tal como la entendemos en el ámbito universitario especializado. De la misma manera, el estatuto de las personas con las que investigo debe ser tratado en la propia etnografía como un problema de investigación y no afirmado a priori (por ejemplo, ¿serían estos músicos mis anfitriones cuando ya antes de la investigación yo compartía redes y espacios con ellos?). En el caso de esta investigación, los músicos están tan interesados como yo en las características de sus prácticas musicales, en el carácter de su novedad, en los cambios en la estructura de la música, en su papel en estos cambios. Propongo la noción de interlocución para referir a esta situación específica, palabra que también hace justicia a mi intento de acompañar en el análisis sociológico el ejercicio de la reflexividad de los propios músicos.

Palabras finales

Desde la comprensión del trabajo etnográfico como un proceso de reflexividad, en este capítulo me propuse analizar algunas interacciones que sostuve con los músicos de un sello musical emergente de la ciudad de La Plata, haciendo énfasis en mis roles de “amiga” y “socióloga” -sin darlas por sentado y refiriéndolas a los sentidos locales que asumían- y en las posiciones reflexivas de los músicos sobre su propia práctica estética. A lo largo del proceso etnográfico, doy cuenta de una zona de coincidencia entre mi investigación y el interés de los músicos, un encuentro en el cual ambas partes encuentran en la profesionalización musical un interés no sólo práctico sino también cognitivo.

En el transcurso del trabajo me comprometí con la causa de la promoción y gestión de los hechos musicales producidos por el grupo de Concepto Cero. Si bien desde un comienzo se planteó una situación diferencial con respecto a mi participación debido a que ingresé al grupo declarando mi interés de investigación, oficié al modo de una “amiga”, en el sentido específico de la colaboración en el hecho artístico y en el respeto de ciertas reglas que definen a la amistad en ese mundo musical. Sin embargo, al ser un grupo en proceso de profesionalización, mi amistad y compromiso fueron interpelados también en tanto que socióloga: ¿qué podía como profesional devolver a este grupo de músicos y artistas que quería vivir de la música? En este sentido nuestro el lugar central que estos músicos y artistas le dan a la formación en las competencias de la gestión del propio hecho musical. Prácticas como concurrir a capacitaciones y cursos sobre la gestión en una industria de la música en crisis, discutir conceptualmente las prácticas musicales en las que se ven inmersos y hasta leer bibliografía sobre estas temáticas revelan un estado de deliberación al respecto del estatuto que tiene ser músico contemporáneamente.

En particular, desarrollo cómo en este proceso de “volverme socióloga” pude comprender desde otro lugar el proceso de profesionalización que tenía lugar en Concepto Cero. Esto sucedió es-

pecialmente al encontrarme con la mirada que sobre las competencias de una socióloga tenían agentes estatales estrechamente vinculados a este sello y a otros de características similares de todo el país. Entender qué significados revestía ser “socióloga” para los propulsores de un programa de profesionalización de los sellos y colectivos musicales me hizo reconsiderar la situación de grupo muy interesado por la formación en la gestión y la lectura bibliográfica, a la luz de un proceso más general que excedía el foco etnográfico como tal.

De esta manera, dejé planteada una situación en la cual las ciencias sociales son visualizadas como parte de un arsenal mayor de herramientas de profesionalización por parte de estos músicos y artistas, a los que no puedo considerar meros “sujetos de la investigación”, “informantes” u otras denominaciones típicas, por cierto en crisis en los abordajes etnográficos más recientes. Sobre este punto, muestro cómo ser la socióloga o la investigadora fue el producto de un proceso de diálogo etnográfico, vinculado a la profesionalización que vivían los músicos. Asimismo, interrogo las maneras en que los posicionamientos de estos músicos con respecto a mi investigación y las investigaciones ajenas conmueven una vez más las definiciones dadas de “investigador” e “investigados”, ya puestas en discusión por la literatura etnográfica contemporánea. Orientada por estas perspectivas reflexivas, afirmo que es preciso dirigirse hacia definiciones lo más singulares posibles de las unidades en el campo y entiendo que esa definición no puede más que cerrarse con la investigación misma. En esta primera exploración sobre la temática, propongo la noción de interlocución para referir a esta relación de campo, con la certeza de que podría especificarse aún más. Una etnografía verdaderamente reflexiva debe resolver una apuesta al máximo de la singularidad: quién fui yo para ellos y quiénes fueron ellos para mí.

Bibliografía

Auyero, Javier y Grimson, Alejandro. (1997) “Se dice de mí...notas sobre convivencia y confusiones entre etnógrafos y periodistas”. Buenos Aires: *Revista Apuntes de Investigación del CECYP*, (1). 81-93. Instituto Gino Germani (UBA).

Boix, Ornella. (2013) *Sellos emergentes en La Plata: nuevas configuraciones de los mundos de la música*. La Plata: Tesis de Maestría, Maestría en Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

Boix, Ornella. (2015) “Amigos sí, jipis no: cómo ser un “profesional” de la música en un “sello” de la ciudad de La Plata”. *Revista Ensamblés*, 1 (2), 11-26.

Borges, Antonadia. (2011) “Mujeres y sus casas: retrospectiva y perspectiva de un sendero en antropología y sociología”. *Revista Estudios Sociológicos del Colegio de México*, 24 (87), 981-1000.

Ferraudi Curto, María Cecilia. (2014) *Ni punteros ni piqueteros. Urbanización y política en una villa del conurbano*. Buenos Aires: Editorial Gorla.

Fouce, Héctor. (2012) “Entusiastas, enérgicos y conectados en el mundo musical”. En: N. García Canclini, M. Urteaga Castro Pozo, y F. Cruces (Coords.), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales* (pp. 169-185). Madrid: Ariel y Fundación Telefónica.

Frederic, Sabrina. (1998) “Rehaciendo el campo. El lugar del etnógrafo entre el naturalismo y la reflexividad”. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 6 (7). 85-103.

Gallo, Guadalupe y Semán, Pablo. (2012) “Música y nuevas tecnologías: efectos de pluralización”. México: *Revista Versión. Estudios de Comunicación y Política*, (35), 151-162. División de Ciencias Sociales y Humanidades (UAM).

García Canclini, Néstor, Cruces. Francisco y Urteaga Castro Pozo, Maritza. (2012) *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*. Barcelona/Madrid: Ariel y Fundación Telefónica.

Gerber Bicecci, Verónica y Pinochet Cobos, Carla. (2012) “La era de la colaboración. Mapa abreviado de nuevas estrategias artísticas”. En: N. García Canclini, M. Urteaga Castro Pozo, y F. Cruces

(Coords.), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales* (pp. 45-63). Barcelona/Madrid: Ariel y Fundación Telefónica.

Gil, Gastón Julián. (2006) “Controles etnográficos y expertos en el campo: cuando los “nativos” nos leen”. Buenos Aires: *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 20, 129 – 148.

Grimson, Alejandro. (2003) “Algunas consideraciones reflexivas sobre la reflexividad en antropología”. La Plata: *Revista Oficios Terrestres*, (14). 56-72. Facultad de Periodismo y Comunicación (UNLP).

Guber, Rosana. (1995) “Antropólogos nativos en Argentina: análisis reflexivo de un incidente de campo”. Buenos Aires: *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, (5), 25-46. Colegio de Graduados en Antropología.

----- (2011) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

----- (2014) “Introducción”. En: R. Guber (Comp.). *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogos de campo* (pp. 13-40). Buenos Aires: Miño y Dávila

Hine, Christine. (2004) *Etnografía virtual*. Barcelona: Editorial UOC / Universitat Oberta de Catalunya.

Infantino, Julieta. (2011) *Cultura, jóvenes y políticas en disputa. Prácticas circenses en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Tesis Doctoral en Antropología. Universidad de Buenos Aires.

Luker, Morgan. (2010) “The Managers, the Managed, and the Unmanageable: Negotiating Values at the Buenos Aires International Music Fair”. *Ethnomusicology Forum*, 19 (1), 89-113.

Miguel, Paula. (2012) “La pregunta por la creatividad. Notas sobre el análisis de la producción reciente en las industrias creativas argentinas”. Bogotá: *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 33 (106), 113-129. Universidad Santo Tomás.

Moreira, María Verónica. (2006) *Una mujer en campo masculino y la identificación de género en el proceso de producción del conocimiento antropológico*. Ponencia presentada ante VII Seminario Internacional Haciendo Género, Florianópolis, Brasil.

Palmeiro, Cesar. (2005) *La Industria Del Disco. Economía de las PyMEs de la Industria discográfica en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

CAPÍTULO II

Indisciplinar las artes: memoria e imagen

FLORENCIA BASSO

Jugar y saber. Jugar se sitúa del lado del niño y del artista, y saber forma parte de nuestra responsabilidad, saber es tener experiencia y la experiencia nos llega a través de aquellos que nos han precedido. El gran problema es que el saber preferiría que el sufrimiento no existiese, lo cual es imposible.

Georges Didi-Huberman

En el presente capítulo se plantean algunos problemas teóricos y metodológicos que surgieron al reflexionar sobre ciertas producciones artísticas relacionadas a hechos traumáticos colectivos de la historia reciente argentina. Estas dificultades, a su vez, han estado presentes de modo más general en mi propia formación atravesada por dos disciplinas diferentes: la Historia del Arte -soy profesora en Historia de las Artes Visuales de la Facultad de Bellas Artes-, y la Memoria vinculada a la Historia reciente -soy maestranda en Historia y Memoria de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). La inter y la transdisciplina me han ayudado -u obligado- a cruzar un conjunto de herramientas teóricas y metodológicas para estudiar las producciones visuales de los artistas pertenecientes a la segunda generación de exiliados políticos en México -hijos/as nacidos/as en México de padres argentinos exiliados a causa de la última dictadura cívico-militar argentina 1976-1983- y que han retornado a la Argentina.

A este recorrido multidisciplinar de mi formación personal, se suman las diferentes aperturas recientes del campo tradicional de la Historia del Arte; aperturas que tienen que ver con integrar herramientas y categorías teóricas de otros enfoques disciplinarios. El proyecto de investigación que llevo adelante se enmarca más específicamente en el campo de estudios visuales

o *estudios culturales-visuales sobre lo artístico*¹ (Brea, 2005: 7), un espacio en el que se integran herramientas tanto de la sociología, la estética, la filosofía como de la antropología cultural, la teoría de los medios de comunicación, los estudios culturales, entre otros. Asimismo, los campos de estudios de memoria, historia oral, exilio y nueva historia, por su trayectoria más reciente en comparación con las disciplinas tradicionales, están conformados con estos múltiples enfoques y cruces conceptuales. Por todo lo mencionado, se torna complejo, entonces, repensar, intercambiar y tomar prestadas ciertas categorías y problemas metodológicos sin perder la especificidad propia de los estudios visuales y de la historia del arte.

En este capítulo nos haremos algunas preguntas surgidas en estos cruces disciplinarios para abordar las producciones artísticas relacionadas con la memoria traumática del pasado reciente argentino: ¿qué implica mirar a las producciones artísticas como “fuentes” o documentos de investigación?, ¿qué tipo de memorias son?, ¿cómo se vinculan con los testimonios?, ¿cómo opera la relación entre “verdad” y “ficción”?, ¿qué especificidades tienen los dispositivos artísticos para la transmisión/transformación de una memoria familiar y colectiva?, ¿cuál es la relación entre memoria, tiempo e imagen?. En la primera parte nos detendremos en estas preguntas, siempre apuntando a ampliar la mirada de los estudios visuales. En este sentido, tomaremos prestadas ciertas categorías de la Memoria e Historia Reciente como *elaboración del trauma*, *testimonio*, *tiempo complejo* y *memoria colectiva*. Desde otra perspectiva, en la segunda parte del trabajo reflexionaremos brevemente sobre las miradas historiográficas y los cruces disciplinarios que se han dado en el campo de la Historia del Arte y de la Memoria.

¹ Estos estudios los define Brea en la siguiente cita: “Tan pronto como tales “estudios culturales sobre lo artístico” se constituyen sobre bases críticas, se derrumba el muro infranqueable que en las disciplinas dogmáticamente asociadas a sus objetos separaba a los artísticos del resto de los objetos promotores de procesos de comunicación y producción de simbolicidad soportada en una circulación social de carácter predominantemente visual. De tal manera que dichos estudios críticos sobre lo artístico habrán de constituirse, simplemente, como “estudios visuales” -o si se quiere, y valga esta paráfrasis como la mejor descripción que en mi opinión puede darse, estudios sobre la producción de significado cultural a través de la visualidad.” (Brea, 2005: 7)

Memoria traumática

En las últimas décadas ha habido múltiples prácticas en torno a la memoria a partir, en gran medida, del debate sobre la experiencia de la *Shoah*, y en el caso latinoamericano, de las dictaduras del Cono Sur. Esta proliferación de la cultura de la memoria ha generado en muchos casos lo que Enzo Traverso caracteriza como “reificación del pasado”, convirtiendo a la memoria en un objeto de consumo “estetizado, neutralizado y rentable” (2007: 68); y lo que Andreas Huyssen (2007) denomina “pretéritos presentes”, abarcando otras memorias que son propias de nuestra época: proliferación de museos, moda retro, restauración de viejos centros urbanos, paisajes y pueblos museificados, protección de patrimonio, grabación de historias a través de nuevas tecnologías, escrituras de memorias, prácticas fotográficas sobre memorias en artes visuales, documentales, series televisivas, películas, investigaciones, aniversarios, conmemoraciones, monumentos, “turismo de la memoria” (Traverso, 2007: 68), etc. A su vez, esta cultura de la “memoria total” va acompañada de una producción y exhibición cultural intensa y extensa que supera los ámbitos institucionalizados y se dispersa por todos los medios de comunicación masivos y espacios públicos o privados, perteneciendo de esta manera a la llamada *cultura visual* (Mirzoeff, 2003).

Es importante distinguir, siguiendo a Tzvetan Todorov (2008), qué tipo de memorias aparecen en esta sobreabundancia de información y qué uso se hace de ellas. El autor destaca -en contraposición al uso *literal*²- el uso *ejemplar* que se puede lograr con los recuerdos, esto es la capacidad de poder utilizar la memoria recuperada de un hecho singular traumático del pasado en una situación nueva. Transformar un escenario doloroso en un ejemplo o modelo que ayude a interpretar y comparar los hechos

² El uso literal de las memorias traumáticas es explicado por Todorov de la siguiente manera: “(...) Ese suceso -supongamos que un segmento doloroso de mi pasado o del grupo al que pertenezco- es preservado en su literalidad (lo que no significa su verdad), permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo. En tal caso, las asociaciones que se implantan sobre él se sitúan en directa contigüidad: subrayo las causas y las consecuencias de ese acto, descubro a todas las personas que puedan estar vinculadas al autor inicial de mi sufrimiento y las acoso a su vez, estableciendo además una continuidad entre el ser que fui y el que soy ahora, o el pasado y el presente de mi pueblo, y extendiendo las consecuencias del trauma inicial a todos los instantes de la existencia. (Todorov, 2008: 49, 50)

con el presente implica una doble operación: por un lado, a nivel individual se neutraliza o margina el dolor personal, como en un trabajo de “duelo”; por el otro lado, al abrir ese recuerdo a la “analogía y a la generalización” se construye un *exemplum* y con ello se extrae una lección que incumbe ya a la esfera pública y no sólo a la privada. En este sentido se logra superar esa instancia de conmemoración obsesiva del pasado, esa sobreabundancia de información o abuso de la memoria, para poder reflexionar sobre otros hechos y otros actores; logrando separarse del yo y pensar en el otro. La pregunta sobre el recuerdo traumático se focaliza, entonces, no tanto en el pasado, sino en la proyección de ese pasado hacia el presente y futuro: “¿para qué puede servir, y con qué fin?” (Todorov, 2008: 56).

En correspondencia con la reflexión de Todorov, Elizabeth Jelin (2012) plantea que no sólo las víctimas directas, sino también los observadores y testigos secundarios pueden tener una fijación con un hecho traumático del pasado, sin lograr una distancia que evite la compulsión a la repetición y la identificación con las víctimas, es decir sin lograr una separación con el objeto perdido. En este sentido ella alerta sobre un doble peligro: el de un “exceso de pasado” que se advierte en la repetición ritualizada y compulsiva, y el de un “olvido selectivo” que puede ser instrumentalizado y manipulado. Para correrse de esos dos riesgos, la autora propone “trabajar”, “elaborar” las memorias traumáticas en lugar de repetir las y actuarlas constantemente. Desde la teoría psicoanalítica y siguiendo los estudios de Sigmund Freud, Dominick LaCapra y Paul Ricoeur, entre otros, Jelin retoma, entonces, el concepto de “trabajo colaborativo” (*working-through*) para pensarlo en un plano más político y colectivo: “En el plano colectivo, entonces, el desafío es superar las repeticiones, superar los olvidos y los abusos políticos, tomar distancia y al mismo tiempo promover el debate y la reflexión activa sobre ese pasado y su sentido para el presente/futuro.” (Jelin, 2012: 50) Jelin apuesta al acto de retomar el pasado para reflexionar sobre el presente, teniendo el futuro como horizonte, lo que implica un arduo trabajo para el sujeto. Así, las perspectivas de Todorov y Jelin acá citadas procuran escapar a los diversos modos de reificación de las memorias, insistiendo en el trabajo reflexivo sobras las mismas, e invitan a pensar en “la relación entre memoria y política, y entre memoria y justicia.” (Jelin, 2012: 50)

Una considerable parcela de la producción artística de las últimas décadas se encuentra atravesada por estas prácticas de la memoria. En esta línea el arte deviene un espacio para explorar las heridas que, tanto en la intimidad de la familia como en la sociedad, ha provocado la violencia del terrorismo de estado. Cada producción de la generación de hijos se ofrece como un territorio para trabajar sus herencias y para evitar la reiteración del trauma no elaborado.

En este sentido, entonces, la investigación y análisis de estas producciones artísticas precisan articular los estudios en torno a la memoria para indagar en profundidad estas propuestas ligadas a un trauma familiar y colectivo. A su vez, por sus especificidades, las producciones artísticas representan un aporte que escapa a los estudios de memoria: ¿son testimonios?, ¿cuál es la relación entre el testimonio y el arte?

El abordaje de las producciones poéticas en torno a memorias traumáticas: el carácter testimonial y su doble inscripción de verdad/ficción

Paul Ricœur (2004) y Giorgio Agamben (2002) estudian las distintas aristas que presenta el tema del testimonio: sus características y problemáticas -quebrando la tríada derecho-verdad-justicia-y sus múltiples funciones que exceden el espacio de la Historia y la Justicia. Desde estas reflexiones, abordamos la compleja relación entre lo artístico y lo testimonial en las *prácticas poéticas-testimoniales* (Amado, 2009) de la segunda generación de víctimas de la última dictadura cívico-militar argentina.

A partir del primer capítulo “Fase documental: la memoria archivada” del libro *La memoria, la historia, el olvido* de Paul Ricœur se puede profundizar en las distintas dimensiones del testimonio –superando el carácter meramente informativo- y del proceso epistemológico que parte de la memoria, pasa por el archivo y los documentos, y termina con la prueba documental para servir a un uso histórico en un caso, y a un uso jurídico en el otro. El autor advierte que el testimonio puede ir más allá y servir a múltiples usos. Más adelante veremos que es en este espacio más amplio donde se puede colocar la realización de una producción artística.

Ricœur destaca seis *componentes esenciales* del testimonio. El primer componente tiene dos vertientes articuladas entre sí: la *aserción de la realidad factual del acontecimiento relatado* -donde se pone en juego la frontera entre realidad/ficción-, en la cual la información relatada, el hecho atestiguado, debe considerarse “real”; y la autenticación o certificación de su autor, su *presunta fiabilidad*. Esta relación entre ambas líneas es lo que va a llevar a ciertas problemáticas sobre testimonio, en la relación entre confianza y sospecha, que profundizaremos más adelante. *Yo estaba allí*. Esta frase condensa el segundo componente que propone Ricœur: la aserción de la realidad es inseparable de la autodesignación -marcada por la primera persona del singular, el tiempo pasado del verbo y la mención del *allí* respecto del *aquí*-del sujeto que atestigua. Tiene un carácter autorreferencial, ya sea porque el testigo que declara se nombra a sí mismo, porque se relacionan ciertos testimonios puntuales con el resto de la historia de vida del testigo que declara, o porque el testimonio tiene una impronta afectiva en los hechos relatados. *Yo estaba allí. Creedme*. Este es el tercer componente esencial del testimonio que propone Ricœur, en donde el testigo se pone en posición de tercero frente a todos los protagonistas de la acción en el momento del testimonio, generando una situación dialogal y con una dimensión fiduciaria en la cual el testigo pide ser creído. Esto exige, entonces, tanto una *certificación* del testimonio por la respuesta de aceptación del receptor como una *acreditación*, que pone en juego la confianza y la sospecha. *Si no me creéis, preguntadle a algún otro*. A partir de la posibilidad de sospecha, y generalmente en un espacio público donde se enfrentan varios testimonios y testigos, el testigo, en este cuarto componente, acepta ser convocado y responder frente a otros testimonios que pueden llegar a ser contradictorios a su relato. El quinto componente esencial que propone Ricœur es la capacidad del testigo fiable de mantener en el tiempo su testimonio, reiterándolo en distintas ocasiones. El autor sostiene que la identidad subjetiva tiene dos dimensiones: *ipse*, que se refiere a los cambios que una persona puede tener a través de toda su historia, e *idem*, la responsabilidad que tiene esa persona de asumir todos los actos de su vida, aun habiendo cambiado a lo largo de ésta. En este sentido, el testigo debe ser capaz de responder por sus afirmaciones y repetirlas (aunque es-

tas narraciones tengan un carácter performativo) ante cualquiera que le pida dar cuenta de ellas.

En las producciones artísticas de la segunda generación se pueden rastrear, al mismo tiempo, estos componentes esenciales mencionados por Ricœur en su versión más protocolar: en el sentido de un testimonio sobre una realidad factual, con autenticidad, un acontecimiento significativo de la historia, con un “yo” (o varios); con un tú a quien se testimonia; con un espacio público y de intercambio y que puede servir a la Historia y/o la Justicia. A su vez, muchas de las *prácticas poético-testimoniales* muestran otras caras del testimonio. Resulta importante hacer una aclaración al respecto: en este trabajo abordaremos aquellas producciones artísticas que integran testimonios de la generación de los padres, ya sean fotografías familiares de los años setentas o de años anteriores, objetos personales o textos de los desaparecidos. Reflexionaremos, entonces, en las propuestas artísticas que dialogan -discuten, preguntan, cuestionan, crean- con estos testimonios más “protocolares”. Expondremos brevemente tres casos -entre muchos otros- para profundizar en los distanciamientos del testimonio que proponen las producciones artísticas de la segunda generación de víctimas.

En primer lugar el tema de la intimidad y lo afectivo presente en muchas de las producciones no responde al tipo de acontecimiento importante de la Historia o la Justicia, no es posible “verificar” su verdad tal como puede hacerse con los testimonios confrontados con lo “real” -aunque éstos también conlleven una ficcionalización del mismo. Un ejemplo de este caso es el ensayo fotográfico realizado por Inés Ulanovsky *Fotos tuyas* (2006) (imagen 1), en donde aparecen los escenarios privados, íntimos -como el comedor de la casa, los sillones de un living oscuro, la ventana desde el interior de un departamento, el escritorio de trabajo de una mujer, el patio interno de una casa, entre otros- donde están expuestas las fotos de los desaparecidos. Las fotos artísticas de Inés retratan no tanto las fotos-prueba de las víctimas como sí los rituales que se generan en torno a ellas, es decir las escenografías en las cuales se exponen familiarmente: en una caja, en un cuadro-objeto sostenido por un familiar, en un cuadro colgado, en una caja de lata, en una computadora, en una valija, en una suerte de afiche artesanal, en un álbum de fotos familiar o en un portarretrato.

Asimismo, en muchas producciones se pone en crisis el carácter transparente del testimonio, por medio de distintas estrategias que buscan remarcar la subjetividad del mismo y su doble pertenencia de realidad/ficción, es decir, buscan derrumbar en parte su *presunta fiabilidad* -a través del dispositivo artístico mismo. Un ejemplo de este caso es propuesto por Soledad Sánchez Goldar en su acción artística *Fotos lavadas* (2005) (imagen 2). En esta performance realizada en un espacio público, Soledad lava en una batea fotografías de sus familiares hasta lograr que sus imágenes se desdibujen, borronen, manchen y cambien de color. Una vez que termina de lavar una imagen se la entrega a alguien del público y vuelve a repetir la acción. En este sentido, se genera una transformación de la fotografía testimonial o “prueba”, para evidenciar la manipulación que se hace con ella³.

Otro aspecto que trabaja la generación de hijos con sus propuestas artísticas es la posibilidad de incluir el testimonio en un contexto ficcionalizado que permite un encuentro simbólico con la víctima, una suerte de diálogo imaginario, o lugar de entierro. Algunos restos, fragmentos o testimonios desplazados de los testigos aparecen en varias producciones artísticas de la segunda generación, entre ellos un ejemplo claro es la acción *Un ala para volar* (imagen 3) de Soledad Sánchez Goldar en donde realiza una suerte de altar con los discos de vinilo que pertenecían a su tío desaparecido, Alejandro, y otros objetos como fotografías y dibujos, como afirma Soledad: “el encontrar estos discos fue muy importante para mí, ya que en el proceso de reconstrucción, o mejor dicho de construcción, saber qué música escuchaba fue un avance muy importante, más que un avance lo mejor que me pasó a los 15 años”⁴.

³ Otros ejemplos en donde aparece este tema son: el montaje de fotografías diferentes de forma explícita en la obra en *Arqueología de la ausencia* (1999/2001) de Lucila Quieto; las dudas que plantea Inés Roqué en *Papá Iván* (2004) en torno al audiovisual en el mismo guión; la mostración de las herramientas con las que se trabaja en, por ejemplo, el audiovisual documental *Los Rubios* de Albertina Carri (2003) y la frase en el guión donde aparece la problemática de forma explícita: “exponer a la memoria en su propio mecanismo”.

⁴ Otro ejemplo de este caso aparece en el audiovisual *Papá Iván* (2004), en donde la voz del testigo ingresa a lo largo de toda la película por medio de la carta que el papá le dejó a sus hijos cuando pasó a la clandestinidad, en una suerte de diálogo imposible entre padre e hija.

Asimismo, además de esta necesidad de testimoniar o dar a conocer el testimonio de las víctimas, las producciones de hijos/as amplían ese fin a un ritual de duelo. Siguiendo a Ana Amado que retoma la idea de “rito de entierro” de Michael de Certeau, se puede ver que este deseo aparece como una constante en las producciones audiovisuales de la generación de hijos: “[...] realizan el movimiento de ese rito para redistribuir el espacio de los posibles, enterrando a los muertos como medio de fijar un lugar entre los vivos en busca de un duelo no siempre realizable.” (2009: 166)

Giorgio Agamben (2002) problematiza los distintos matices que tiene el acto de testimoniar a partir de la *Shoah*. Plantea, siguiendo las reflexiones de Primo Levi, que ser testigo (*superstes* en latín) se convierte en una de las razones que a un deportado lo puede impulsar a sobrevivir, y señala que el hecho de testimoniar no se agota en el juicio, ya que la “verdad” del testimonio tiene una consistencia no jurídica: “lo que hace que el juicio sea imposible: la zona gris donde las víctimas se convierten en verdugos y los verdugos en víctimas” (2002: 15). Es decir, se amplía la categoría de un fin meramente judicial y, a la vez, se cuestiona y quiebra la relación entre derecho-verdad-justicia. También Ricœur, como adelantamos, si bien destaca dos de los principales usos -el histórico y el judicial- del testimonio, señala que los usos del testimonio pueden ser múltiples⁵. Respecto a la capacidad del testigo, Agamben explora en aquello que le falta, en la laguna, en lo intestimoniado de los “verdaderos”, “integrales” testigos, los hundidos, sin historia, sin rostro, y sin pensamiento: “Quien asume la carga de testimoniar por ellos sabe que tiene que dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar. Y esto altera de manera definitiva el valor del testimonio, obliga a buscar su sentido en una zona imprevista.” (2002: 34).

Sin embargo, estas *prácticas poético-testimoniales* no deben ser pensadas *solamente* como un *deber* de testimoniar en lugar

⁵ En este sentido, Agamben sostiene que es un eufemismo -una adoración en silencio- afirmar que Auschwitz es indecible o incomprensible. Destaca, entonces, la voz del testigo Primo Levi “no nos avergonzamos en mantener fija la mirada en lo inenarrable”. El problema de la “representación” de la Shoah y sus “límites” es un debate que ha estado fuertemente presente en los intelectuales europeos. Sin embargo no nos interesa tanto profundizar en esa discusión ya dada -más allá del debate siempre ha habido obras que, con diferentes estrategias poéticas, han representado el horror- sino, más bien, abordar esa relación compleja entre la representación de horror y esa necesidad o deber de testimoniar.

de los “hundidos” -en el sentido en que lo plantea Primo Levi- o un ejercicio de “sanación” del duelo para *sobrevivir*, sino que también representan espacios de reflexión y de apertura de nuevos sentidos que articulan una nueva mirada sobre los mismos hechos:

No se trata aquí de considerar estas prácticas poético-testimoniales, volcadas decididamente a lo simbólico, bajo el prisma seductor de la autoridad redentora del arte. Es decir, de una noción del arte utilizada como principio de relación entre pérdida afectiva y trabajo de duelo, por medio de lenguajes e imágenes que se ofrecen a ser leídos desde una estrategia de (auto)consolación. (Amado, 2009: 47).

Entonces, si bien esta estrategia de “(auto)consolación” puede estar presente en estas *prácticas poético-testimoniales*, no es menos cierto que coexiste con otros objetivos que se dejan entrever de diferentes maneras y en los cuales me parece fundamental poner la atención. En este punto es cuando nos podemos hacer la pregunta: ¿qué cuestiones habilita la mirada artística sobre estas historias traumáticas?, ¿qué usos hace el arte de lo testimonial?, ¿qué corrimientos o dispositivos de distanciamiento generan los hijos/as con sus prácticas poético-testimoniales con respecto a otras disciplinas?, ¿cuál es la especificidad del arte en estos temas? Cuestionar ciertas narraciones establecidas y abrir nuevas preguntas, revelar nuevos nudos problemáticos, perseguir otros fines además de los judiciales, difundir otras memorias, insertar el mundo privado y cotidiano marcado por la memoria traumática familiar en la esfera pública son algunas de sus especificidades.

En este sentido, uno de sus objetivos es poder transmitir al *otro* -ajeno- la historia traumática “privada” desde lo poético-testimonial. Retomando a Paul Ricœur, el testimonio es una *institución*, creada por una “competencia del hombre capaz: el crédito otorgado a la palabra del otro hace del mundo social un mundo intersubjetivamente compartido. Este compartir es el componente principal de lo que se puede llamar *sentido común*.” (2004: 214). Entonces, el testimonio es un factor de seguridad y garantía

en las relaciones constitutivas del vínculo social, e implica una *fiabilidad* por parte de agentes sociales que contribuyen a la seguridad general, es decir, se hace del testimonio una institución. Las producciones de la generación de hijos -audiovisuales, fotografías, performances e imágenes de todo tipo-, al mostrar otras caras testimoniales de la vida privada, “borronean las marcas de la vida íntima y deslizan el yo a la esfera pública: el ser privado se traviste, entonces, en *ser social*”. (Amado, 2009: 128)

Leticia Muñoz Cobeñas también aborda los otros usos del testimonio y se focaliza en la dimensión de la “socialización del dolor” para la construcción de memoria. Desde la antropología de las emociones, analiza las marcas subjetivas de “emocionalidad” en los relatos de las mujeres que vivieron la Guerra Civil, el franquismo en Cataluña y el terrorismo de Estado en Argentina, y afirma que:

Historizar y narrar desde la vivencia de la aflicción, hablar sobre la experiencia límite amplifica, efectivamente, la construcción de la memoria que es individual y social y alienta a la socialización del dolor y del recuerdo, en una dimensión complementaria al registro que pueda darse del relato en los ámbitos jurídicos para hacer justicia. Recobra la dimensión más humana, externaliza, transmite y transforma la experiencia y la construcción de la memoria. (2012: 217)

A partir de lo expuesto, se pueden ir trazando distintos usos y funciones en estas *prácticas poético-testimoniales* de la segunda generación que quiebran con la tríada derecho-verdad-justicia. Estas producciones artísticas representan un gran aporte a la construcción de la historia al incluir otros relatos en relación con la última dictadura cívico-militar argentina -sobre la militancia, la violencia política, el terrorismo de estado, el exilio-, ya que aborda lo testimonial desde otras perspectivas y con otras preguntas, ahondando en las memorias en conflicto y reflexionando más allá de lo planteado en la instancia judicial. En este sentido, y considerando que el derecho no agota el problema de acuerdo a Agamben, se vuelven indispensables estas producciones de la

generación de hijos para reflexionar sobre las complejidades del pasado reciente argentino y para ver las otras dimensiones del testimonio. Asimismo, resulta fundamental para el estudio de estas prácticas el cruce de saberes entre la memoria y la historia del arte.

Tiempo complejo y memoria en las propuestas artísticas

Las operaciones de distanciamiento que proponen las producciones artísticas de la segunda generación con respecto a los testimonios de sus padres visibilizan, al menos, dos tiempos diferentes: aquel de la generación de los padres y el de la generación de hijos. Estos tiempos heterogéneos condensados en una imagen corresponden a los mecanismos propios de la memoria familiar y colectiva. Continuaremos, entonces, con la relación que se puede establecer entre imagen, memoria y tiempo.

Didi-Huberman, en su libro *Ante el tiempo* (2011), retomando a autores como Walter Benjamin, Aby Warburg y Carl Einstein, explica que cuando estamos ante una imagen, estamos ante un tiempo complejo, un *montaje de tiempos heterogéneos que forman anacronismos*. En este sentido, propone un abordaje crítico de la imagen desde los diferenciales de tiempo -tanto de los “más-que-pasados” como de los “más-que-presentes”-, desde las anacronías que surgen en esta proliferación de tiempos diversos, es decir, atendiendo a la dinámica propia de la *memoria*. Ahonda en esa paradoja existente en la disciplina de la Historia en donde, por un lado, para estudiar una época es fundamental tener una linealidad cronológica y “evitar” el anacronismo -especialmente dentro de la historia positivista y objetiva-, pero por el otro, se acepta que un historiador siempre va a abordar la historia desde su presente y, entonces, va a interpretar los hechos desde, al menos, un anacronismo. Didi-Huberman (2011) nos invita a profundizar en esta doble faceta del anacronismo, en tanto que actúa como *phármakon* de la historia: el *anacronismo-remedio* y el *anacronismo-veneno*, es decir aquello que ayuda a repensar la historia desde otro punto de vista o aquello que genera un “delirio” de interpretaciones subjetivas. En este sentido, nos recuerda también que la disciplina histórica no es tanto una ciencia del

pasado (no existe tal pasado objetivo) como un *montaje* del saber, una memoria y una poética. Sólo hay historia dialéctica, historia de los *síntomas*, entendiendo síntoma como algo que aparece e irrumpe el curso normal de la representación y, a la vez, algo que es anacrónico en la linealidad cronológica.

Muchos de los ensayos fotográficos de la generación de hijos alteran de forma adrede y explícita el tiempo lineal cronológico, conformando un “entretiempos” -como afirma Jordana Blejmar para las propuestas de Lucila Quieto, *Arqueología de la ausencia* (1999/2001), de Gabriela Bettini, *Recuerdos inventados* (2003), y de Pedro Camilo Pérez del Cerro, *El viaje de papá* (2005). Para ejemplificar los distintos tiempos condensados expondremos los diferentes momentos de la serie *Fotos tuyas* de Inés Ulanovsky:

1. El tiempo de las fotografías testimoniales de las víctimas, es decir aquellas que conservan los hijos de sus padres o familiares.
2. El tiempo largo de la ausencia de una persona en la familia (los 35 años aproximadamente) condensado en la forma de exponer el ritual en torno a las fotos.
3. El tiempo del disparo de esas fotos marcado por las decisiones estéticas y operativas de Inés (encuadre, color, etc.).
4. El tiempo de la recepción pública, en donde el espectador se autoidentifica en el álbum familiar ajeno, entre otras cosas. Podríamos seguir infinitamente clasificando distintos tiempos, pero nos parece que al menos estos cuatro tiempos, que articulan el anacronismo, caracterizan la propuesta artística, tan distante de las exigencias de la disciplina histórica.

Entre disciplinas: Memoria, Historia e ¿Historia del Arte?

Desde una perspectiva diferente, ahora orientada a las organizaciones disciplinares, expondremos algunos cruces entre la Memoria, la Historia y la Historia del Arte. ¿Cómo ingresa la memoria a la tradicional disciplina de la historia del arte?

Enzo Traverso (2007) traza las distintas características que existen entre la esfera de la memoria y la esfera de la historia, y, a su vez, sus entrecruzamientos para lograr un mismo objetivo, la *elaboración del pasado*: “si la historia nace de la memoria, también se emancipa de ella, al punto de hacer de la memoria

uno de sus temas de investigación como lo prueba la historia contemporánea. [...] La historia tiene así su nacimiento en la memoria, de la cual es una dimensión, pero eso no impide de ningún modo que la memoria devenga en *objeto* de la historia.” (2007: 72)

La memoria es subjetiva, multiforme, cualitativa, mediada por el presente -sin responder al tiempo cronológico y lineal del análisis histórico-, moldeada por los acontecimientos y reflexiones posteriores que modifican el recuerdo, está en transformación permanente. Las memorias “individuales” están encuadradas en *marcos sociales* (Halbwachs; 2011)⁶. La historia, escrita también en presente, “debe emanciparse de la memoria, no rechazándola sino poniéndola a distancia” (Traverso; 2007: 72). Como afirma Traverso, citando a Hobsbawm, el historiador no debe sustraerse a un deber de *universalismo*, y debe responder a los requisitos de su carácter científico.

Nos interesa, en esta relación entre el campo de la historia y el de la memoria, plantear algunas preguntas en relación al estudio de las imágenes y a la Historia del arte: ¿Cuál es la relación entre imagen y memoria?, y ¿entre arte y memoria? ¿Cómo dialoga/confronta la memoria con la Historia del arte?

En esta instancia nos resulta fundamental mencionar toda una serie de estudios de pensadores diversos, quienes han cuestionado los supuestos básicos de la Historia del arte tradicional y han dirigido su atención a la memoria. *Atlas Mnemosyne* de Aby Warburg es una de las propuestas más peculiares e importantes en este sentido. Este atlas visual -inacabado-, compuesto entre los años 1924 y 1926, manifiesta una forma de comprender las imágenes en “paneles móviles”: en cada panel hay un *montaje* de imágenes heterogéneas, tanto de producciones artísticas como

⁶ Es importante, también, tener presentes los problemas que conlleva la noción de *memoria colectiva* “en la medida en que se la entienda como algo con entidad propia, como entidad reificada que existe por encima y separada de los individuos. Esta concepción surge de una interpretación durkheimiana extrema (tomar a los hechos sociales como cosa). Sin embargo, se la puede interpretar también en el sentido de memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples, encuadradas en marcos sociales y en relaciones de poder. Lo colectivo de las memorias es el entretreído de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante, con alguna organización social -algunas voces son más potentes que otras porque cuentan con mayor acceso a recursos y escenarios- y con alguna estructura, dada por códigos culturales compartidos.” (Jelin; 2012: 55)

de la cultura visual. El objetivo del *Atlas* es explicar el proceso histórico de la creación artística del Renacimiento en Italia que retoma fundamentos de la Antigüedad. Lo novedoso en esta forma de exposición de los temas es la manera de entender a través de un *dispositivo visual* la propia historia de las imágenes, lo que instaura un orden espacial -acercándonos a una perspectiva más antropológica y distanciándonos, a su vez, de una historia del arte tradicional asentada en un dispositivo temporal y cronológico, evolucionista, estético-formalista-:

[...] El atlas es una presentación sinóptica de diferencias: ves una cosa, y otra cosa completamente distinta colocada a su lado. El objetivo del atlas es hacerte entender el nexo, que no es un nexo basado en lo similar, sino en la conexión secreta entre dos imágenes diferentes. Por eso el atlas es una herramienta mucho más visual de lo que puede ser cualquier archivo. (Didi-Huberman, 2010)

En este dispositivo visual, Warburg pone de relieve a la memoria, *mnemosyne*, al afirmar que el lenguaje gestual, las formas cargadas de expresividad presentes en las producciones artísticas -que él denomina como “*engrammas* de la experiencia emotiva”- son “patrimonios hereditarios de la memoria”. Se focaliza, entonces, no sobre la “evolución estética de las formas, sino ante la búsqueda profunda de los fundamentos psicológicos e internos de la creación artística, ese “intrincado subterráneo de raíces” que el historiador encuentra en el estudio del gesto patético a través de la Antigüedad y el Renacimiento”. (Checa, 2010: 140)

En este sentido, Warburg cuestiona a la disciplina tradicional, ya que considera que hay que abordar no sólo el polo *apolíneo-racionalizador* propio de todas las ciencias “duras”, sino, también, el polo *dionísico-movimiento*. En esta línea, Warburg introduce el *pathos* en la historia de las imágenes:

El sufrimiento, al igual que la subjetividad, son elementos imposibles de eliminar en cualquier actividad relativa al saber. No existe saber sin

pathos, esa es una de las grandes lecciones de Warburg. En la actualidad, el *pathos* se encuentra o bien denostado o bien sobreexplotado. (Didi-Huberman, 2011: 32)

Actualmente, y desde hace dos décadas, existe una bibliografía extensa acerca de Aby Warburg y su forma de entender la cultura visual. Ha sido redescubierto y profundizado por muchos intelectuales, entre ellos uno de los más destacados es Georges Didi-Huberman⁷. Retomando entonces estos estudios, en conjunto con otros grandes pensadores como Walter Benjamin y Carl Einstein, Didi-Huberman ha estado (re)construyendo una historia de las imágenes diferente a la tradicional.

Estas herramientas conceptuales resultan productivas a la hora del análisis de las imágenes artísticas de hijos/as, entre ellas: el tiempo heterogéneo y anacrónico; el saber racional y el *pathos*; el montaje del saber. Es decir, nos proponemos utilizar los materiales críticos que vienen más del campo de la memoria y de la cultura visual o del estudio antropológico de la imagen, que de la disciplina tradicional de la Historia del Arte:

[...] hacer la *historia* del *arte* fatalmente nos impone hacer jugar cada uno de los dos términos como una herramienta crítica aplicable al otro. Así, el punto de vista de la historia aporta una duda saludable acerca de los sistemas de valores que, en un momento dado, contiene la palabra “arte”. Pero el punto de vista del arte -o, al menos, el de la imagen, el del objetivo visual- aporta, recíprocamente, una duda saludable de los modelos de inteligibilidad que, en un momento dado, contiene la palabra “historia”. (Didi-Huberman, 2011: 49)

Siguiendo este planteo en donde hay una retroalimentación crítica del arte sobre la historia y de la historia sobre el arte, en-

⁷ De hecho, Didi-Huberman le dedicó un libro al estudio de los conceptos de Aby Warburg en *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg* (2009) Ed. Abada

tonces, no sería conveniente considerar la historia del arte como una rama particular de la historia: “Pienso, en efecto, que la historia del arte debe hacer otra cosa: se confesó capaz de eso en un momento -el que marcaron los nombres de Wölfflin, de Warburg, de Riegl- en que proporcionó a la historia un modelo de rigor analítico así como de invención conceptual. La historia del arte se mostró entonces tan *filosóficamente* audaz como *filológicamente* rigurosa [...]” (Didi-Huberman, 2011: 50).

A lo largo del trabajo fuimos advirtiendo, entonces, que para reflexionar sobre las producciones artísticas que elaboran hechos traumáticos -como en *Fotos Tuyas*, *Fotos Lavadas* o *Un Ala para volar* -, necesitamos hacer un doble movimiento. Por un lado, se vuelve necesario tomar ciertas categorías desarrolladas en los campos de la Memoria e Historia reciente, entre ellas *elaboración del trauma*, *testimonio*, *tiempo complejo y memoria colectiva*, y repensarlas en su relación con lo visual. Por otro lado, debemos revisar los supuestos básicos de la Historia del arte y confrontarlos con estos conceptos para seguir aportando al análisis teórico específico que supone toda imagen.



Imagen 1. *Fotos Tuyas* de Inés Ulanovsky, 2006.



Imagen 2. *Fotos lavadas* de Soledad Sánchez Goldar, Centro Cultural España Córdoba, Argentina. Curaduría: Marcela López Sastre. Video y edición: Javier Cutrona. Cámaras: Celeste Sánchez Goldar y Javier Cutrona. Documentación en fotos: Dolores Esteve, 2008.



Imagen 3. *Un ala para volar*, performance de Soledad Sánchez Goldar, San Martín de los Andes, Argentina, 2005.

Bibliografía

Agamben, Giorgio. (2002) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Barcelona: Pre-textos.

Amado, Ana. (2009) *La imagen justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. Buenos Aires: Colihue.

Brea, José Luis. (2005) *Estudios visuales. La epistemología de la visualidad en la era de la globalización*. Madrid: Akal.

Checa, Fernando. (2010) “La idea de imagen artística en Aby Warburg: el Atlas Mnemosyne (1924-1929)” en *Aby Warburg, Atlas Mnemosyne*. Madrid: Akal.

Didi-Huberman, Georges. (2011) “La lección de Warburg es que no existe saber sin sufrimiento” en *Carta. Revista de pensamiento y debate del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía*. N° 2. *Aby Warburg ¿Cómo llevar el mundo a cuestas?* Primavera-verano 2011.

Halbwachs, Maurice. (2011 [1950]) *La memoria colectiva*, Buenos Aires: Miño y Dávila editores.

Huyssen, Andreas. (2007) *En busca del futuro perdido: cultura y memoria en tiempo de globalización*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Jelin, Elizabeth. (2012) *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Levi, Primo. (2011a) *Si esto es un hombre*. Madrid: Océano.

----- (2011b) *Los hundidos y los salvados*. Madrid: Océano.

Lvovich, Daniel. (2007) “Historia reciente de pasados traumáticos: De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura argentina” en: Marina Franco y Florencia Levín (comps.). *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós.

Mirzoeff, Nicholas. (2003) *Una introducción a la cultura visual*. Barcelona: Paidós.

Muñoz Cobeñas, Leticia. (2012) *Las antígonas y el Estado. Aflic-*

ción y resistencia en el relato de mujeres. Buenos Aires: Biblos.

Ricœur, Paul. (2004) “Fase documental: la memoria archivada” en *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Todorov, Tzvetan. (2008) *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.

Traverso, Enzo. (2007) “Historia y Memoria: Notas sobre un debate” en: Marina Franco y Florencia Levín (comps.). *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós.

CAPÍTULO III

División sexual del trabajo, régimen político de la heterosexualidad y género. Multiplicando las categorías útiles para el análisis histórico de las mujeres

CANELA C. GAVRILA

Presentación

“La historia es un cuento con el que los mentirosos de la cultura occidental engañan a los demás; la ciencia un texto discutible, y un campo de poder; la forma es el contenido.”

Donna Haraway.

Manifiesto cyborg.

Desde la década de 1960, y como síntoma de los avances del movimiento feminista en Estados Unidos y Europa, las mujeres denuncian el carácter androcéntrico y retrógrado de la ciencia y exigen un espacio de reconocimiento académico donde desarrollarse como sujetos de conocimiento y productoras de teoría. En la Argentina ocurre un proceso similar en consonancia con los nuevos movimientos sociales de derechos humanos, mujeres y feministas fortalecidos por la primavera democrática, que estimularon a las féminas a una mayor participación política que incluyó entre sus estrategias la construcción de espacios propios dentro de las universidades. Desde aquel entonces a la actualidad han proliferado centros e institutos interdisciplinarios, jornadas y congresos que hicieron de la teoría de género la herramienta preferencial para el análisis de las relaciones entre los sexos.

Si bien esta categoría posibilitó la emergencia problemática de los géneros al interior de la academia, aún exige el diálogo con otras categorías feministas para potenciar el pensamiento crítico sobre las relaciones de poder entre los sexos. Acaso ¿podríamos

hablar de la formación del mercado de trabajo en Argentina a principios del siglo XX sin considerar la *división sexual* que opera como estructurante de las relaciones entre los sexos? O por ejemplo, ¿podemos estudiar la feminización de las actividades asistenciales sin indagar en la centralidad del *régimen político de la heterosexualidad* y los sentidos políticos, económicos e ideológicos por los que son convocadas las mujeres? Por último, o quizás en principio, ¿podemos continuar haciendo historia de las mujeres en perspectiva de género sin reparar en cómo se construye y los sentidos que operan en tal categoría?

En esta línea, y manteniendo la sospecha acerca de los alcances de la teoría de género, es que el siguiente trabajo intenta recuperar el espíritu feminista de cuestionamiento a la ciencia androcéntrica presentando algunas categorías acuñadas desde el feminismo -como el régimen político de la heterosexualidad, el sexage y la división sexual del trabajo, entre otras- a fin de reflexionar sobre sus posibilidades, límites y alcances para el estudio de la historia de las mujeres.

Por último, aclarar brevemente que este artículo se vincula íntimamente con algunas problemáticas que encuentro al desarrollar mi tesis de maestría titulada “Las Visitadoras de Higiene y los agentes de Servicio Social en la génesis del Trabajo Social en la Argentina (1924 – 1948)”. En ella me propongo rastrear los procesos de profesionalización y de especialización en el ámbito sanitario durante la primera mitad del siglo XX en Argentina, atendiendo especialmente a la feminización de la profesión como parte de la expansión de las actividades del estado, que al ampliar sus alcances convoca a mujeres como mano de obra barata y “especializada” en el cuidado y asistencia de la población, en especial de madres, niños y niñas. La complejidad del tema exige poder analizar los mecanismos discursivos desde los que se produce el género mujer, como así también ahondar en los fundamentos que promovieron la participación exclusiva de las féminas en esta nueva profesión y las razones económicas y políticas desde las cuales se justificó la convocatoria y el posterior desarrollo de la disciplina de Trabajo Social. He aquí la preocupa-

ción por versar historias críticas acerca de las instituciones constructoras de sentidos que norman y disciplinan el género mujer; identificando las articulaciones por las que se presenta la ficción totalizante de “nosotras” y hallar los mecanismos históricos y discursivos que lo sostienen y reproducen.

Para ordenar la propuesta de trabajo el texto se articula del siguiente modo: en principio revisaremos someramente los cuestionamientos feministas a la ciencia androcéntrica a fin de comprender de qué modo la categoría género logró consolidarse como herramienta hegemónica para el estudio de las mujeres, a pesar de las críticas y límites para el análisis de las diferencias sexuales. Luego presentaremos las categorías de heterosexualidad obligatoria/régimen político heterosexual y división sexual del trabajo que pueden enriquecer los análisis históricos sobre las mujeres en clave de género, por último presentaremos algunas reflexiones acerca de los posibles diálogos entre las tres categorías.

El cuestionamiento al conocimiento androcéntrico y la centralidad del género.

“No es posible ninguna revolución política sin que se produzca un cambio radical en nuestra propia concepción de lo posible y lo real.”

Judith Butler.

El género en disputa.

El feminismo logró a través de la consigna “lo personal es político” manifestar en la escena pública que los problemas íntimos y de la vida doméstica no hacían más que sostener y reproducir lógicas de dominación que trascendían los límites del hogar. La exposición de las relaciones de poder en que se hallaban las mujeres se presentó en las nuevas temáticas que eran parte de su preocupación. Así, “la mística de la feminidad”¹ y “la política se-

¹ Betty Fridann. Feminista liberal. Personaje central del feminismo de la segunda ola en Estados Unidos. En el año 1964 publica *La mística de la feminidad* donde analiza el rol de las mujeres en la sociedad y el estado de alienación en el que se

xual”² manifestaron la brecha que existía entre la realidad de las mujeres y la imagen a las que se les exigía ajustarse. De alguna manera, la certidumbre de conformar el “segundo sexo”³ marginal y heterodesignado, estimuló la búsqueda de un conocimiento que las situara como sujeto de su propia representación.

Desde las universidades, las feministas denunciaron el supuesto carácter progresista de la ciencia como una falacia, puesto que a contramano del proyecto ilustrado, ésta se construía al servicio de tendencias primordialmente retrógradas donde muchas de sus explicaciones y tecnologías, modos de definir los problemas de investigación y las formas de conferir significados eran no sólo sexistas, sino también racistas y clasistas (Harding, 1996: 11). Este carácter regresivo operó conjuntamente con la expulsión y el rechazo a la participación de las mujeres de los ámbitos científicos, cuya estrategia política fue negar su participación en la vida pública, política, científica y ética, imposibilitando la intervención en las comunidades epistémicas de construcción y legitimación del conocimiento y generando como resultado una negación y rechazo de las características culturalmente asignadas como femeninas dentro de la ciencia (Mafia, 2007).

Sin embargo, y a pesar de las múltiples propuestas epistemológicas planteadas,⁴ la categoría género (que fuera acuñada durante la década de 1950 por el psicoendocrinólogo John Money y Anke Ehrhardt para popularizar una versión de la identidad formada por elementos sociales y biológicos que permitieran avanzar en el estudio –y posterior intervención quirúrgica- de niños

encontraban y que fue llamado “el mal sin nombre”. Fundó NOW (National Organization for Woman) que núcleo a multiplicidad de colectivos feministas.

² Kate Millet. Feminista y escritora estadounidense. Fue parte del comité del NOW. En 1970 publica *Política Sexual* donde ofrece una crítica a los roles sexuales en Occidente, particularmente en algunos grandes novelistas.

³ Simon de Beauvoir escribió en 1949 la obra *El segundo Sexo*, obra sumamente influyente en el movimiento de mujeres por plantear que “no se nace mujer, se hace”, quitando todo carácter biológico que podía suponer diferencias entre hombres y mujeres.

⁴ Por razones de espacio no trataremos en este trabajo sobre las tendencias epistemológicas surgidas dentro del feminismo. Sugerimos la lectura de Sandra Harding (1996) quien desarrolla e historiza las tendencias del punto de vista feminista y el empirismo feminista. Para un análisis de las posturas postfeministas se recomienda Haraway (1995).

y niñas trans e intersexuales⁵) obtuvo gran legitimidad entre las feministas. Desde la década del setenta, muchas académicas que pretendían realizar estudios sobre las mujeres tomaron la categoría para sus análisis a fin de cuestionar el determinismo biológico al que se reducía la situación de las féminas.

En 1975 la antropóloga feminista Gayle Rubin (1986) conjugó la categoría de sistema sexo género para explicar cómo las sociedades organizan la economía -en tanto sistema por el cual los elementos del mundo natural son transformados para el consumo humano- en función de un ordenamiento de la sexualidad. La autora explica cómo las necesidades de procreación, al igual que otras, son compensadas, pero

casi nunca son satisfechas de manera “natural”, así como tampoco lo son las necesidades de alimentación (...). Cada sociedad tiene un **sistema de sexo género**, un conjunto de disposiciones por las cuales el material biológico bruto del sexo y de la procreación es modelado por la intervención humana, social, y satisfecho según convenciones, por extravagantes que puedan ser algunas de ellas (Rubin, 1986: 97).

Si bien Rubin utiliza el concepto de género para el análisis social, la principal crítica que se le ha realizado es que equipara la noción de sexo a la de biología, y género a la cultura. Fue a través de los aportes de Michel Foucault en *Historia de la sexualidad*

⁵ Donna Haraway considera que esta preocupación por la reasignación sexual de las personas trans e intersexuales y la necesidad de poder conceptualizarlo formaba parte de la reformulación liberal de la vida y de las ciencias sociales luego de la segunda guerra mundial, donde se reformularon las categorías binarias de sexo-género y naturaleza-cultura, puesto que desde este pensamiento dicotómico se estructuraba el mundo como un objeto de conocimiento en función de la apropiación de los recursos de la naturaleza por parte de los sectores de alta cultura. Posteriormente, Beatriz Preciado complejizó esta mirada al considerar que el género fue construido como parte del régimen farmacopornográfico que hizo del sexo objeto de gestión política. Para mayor desarrollo de esta problemática se sugiere la lectura de Haraway (1995: 213-251) Capítulo 5. “Género” para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra” y Preciado, Beatriz. (2008) *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Calpe. Capítulo 6. “Tecnogénero”, pp 81-99.

(2003) que se desplomó la adscripción de la sexualidad a la naturaleza. En el tomo I titulado “La voluntad de saber” demuestra que el concepto de sexo no está vinculado a la naturaleza, sino que ha evolucionado históricamente desde el siglo XVIII a través de estudios médicos, demográficos y pedagógicos que construyeron un discurso de verdad con el propósito de normar y disciplinar las conductas sexuales, haciendo de la heterosexualidad el modelo hegemónico (Foucault, 2003). Sin embargo, estas distinciones entre el carácter construido del sexo y del género tardaron en ser consideradas en los estudios de género.

En el año 1986 Joan Scott, historiadora estadounidense, publica el famoso artículo “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, texto fundamental para el campo disciplinar y del feminismo. En el mismo, retoma el legado de Foucault y sostiene que el poder aparece como una constelación dispersa de relaciones desiguales, instituidas discursivamente en campos de fuerza. El género es, para la autora, un elemento constitutivo de las relaciones sociales, basado en las diferencias que se perciben entre los sexos; y además, es un modo primordial de significar las relaciones de poder. Su propuesta metodológica consiste en rastrear los modos en que se construyen los géneros y las relaciones asimétricas y de poder entre ellos. Cuatro elementos resultan imprescindibles para este análisis: los símbolos culturalmente disponibles, los conceptos normativos, las instituciones y/o las organizaciones sociales que movilizan estos sentidos; y por último, la reapropiación subjetiva. (Scott, 1996)

Rápidamente surgieron posiciones por fuera del campo de la historiografía que cuestionaron la propuesta de análisis de Scott. Donna Haraway (1995) y Judith Butler (2007) centraron su crítica en el construccionismo social atribuido únicamente al género. Haraway planteó que estudiar las diferencias de género como constructos gramaticales con los que se crean imágenes alusivas al sexo resulta ineficaz por negar que este también es una construcción político social y, por ende, no solo se incurre en un error epistemológico sino que además se enaltece el discurso biologicista decimonónico formulado con intereses racistas colonialistas

que operan como límite para pensar las identidades de género (Haraway, 1995: 220-226). Butler, por su parte, sostuvo una posición similar, cuestionó el carácter invariable del sexo para demostrar que es tan construido como el género y, por lo tanto, la dicotomía planteada entre ambos no existiría como tal. El género es considerado por la autora como el medio discursivo/ cultural por el cual la “naturaleza sexuada” o “un sexo natural” se forma y establece como una superficie políticamente neutral sobre la cual actúa la cultura, incluso, la producción del sexo como un ente pre-discursivo es también parte de la estructura del género (Butler, 2007: 52-56).

Joan Scott tardó algunos años en responder a estas diferencias, sin embargo la historiadora Gisela Bock se anticipó al debate. Sugirió que la transcripción de género a sexo no debería resultar conflictiva dentro de los análisis históricos, puesto que esta adscripción de una categoría sociocultural al orden de lo biológico se enmarca en la construcción discursiva de algunos conceptos y ciencias, particularmente de la biología, que desde fines del siglo XIX se ha erigido como bastión ideológico para enaltecer diferencias y justificar desigualdades sociales y políticas (Bock, 1991: 6-13). Por su parte, Scott, luego de veinte años de iniciada la afrenta, defendió el uso de la categoría género no sólo por la radicalidad política y potencia cuestionadora, sino también, porque permite articular la compleja relación entre lo normativo y psíquico de los significados del sexo y de la diferencia sexual como estrategia para desestabilizar los modos en que se construyeron las categorías de hombre y mujer (Scott, 2011: 98-100).

Si bien el uso de género ha sustituido el uso de la categoría mujeres (Scott, 1996; 2001) e incluso se ha vuelto “un lugar común” hay una problemática que se mantiene respecto a los usos que se hace de la categoría puesto que en muchas ocasiones el género opera como una reiteración del sujeto que limita e imprime deberes sobre las corporalidades que describe generando ficciones reguladoras sobre los cuerpos e incluso, como ya hemos citado, fija un cuerpo descrito por la biología (macho- hembra) que limita las posibilidades de pensar en corporalidades y experiencias más

allá de los biogéneros asignados y de su función heteroreproductiva. Entonces, ¿cómo podremos dar cuenta de una historia de las mujeres en perspectiva de género donde la particularidad que las identifica no sea el hecho de haber nacido con los genitales que la biología asigna a su género? ¿Cómo podremos versar historias sobre aquellas que habiendo nacido en el sexo “mujer” no se corresponden con los símbolos culturalmente disponibles de feminidad? E incluso, deberemos cuestionar en qué fuentes podemos rastrear las tensiones entre lo normativo y psíquico, como propone Scott (2009), para dar cuenta de las contradicciones en que se habitan y construyen los modos de ser mujer.

Sin lugar a dudas se necesitan una mayor cantidad de relatos que den cuenta de la explosión identitaria y post identitaria en que se construyen nuevos signos orientadores sobre las mujeres. Sin embargo, considero que la trinchera epistémica del género -en tanto espacio de identificación y confrontación, debate y producción de conocimiento para muchas investigadoras feministas y otras cercanas a dichas preocupaciones- no debe ser abandonada, sino complejizada en relación con otras propuestas feministas de análisis que colaboren en la revelación de los elementos negados y reprimidos en las definiciones estáticas del concepto mujer, y que también, contribuyan al debate constante dentro de la teoría feminista. Por ello considero útiles las categorías de heterosexualidad obligatoria y división sexual del trabajo, puesto que dan cuenta de las estrategias que consolidan y reproducen el género, más allá de los convencionalismos sociales de la biología.

La heterosexualidad obligatoria o régimen político de la heterosexualidad

“Pues mientras las oposiciones (las diferencias) sigan pareciendo datos, algo que ya está ahí, “naturales”, precediendo a cualquier pensamiento –sin conflicto ni lucha- no habrá dialéctica, ni cambio, ni movimiento. El pensamiento dominante se niega a analizarse a sí mismo para comprender aquello que lo pone en cuestión”

Monique Wittig.

El pensamiento heterosexual y otros ensayos

La propuesta feminista de encontrar una representación capaz de identificar a todas las “mujeres” se encontró en un callejón sin salida cuando las feministas negras, lesbianas y latinoamericanas cuestionaron el estatuto de sujeto que tomaban las feministas estadounidenses y europeas.⁶

Adrienne Rich (1996) poeta e intelectual lesbiana feminista, acuñó la categoría heterosexualidad obligatoria a mediados de la década del ochenta con el objetivo de contrarrestar la cancelación de la existencia lesbiana en los relatos feministas y evidenciar los límites y contornos que imprime la heterosexualidad obligatoria, donde las mujeres son definidas en función de la relación establecida con los varones: hija de, esposa de, hermana de. Rich identifica una multiplicidad de mecanismos de disciplinamiento y sometimiento para la instauración de la heterosexualidad obligatoria, caracterizados todos ellos por anclarse en la violencia contra las mujeres que va desde lo físico hasta lo psíquico pasando por lo simbólico.

En sintonía con esta propuesta, otras autoras plantearon la sujeción sobre las mujeres en función del derecho sexual masculino. Una de ellas fue Catharine Mackinnon (1996) quien consideró a la heterosexualidad como la institución organizadora de la diferencia sexual que produce los géneros masculino y femenino a fin de apropiarse de la sexualidad de las mujeres (1996: 23-25). Sin embargo, esta postura fue criticada por sistematizar y cristalizar la subordinación sexual de las mujeres al limitar la identificación de género en el marco de la sexualidad hetero que definiría lo masculino y lo femenino sin posibilidad de ofrecer un marco de legibilidad acerca de quienes no ingresen en una relación heterosexual de subordinación, o aquellas que no son heterosexuales o viven situaciones de sujeción con personas del mismo sexo (Butler, 2006: 84-87).

Carol Pateman (1995) ofreció otro análisis acerca del orden heterosexual y del derecho sexual masculino. Basada en un análisis contractualista de la sociedad moderna, la autora considera

⁶ Se propone ahondar en estas críticas a través de uno de los textos fundacionales: Cherríe Moraga y Ana Castillo. (1988) *Este puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en Estados Unidos*. San Francisco: Ismpress.

que a través de “contrato sexual” -silenciado tras el pacto social de la Revolución Francesa- se organizó el patriarcado moderno, diferenciando las esferas pública y privada que estructuran el espacio político a los hombres y el privado doméstico a las mujeres. Es a través de distintos contratos que las diferencias culturales entre ambos sexos se reproducen, por ejemplo, mediante el matrimonio, el contrato laboral y la prostitución. Pateman considera que en todos los casos la mujer resulta mercancía disponible al uso masculino. Si bien esta propuesta intenta de algún modo dar respuesta a cuál es el origen del patriarcado moderno, cuenta con algunas falencias para comprender la dinámica social -y no solo la representación cultural- de la dominación masculina. En principio, identifica las relaciones de poder entre hombres y mujeres como relaciones de dominio y sujeción, similares a las de amo y esclavo, que, por una parte, resultan vetustas para analizar la inequidad de género en el capitalismo, y por otra, no dan cuenta de la dinámica social de la dominación masculina posicionando monolíticamente la masculinidad, la feminidad y la diferencia sexual, incluso negando las situaciones en que las mujeres revierten su situación por una de mayor autonomía (Frasser, 1997: 296 -304).

A pesar de estas críticas el concepto de heterosexualidad obligatoria acuñado por Rich resultó fundamental por cuestionar el orden sexual hegemónico y potenciar la unidad y solidaridad entre las mujeres frente al dominio masculino. Hubo otras posturas que cuestionaron el ordenamiento político de la heterosexualidad. Monique Wittig (2006), lesbiana feminista materialista francesa, propuso pensar la heterosexualidad en tanto régimen político fundado en la sumisión y la apropiación de las mujeres. Dicha opresión se funda en la explotación económica para la reproducción de la especie y en el acaparamiento del tiempo libre de las mujeres utilizado para el cuidado de las personas de la comunidad o la familia, hecho que reactualiza constantemente las posiciones de los sujetos dentro de la sociedad heterosexual. La autora comprende que en esta dinámica se construye el pensamiento hetero y se fundan los roles de sexo (hombre y mujer)

que actúan acordes a las necesidades exigidas para la reproducción de la especie y de la heterosexualidad en tanto régimen de dominación.

La posibilidad de apropiación de la fuerza productiva y creativa de las féminas es parte de la ideología de la diferencia sexual que opera como censura en la medida en que esconde la posición entre hombres y mujeres, y coloca a la naturaleza como la razón justificatoria de dicha jerarquía. De modo que masculino-femenino, macho-hembra son categorías que sirven para disimular las diferencias sociales que implican un orden económico, político e ideológico (Wittig, 2006: 22)

Butler, como deudora de la teoría wittigiana de la heterosexualidad, agrega que ésta se impone no solo obligatoriamente, sino también como “comedia inevitable” dada la fuerza y violencia con que se imprime sobre los cuerpos en la pretensión de otorgar una ficción reguladora de la coherencia heterosexual, es decir, una articulación entre sexo, género y sexualidad como si fueran consecuencias directas: macho=hombre=heterosexual activo/ hembra=mujer=heterosexual pasiva. Esta regulación se manifiesta a través de actos, gestos y performances que afirman una repetición del género reificando las identidades sexuadas (Butler, 2007: 265-266)

Sin embargo, el aporte central del pensamiento de Wittig radica en identificar una matriz heterosexual desde la cual se designa y construye el sexo de los/las sujetos, el carácter vincular de las relaciones entre estos y su contingencia dentro del orden heteronormativo. En una suerte de disputa por el ordenamiento lingüístico que produce el lenguaje del “pensamiento heterosexual” que naturaliza y universaliza los sentidos políticos de la sexualidad, hay una invitación a desmontar las categorías que resultan opresivas a través de la creación del lenguaje-manifiesto, lenguaje-acción que transforme y haga historia (Wittig, 2006: 56).

La radicalidad de considerar la heterosexualidad como matriz fundadora de las relaciones sociales dentro de los análisis históricos permite no solo evidenciar diferencias entre mujeres en

razón de su elección sexual, sino también poder rastrear los mecanismos que sostienen a este régimen político que privilegia el “derecho masculino” en detrimento de las mujeres y de la unidad política entre estas. Desde la perspectiva de Wittig, la categoría mujeres -vinculada íntimamente con la categoría de sexo- aparece como una construcción social acorde a las necesidades de reproducción de la sociedad heterosexual que antecede a las convenciones generadas por el discurso biologicista (Wittig, 2006: 26).

En el derrotero por construir una historia que analice la apropiación creativa y productiva de las mujeres fundamentada sobre una base material, la división sexual del trabajo es una categoría que iluminará elementos acerca de la apropiación del trabajo de las mujeres en la dinámica social de la diferencia sexual.

División sexual del trabajo y sexage

“Todo se desarrolla por lo tanto como si, en el plano de los discursos sociológico y político, la relación capital / trabajo sólo crease clases masculinas o, más exactamente, como si para efectuar el paso del estudio de una relación social al de un grupo social fuese preciso escamotear toda una dimensión sexual (...) no es posible autonomizar, por tanto, el estudio del grupo obrero femenino, puesto que los instrumentos de análisis, totalmente dicotómicos, en ningún caso pueden dar cuenta de la coherencia (vivida en términos concretos) de las prácticas sociales”

Daniele Kergoat.

Por una sociología de las relaciones sociales.

Las feministas materialistas francesas⁷, -grupo de intelectuales al que perteneció Wittig-, reconocen la división sexual del

⁷ Las feministas materialistas francesas reflexionaron en los tempranos 70 acerca de la naturalización del sexo, afirmando que ni varones ni mujeres son grupos biológicos puesto que no poseen una especificidad biológica o identitaria que los defina, sino que son definidos por una relación social antagónica que es material e histórica. Consideran que hombres y mujeres constituyen clases diferenciadas basadas en la apropiación el trabajo de las mujeres. Para mayores referencias sobre el feminismo materialista francés, se sugiere la lectura de: Curiel, Ochy; Falquet, Jules (Comps). (2005) *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Buenos Aires: Editorial Brecha Lésbica.

trabajo como parte integral de las relaciones de poder. En su explicación esta relación asimétrica se caracteriza por hacer de las féminas una clase social definida por la apropiación colectiva que la clase de los hombres realiza sobre sus cuerpos. Dos elementos dominan esta propuesta, por una parte se reconoce la relación de poder entre varones y mujeres, la imposición ilegítima y permanente que forma esta apropiación; y por otra parte, la idea de “naturaleza” sobre la cual reposa el sustrato ideológico político que daría cuenta de la existencia de las mujeres. En este acaparamiento del cuerpo de las mujeres, su materialidad se reduce a la función de herramienta cuya instrumentalidad se aplica fundamentalmente a otros seres humanos sobre los cuales opera “naturalizadamente” (Guillaumin, 2005: 24-25; Wittig, 2006). Colette Guillaumin llama a esta relación de apropiación de la fuerza de trabajo de las mujeres *sexage* con el objetivo de otorgar una categoría que visibilice la apropiación colectiva e individual de la clase de las mujeres.

Si bien resulta sumamente atractiva la propuesta de comprender la apropiación del trabajo de las mujeres como parte integral de las relaciones de opresión del régimen político de la heterosexualidad, la categoría de *sexage* muestra como debilidad que en la ilusión de considerar a las mujeres como clase se desdibujan los contrastes entre ellas, perdiendo de vista cómo afecta diferencialmente la explotación capitalista a cada una dentro de la estructura social (Hirata y Kergoat, 1997: 80). Por lo tanto, resulta imprescindible destacar cómo se ha articulado dentro del capitalismo la separación entre el trabajo y el hogar que resultó útil al desarrollo histórico del modo de producción actual. Este proceso, que podemos referenciar desde el siglo XIX, se basó en lo que Joan Scott definió como “ideología de la domesticidad”, es decir, un entramado de discursos médicos, morales científicos, y políticos tendientes a naturalizar la división sexual del trabajo, legitimando la separación entre el hogar y el trabajo, de modo que resultara eficiente a los fines de la acumulación capitalista (Scott, 1993).

Esta diferenciación construida entre el trabajo y el hogar configura dos esferas, una esfera pública-productiva destinada a los hombres; y otra esfera privada-reproductiva reservada a las mu-

jeros. En la sociedad occidental y durante el capitalismo, la heterosexualidad funciona como garantía de reproducción social, la organización a través de la ficción del “hogar” posibilita la reproducción de la fuerza de trabajo en un doble sentido, por una parte garantiza la reproducción cotidiana de los trabajadores y por el otro, propicia la reproducción ideológica y biológica de la masa de futuros proletarizados. La familia capitalista heteronormada se establece así como garantía de “orden doméstico” al mando exclusivo -y no necesariamente consciente y voluntario- de las mujeres, quienes como “amas de casa” aparecen como expertas infravaloradas en su trabajo por el cual no reciben un salario, y, además, ven limitada su intervención en el ámbito público/ político/ productivo.

Si bien la división sexual del trabajo establece espacios y tareas diferenciales para hombres y mujeres; las fronteras que separan lo público de lo privado, lo doméstico de lo productivo, se han vuelto permeables a los intercambios entre sí aunque mantienen y reproducen las marcas de género. Kergoat realiza una apuesta que puede resultar útil a los análisis históricos, al considerar que las relaciones de explotación y opresión sexual en que se encuentran las mujeres en el trabajo no pueden ser vistas exclusivamente en el espacio productivo o en el hogar como instancias separadas, por el contrario, se deben comprender como parte de las relaciones contradictorias y dinámicas en que se inscriben el capitalismo y el patriarcado (Kergoat, 1997: 19).

Kergoat se reconoce como deudora de la teoría feminista que puso “en duda la alteridad de los órdenes productivos posibilitando la problematización del trabajo desde las relaciones sociales de los sexos, hecho que no había sido posible antes del feminismo” (Kergoat, 1997: 31) En su propuesta sugiere acabar con los análisis que escinden los espacios de producción de los de reproducción para ver la forma en que se influyen mutuamente, se articulan, se contradicen e incluso entran en crisis. Sugiere también la construcción de objetos de estudio que superen esta dicotomía y evidencien los elementos globales en que se hallan las trabajadoras y que resultan inseparables de los elementos de producción y reproducción.

La propuesta de analizar las relaciones entre los sexos desde la división sexual del trabajo enriquece un análisis de género al poner en evidencia las razones materiales de la organización económica en la que se construye a la mujer en un determinado tiempo y espacio. Incluso, la noción de división sexual del trabajo invita a los estudios de género a romper con el aislamiento de esferas (pública/privada) para comprender mayores cruces entre el género, clase y el lugar ocupado en la producción por los sujetos que estudia. A diferencia de la categoría de *sexage*, la división sexual del trabajo no idealiza y universaliza al objeto de estudio “mujeres”, por el contrario manifiesta las fracturas y diferencias.

En este sentido, la división sexual del trabajo resulta útil para historizar las relaciones de dominación en función de los modos de producción en que las mujeres se encuentran -tanto en los espacios de reproducción, como los de producción y sus cruces- potenciando las aristas desde las cuales comprender la situación de los sujetos en determinado tiempo. Esta propuesta permite realizar un análisis de la dinámica establecida entre las relaciones de sexo y las relaciones de clase de un modo crítico y no como una acumulación de las categorías sexo y clase (Dorlin, 2008: 75). Uno de los principales aportes, a mi entender, se vincula con las estrategias por las que la división sexual del trabajo operó y opera de manera favorable a la configuración de identidades de sexo-género y a la consolidación de la heterosexualidad obligatoria como régimen político económico.

¿Por qué necesitamos complejizar la categoría de género? Una pequeña cartografía de la historia de las mujeres en perspectiva de género en Argentina.⁸

La categoría de género goza de más de treinta años de vitalidad en los estudios académicos vinculados a las identidades sexuales y sobre todo a la situación de la mujer. En nuestro país desde los

⁸ Si bien el objetivo de este trabajo no es realizar un análisis acerca de la producción historiográfica de las mujeres en el área de género en Argentina, cabe mencionar que estas líneas son deudoras de otros trabajos que han estimulado e iluminado estas reflexiones. Razón por la que se sugiere consultar los artículos de Pita, Barrancos, Valobra y Palacios citados en la bibliografía final.

años ochenta, contexto particular donde se conjugó la avanzada del movimiento feminista y de mujeres junto con la renovación en el campo de la historia, tuvo lugar el surgimiento de la historia de mujeres (Palacios, 2002). Esta primera etapa se caracteriza como una historia de orden *contributivista*, es decir, que contribuye a la visibilidad de las mujeres en la historia, criticando el tono universalista en que se construyeron los relatos de la historia (Pita, 1998).

La categoría género ingresó poco después y rápidamente logró convocar a muchos y muchas intelectuales que se nuclearon en torno a centros de investigación dedicados exclusivamente a la temática⁹. En el área de la disciplina historia se promovieron relatos de *corte normativo*, centrados principalmente en el modo en que diversos dispositivos de poder, preferentemente las instituciones estatales y médicas, operaron en las distinciones de género. Sin embargo, la principal falencia de estos análisis es que al centrarse en las normativas impuestas descuidan el modo en que las personas construyen su subjetividad. Pero además, estas aproximaciones no logran quebrar las lógicas binarias razón por la cual la categoría género pierde su sentido crítico (Valobra, 2005: 108-109).

Aun así, a pesar de las reactualizaciones de los sentidos biologicistas de los sexos, el ingreso de la categoría de género para los estudios de historia de las mujeres pretendió cargar de potencialidad conflictiva a la historiografía, a fin de develar cómo operaron los dispositivos reguladores sobre el cuerpo social y cómo intervinieron en la construcción de subjetividades (Pita, 1998). Sin embargo, en algunas ocasiones el posicionamiento en la teoría de género sólo se explicita como parte de la metodología pero no adquiere un uso crítico en el desarrollo de la investigación, dejando la propuesta de análisis de las relaciones entre los sexos como un telón de fondo con el cual no se interactúa. Esto produ-

⁹ En el año 1992 se creó el Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En el año 1997 en función de los nuevos intereses temáticos cambió su nombre a Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género.

ce un efecto contrario al de la propuesta de la teoría de género, niega la posibilidad de promover líneas de fuga de los grandes relatos y acciona como polea constrictora (Pita, 1998; Barrancos, 2005; Valobra, 2005).

Por estas razones y con el objetivo de acercarnos a la producción de un conocimiento crítico e *indisciplinario* que nos permita rastrear cómo se han representado y construido el sexo y género de las mujeres, es que el uso de categorías como régimen político de la heterosexualidad y la división sexual del trabajo resultan útiles en tanto operan como faros orientadores para la comprensión del carácter construido del género y del sexo, pero además otorgan un lenguaje, manifiestan una relación específica y dotan de sentido a las relaciones sociales de opresión y explotación en las que se hallan las mujeres en función de los intereses políticos, económicos e ideológicos en que ha sido construido su sexo. La potencia crítica radica en la emergencia de nuevas representaciones sobre los posicionamientos contingentes de las identidades, nuevas lecturas que permitan cuestionar el sentido estático de la identidad que hicieron de la historia de las mujeres un *eco de la fantasía*, una repetición imaginada y establecida por hallazgos similares en el pasado y el presente que reafirmaron -y reafirman- una naturaleza esencialista sin contradicciones, conflictos, ni antagonismos (Scott, 2009: 131-132).

Algunas consideraciones finales

Una de las razones que invitan a pensar la indisciplina dentro de la disciplina historia, y en el área de género específicamente, se vincula estrechamente con el actual contexto de violencia de género y con los sentidos cristalizados que después de tantas décadas de lucha aún se sostienen sobre las mujeres. Sobran ejemplos de estas violencias, solo por enumerar: cada treinta horas matan a una mujer en Argentina, el derecho a decidir sobre el propio cuerpo sigue sin reconocerse provocando la muerte de más de quinientas mujeres al año por abortos clandestinos; las condi-

ciones y ofertas de trabajo mantienen un claro sesgo sexista que refuerza la naturalización de tareas y aumenta la feminización de la pobreza. La violencia con que se impone el binarismo de género es evidente en la impunidad de los casos de asesinatos de travestis (Como Diana Sacayan en octubre de 2015 y Carolina “La Moma” en 2011 en la ciudad de La Plata, entre tantas otras) que irrumpen en el código de legibilidad heterosexual y formulan un acto indigesto a la regulación de la diferencia sexual que es pagado con la muerte.

Estas cuestiones que son denunciadas activamente por el movimiento feminista, el movimiento LGTTTBIQP y el movimiento de mujeres parecen aisladas de la producción académica, aun después de treinta años de poner en cuestionamiento a “las mujeres” dentro de la producción del conocimiento, y de haber conseguido espacios de legitimación académica. Si bien se ha logrado incluir a las mujeres dentro de la Historia e incluso aumentan las producciones para restituir una historia propia a las mujeres, quizás sea propicio sumar una serie de interrogantes/claves/indicios que tiendan puentes con los feminismos en el compromiso por el fin del conocimiento androcéntrico, pero también, por producir representaciones de una vida libre de las violencias y con derecho a decidir que evidencien las opciones por salirse de los modelos hegemónicos de “ser mujer”. Una estrategia es retomar parte de lo producido dentro del feminismo como categorías de análisis y ponerlas en diálogo con categorías que se han enquistado en el mundo académico y por momentos parecen cerrar el diálogo sobre sí mismas.

Dadas las controversias y prejuicios que aún versan sobre la adscripción del género al determinismo biológico, las categorías como heterosexualidad obligatoria y división sexual del trabajo, enriquecen el análisis sobre el carácter social, político y económico con que fueron construido los géneros, puesto que desnaturalizan y posibilitan analizar los elementos que estructuran las relaciones de dominación, y evidencian las razones políticas y económicas sobre las que se funda la diferencia sexual trascendiendo el discurso biologicista.

Abordar la historia de las mujeres desde la comprensión de la matriz de la heterosexualidad como régimen político, promueve, en primera instancia la crítica sobre el carácter discursivo y contingente de dicha identificación, y además, permite entender el ordenamiento de los cuerpos y las estrategias de legibilidad que se inscriben sobre ellos como parte del engranaje económico y político que requiere de dichas ficciones para garantizar la reproducción del orden heterocentrado y capitalista. La categoría de género utilizada críticamente resulta sumamente útil a los fines de demostrar el carácter contingente de las identidades sexuales, sin embargo no logra dar cuenta de las razones económicas para las que se producen y la funcionalidad que cobran en la reproducción social.

Si las representaciones del pasado colaboran a construir el género en el presente, debemos atender a los modos en que se producen significados acerca de las mujeres -asignadas biológicamente o reasignadas voluntariamente con dicho género- que colaboren en la deconstrucción de muchos de los discursos que cimentaron nuestras identificaciones de un modo opresivo y normativo, e incluso favorezcan a la reflexión sobre el carácter fluctuante de los sexos y sexualidades. Posicionarse desde la indisciplina de la historia de las mujeres no es deponer el género, es trabajar desde la trinchera académica que se ha conquistado potenciando el desarrollo de problemáticas que se presentan como obvias y exigen un mayor tratamiento, enunciar lo silenciado, versar relatos de pasados y futuros posibles donde plasmar que si bien el género puede operar como norma en cada reiteración que se realiza también puede tener una serie de actos que alteren los órdenes hegemónicos de representación y legibilidad (Butler, 2007: 69-71).

Bibliografía

Barrancos, Dora. (2005) “Historia, historiografía y género: Notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina”. *La Aljaba. Segunda Época. Revista de estudios de la mujer*, Vol. 9, 2004/2005, Universidad de Luján. Pp. 49-72.

Bock, Gisela. (1991 [1989]) “La historia de las mujeres y la historia del género: Aspectos de un debate internacional”, *Historia Social*, n°9. España, Universidad de Valencia, Instituto de Historia Social. Pp. 55-77.

Butler, Judith. (2007 [1990]) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Madrid: Paidós.

----- (2006 [2004]) *Deshacer el género*. México: Paidós.

Dorlin, Elsa. (2009) *Sexo, género y sexualidades. Introducción a la teoría feminista*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Foucault, Michel. (2003 [1976]) *Historia de la sexualidad*. Volumen 1. *La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Frasser, Nancy. (1997) *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Siglo del hombre.

Guillaumin, Collete. (2005) “Práctica del poder e idea de Naturaleza” En Curiel, Ochy; Falquet, Jules (Comps.) *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Buenos Aires: Brecha Lésbica, pp. 19-56.

Harding, Sandra. (1996 [1993]) *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.

Haraway, Donna. (1995 [1991]) *Ciencia. cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Barcelona: Cátedra, pp. 213- 250.

Hirata, Helena; Kergoat, Daniele. (1997 [1993]) “La clase obrera tiene dos sexos”. En Hirata, Helena; Kergoat, Daniele; Zylberberg Hocquard, Marie Helene (1997) *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*. Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad, pp. 78- 86.

Kergoat, Daniele (1997 [1984]) “Por una sociología de las relaciones sociales. Del análisis crítico de las categorías dominantes a una nueva conceptualización”. En Hirata, Helena; Kergoat, Daniele; Zylberberg Hocquard, Marie Helene (1997) *La división*

sexual del trabajo. Permanencia y cambio. Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad, pp. 15- 30.

----- (1997 [1984]) “A propósito de las relaciones sociales de sexo” En Hirata, Helena; Kergoat, Daniele; Zylberberg Hocquard, Marie Helene. (1997) *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*. Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad, pp. 31-40.

Mackinnon, Katherine. (1996) *Hacia una teoría feminista del Estado*. Valencia: Cátedra.

Maffia, Diana. (2007) “Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia” Caracas: *Revista Venezolana de estudios de la mujer*, N° 28. Centro de estudios de la Mujer – Universidad Central de Venezuela.

Palacios, Maria Julia. (2002) “Una mirada crítica sobre la historia de las mujeres”. En Femenías, María Luisa (Comp.) *Perfiles del feminismo Iberoamericano*. Buenos Aires: Catálogos.

Patteman, Carole. (1995) *El contrato sexual*. México: Antrhopos/ UAM.

Pita, Valeria. (1998) “Estudios de género e historia. Situación y perspectivas”. Buenos Aires, *Revista Mora*, N° 4. Instituto Interdisciplinario de Género. Facultad de Filosofía y Letras (UBA), pp. 72- 82.

Rich, Adrienne. (1996 [1980]) “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana”. Barcelona, *Duoda: Revista d'estudis feministes*, N° 10, pp. 15-45.

Rubin, Gayle. (1986 [1975]) “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”. México. *Revista Nueva Antropología*, noviembre año/ vol. VIII número 30. Universidad Nacional Autónoma de México. Pp. 95- 145.

Scott, Joan. (1996 [1986]) “El género. Una categoría útil para el análisis histórico”. En Marta Lamas (Comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, pp. 265-302.

----- (1993 [1990]) *La mujer trabajadora en el siglo XIX*”. En Duby, Georges y Perrot, Michelle (Directores). *Historia de las mujeres. El siglo XIX*. Madrid: Taurus, pp. 99-128.

----- (2001 [1991]) “Experiencia”. México: *La ventana, revista de estudios de género*, N° 13. Centro de Estudios de Género - Universidad de Guadalajara, pp. 42-73.

----- (2009 [2001]) “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”, en: *La manzana de la discordia*, enero- junio, 2009. Vol. 4, No. 1. pp. 129-143

----- (2011 [2008]). “Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?”. Colombia. *La manzana de la discordia*, vol. 6, N° 1, Enero-Junio 2011, pp. 95-101.

Valobra, Adriana. (2005) “Algunas consideraciones acerca de la relación entre historia de las mujeres y género en Argentina”. Buenos Aires: *Nuevo Topo*. N° 1, Septiembre-Octubre 2005, pp. 101- 122.

Wittig, Monique. (2006 [1992]) *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona/Madrid: Egales.

CAPÍTULO IV

El cuerpo como punto de partida. Etnografía y extrañamiento corporal entre la danza y el circo

MARIANA LUCIA SÁEZ

Después de varios meses de observar clases de acrobacia aérea, creía que comprendía los movimientos básicos realizados por las acróbatas. Podía describirlos, identificarlos y nombrarlos al verlos; había escuchado muchas recomendaciones sobre cómo realizarlos y confiaba en mi capital corporal: creía que mi entrenamiento en danza contemporánea me permitiría resolver con facilidad estos ejercicios. Sin embargo, cuando tiempo después pasé de la observación a la participación como alumna en las clases de tela, todas estas creencias se fueron por la borda. Efectuar estos movimientos me resultó (y me sigue resultando) mucho más complicado de lo que imaginaba, imposible muchas veces.

Pese a que al principio esta dificultad me produjo cierta frustración, con el tiempo empezó a volverse sumamente productiva. Por un lado, me abrió una nueva vía de acceso a ese campo desconocido con el que me estaba involucrando, revelándose como una característica fundamental de su modo de socialización específico; por otro, me permitió un extrañamiento renovado de mi otro campo de investigación, el de la danza contemporánea, del cual formo parte hace ya varios años, permitiéndome construir un distanciamiento corporal que acompañara y complementara el distanciamiento analítico.

En este capítulo me propongo compartir una serie de reflexiones derivadas de mi experiencia de trabajo de campo etnográfico en los circuitos de la danza contemporánea y el circo contemporáneo en la ciudad de La Plata, y en particular de mi involucramiento corporal en ese proceso.

Compartiendo los planteos de Fiske (1997) acerca de que las personas adquieren gran parte de su cultura observando y parti-

cipando, imitando prácticas, adquiriendo habilidades motoras y desarrollando competencias que raramente pueden ser traducidas en conceptos verbales articulados; considero que en las prácticas aquí abordadas este tipo de conocimientos y experiencias, que trascienden su expresión verbal, son elementos centrales.

El circo y la danza contemporánea comparten el hecho de poder caracterizarse como prácticas corporales artísticas, en tanto tienen por objeto al cuerpo (ya que su realización y su foco principal se da en, desde y sobre el cuerpo), al mismo tiempo que su objetivo último está puesto en la finalidad artística de la práctica. Esta característica hace que coexistan inseparablemente entrenamientos rutinarios, metódicos y rigurosos, con una búsqueda, ya sea individual o grupal, basada en la creatividad y la estética. De este modo, puede observarse en estas prácticas la confluencia y la superposición de experiencias corporales, cuyo foco de atención y objeto de reflexión es el cuerpo, sus sensaciones, percepciones, movimientos, capacidades y limitaciones; y experiencias artísticas o estéticas, en las que la atención se centra en las posibilidades expresivas, en la diversidad de formas de narrar, en la construcción poética.

En ambos casos (y en sus cruces y superposiciones), la traducibilidad de estas experiencias en términos verbales resulta por lo menos compleja y se vuelve necesario reflexionar en torno a la metodología pertinente para su abordaje. Por lo tanto, la pregunta por esta metodología y por el lugar del cuerpo del investigador o la investigadora en estos procesos de investigación será la que guíe estas páginas. En este marco, haré referencia a las herramientas metodológicas utilizadas en el trabajo de campo, en donde desarrollos propios de la etnografía y en particular de la antropología del cuerpo se combinan con herramientas y experiencias provenientes de mi formación como bailarina, vinculadas a saberes sensoriales y kinésicos, que habilitan particulares modos de percibir y describir lo relativo al cuerpo y su movimiento. Al mismo tiempo, reflexionaré en torno a mi propio cuerpo como herramienta de conocimiento y como territorio de tensiones y articulaciones durante el trabajo de campo.

A partir de que la elección metodológica se orientó hacia un intenso involucramiento corporal en el campo, la tensión aproximación-distanciamiento, propia del extrañamiento antropológico, se fue construyendo de modo eminentemente corporal, en los cruces entre la formación en danza contemporánea y el aprendizaje de técnicas acrobáticas.

Entre danza, antropología y circo: el contexto de mi investigación

Antes de adentrarme en el contenido específico de este capítulo, me resulta indispensable narrar brevemente cómo llegué a delinear el proyecto de investigación en el que me encuentro trabajando, y de qué modo se imbrican aquí inquietudes personales y profesionales -si es que tal distinción sigue teniendo validez-.

Empecé a bailar de chica: a los 5 años comencé a transitar clases de expresión corporal y danza jazz, llegué a la danza clásica a los 9 años y, con la rebeldía adolescente, a los 15 abandoné el tutú y las zapatillas de punta para pasar a estudiar danza contemporánea, actividad a la que sigo dedicándome en la actualidad como alumna, bailarina y docente.

Finalizando mis estudios secundarios, mi decisión de inscribirme en la Licenciatura en antropología fue de la mano con la idea de seguir avanzando en el campo de la danza, desde otras perspectivas. Imaginé que durante la carrera conocería danzas de diferentes culturas, sus formas de moverse, sus maneras de relacionarse con sus cuerpos, el sentido o función social de estos bailes, las relaciones entre cuerpo, movimiento e identidad... Sin embargo, no encontré nada de esto durante mi formación académica. Evidentemente, las danzas no eran, aún, un tema demasiado estudiado, o no era considerado de relevancia suficiente para ser incluido en la currícula. A pesar de esto, mi interés se mantenía y estaba atenta a posibles caminos que me pudieran acercar a este tema. Fue así que me acerqué a la semiótica y a la semiología, a los estudios comunicacionales y culturales, a la socio-antropología del arte... Sin embargo, algo en estos enfo-

ques no terminaba de convencerme. Si bien me permitían pensar, describir y analizar el movimiento humano, e incluso en algunos casos se abría también la posibilidad de pensarlo en el contexto del arte, sentía que algo quedaba por fuera, un “algo” que aún no lograba clarificar, pero que era lo que motivaba mi interés en esos temas, “algo” que estaba fuertemente anudado a mi experiencia personal como bailarina.

Continué en la búsqueda, y me fui encontrando con algunos libros sobre una aparentemente joven y novedosa rama de la antropología: la “antropología del cuerpo”¹. Esas lecturas me ayudaron a dar forma a esas “intuiciones” y a poner de manifiesto los supuestos que motivaban mi interés. Resonaron entonces, por ejemplo, las palabras de Silvia Citro (2000), acerca de que la realización de prácticas que amplían y transforman las técnicas corporales cotidianas -y en las que existe una mayor percepción de la sensación de movimiento- implican intensidades sensoriales y emotivas que suelen favorecer inscripciones afectivas en los sujetos provocando un impacto en la subjetividad, como así también reelaboraciones identitarias. Se anudaba allí también una idea sobre la potencialidad disruptiva de las experiencias corporales y artísticas, que podría, entre otras cosas, ser pensada como elemento para la transformación individual y colectiva.

Más o menos al mismo tiempo, me encontré también con otras antropólogas, sociólogas, psicólogas, biólogas, bailarinas, cantantes, actrices, que venían de trayectorias similares y con quienes conformamos el Grupo de Estudio sobre Cuerpo.² Junto con ellas pude ir orientando esas búsquedas y darme cuenta de que ese “algo” que me motivaba tenía que ver con poder integrar a los análisis sobre los discursos, sentidos y significados sociales sobre el cuerpo, la propia vivencia del cuerpo, la experiencia del cuerpo

¹ *Antropología del cuerpo y modernidad* (2006) y *La sociología del cuerpo* (2002), ambos de David Le Bretón, fueron dos de esos libros en los que encontré referencia a esta área de la antropología.

² El Grupo de Estudio sobre Cuerpo, es un espacio de reflexión acerca de las corporalidades en diversos ámbitos de las culturas contemporáneas, en particular las artes escénicas y la performance, en el que se conjugan elementos del arte, la filosofía y las ciencias sociales. Forma parte del Centro Interdisciplinario Cuerpo, Educación y Sociedad, radicado en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata-CONICET.

en movimiento, que era lo que sentía que quedaba por fuera, y lo que mi propia vivencia me empujaba a no desestimar. Estando próxima a recibirme de antropóloga, comencé a pensar un proyecto de investigación que pudiera dar lugar a estos intereses. Mi intención inicial fue estudiar la danza contemporánea, que inicialmente me había llevado por este camino y acercado a la antropología.

Fue sugerencia de Ana Sabrina Mora, coordinadora del Grupo de Estudio sobre Cuerpo, y quien sería directora de mi investigación, no quedarme sólo con la danza contemporánea y pensar un trabajo comparativo en el que la danza se contrastara con alguna otra práctica artística, permitiéndome construir el objeto de investigación de modo relacional. Al mismo tiempo, esta sugerencia me orientaba también a indagar en alguna práctica de la cual yo no fuera parte, y de este modo, a tener una experiencia de trabajo de campo etnográfico en un espacio desconocido, simultáneamente a mi trabajo de campo en el ya familiar ámbito de la danza contemporánea.

Así, surgió la posibilidad de incluir el circo como ese otro campo con el cual comparar el de la danza contemporánea. Esta elección tuvo que ver con buscar un ámbito viable de comparación, en el que se diera una combinación de experiencias corporales y artísticas semejantes, en tanto elemento fundamental de la práctica. Al mismo tiempo, encontré en el circo la posibilidad de incluir otros intereses que me habían atravesado durante mi formación, en particular durante mi primer experiencia de trabajo de campo en bailes, recitales y eventos del ámbito de la cumbia y la “movida tropical”, en el marco de un proyecto de investigación de cátedra³. Esta experiencia me abrió un nuevo universo de lecturas y discusiones vinculadas a la “cultura popular”, a los consumos culturales, a las tensiones entre hegemonía/resistencia/subalternidad, que creía que la inclusión del circo me permitiría retomar e incluso llevar a nuevos ámbitos en la comparación con la danza

³ El proyecto de investigación denominado “Aspectos de subalternidad y contrahegemonía en la cultura de la bailanta y la cumbia villera”, fue realizado en el marco de la Cátedra de Semiología e Investigación de las Producciones Culturales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-UNLP-, bajo la dirección de Elina Tranchini.

contemporánea.

Fue así que elaboré un proyecto en el que me proponía trabajar las relaciones entre los procesos de construcción de corporalidades, subjetividades e identidades en prácticas corporales artísticas, tomando como casos de análisis la danza contemporánea y el circo contemporáneo. De este modo, el proyecto de investigación que quedó delineado proponía el abordaje comparativo de dos campos diferentes (aunque con vinculaciones entre sí). Uno de ellos, el de la danza contemporánea, sumamente “familiar” para mí, por pertenecer al mismo desde hace unos 15 años. El otro, el del circo, un campo desconocido, novedoso y “exótico”. Esta diferencia me enfrentó a la necesidad de buscar diferentes estrategias metodológicas para abordar cada campo, primando en un caso la necesidad de construir un distanciamiento analítico y en el otro la necesidad de lograr un acercamiento profundo. Sin embargo, con el transcurso de la investigación, al ser desarrolladas de manera simultánea, ambas estrategias comenzaron a dialogar entre sí, contaminarse y retroalimentarse recíprocamente.

Lejano y cercano, propio y ajeno. Extrañamiento y perspectiva antropológica

La tensión entre lo exótico y lo familiar, lo lejano y lo cercano, lo propio y lo ajeno, ha sido constitutiva de la antropología, desde su surgimiento como disciplina científica, tomando diferentes formas a lo largo de su desarrollo. En sus inicios, la antropología se enfocaba en el estudio de sociedades lejanas, exóticas y pequeñas. A partir de la sistematización del trabajo de campo etnográfico como principal estrategia para el conocimiento de las “sociedades no-occidentales”, el extrañamiento fue uno de los elementos fundamentales de la perspectiva antropológica. “Al no participar como nativo en las prácticas sociales de las poblaciones que estudia, en las imposiciones cognitivas de una determinada realidad social, el antropólogo experimenta, existencialmente, el extrañamiento como una unidad contradictoria: al ser, al mismo tiempo,

aproximación y distanciamiento” (Ribeiro, 1989: 66); aproximación, en tanto presencia física e interés por el contexto de estudio, y distanciamiento, por no compartir los códigos culturales, la “conciencia práctica” (Giddens, 1995) del grupo estudiado. En este sentido, en su trabajo con sociedades o grupos de los cuales no forma parte, el antropólogo tendría la misión de convertir lo “exótico” en “familiar”, es decir, hacer descriptible y comprensible (para su occidental sociedad de origen) situaciones o comportamientos “extraños”, operando como un “traductor cultural”. Entre las estrategias para hacer familiar lo exótico, el trabajo de campo etnográfico, junto con la observación participante como su técnica privilegiada, han sido elementos fundamentales para el acercamiento al “otro”, y para la comprensión de su particular punto de vista, de “su visión de su mundo” (Malinowski, 2001: 77).

A partir de los años 60, con los movimientos de liberación y la caída del colonialismo (Guber, 2001) comienza a redefinirse el objeto de estudio de la antropología, que ya no se restringiría a sociedades lejanas y exóticas, sino que amplía su concepto de “otredad” o de “alteridad cultural”. Como plantea Llobera (1990: 155), “el antropólogo seguirá estudiando al Otro, pero cada vez más al Próximo como Otro”. De este modo, la tensión entre aproximación y distanciamiento comienza a reformularse, al mismo tiempo que a discutirse las potencialidades y limitaciones de hacer etnografía en la propia sociedad. Cuando el antropólogo trabaja con su propia sociedad o grupo de pertenencia, el extrañamiento no sería una situación existencial sino una posición, un principio y una racionalización metodológica, que permitiría convertir lo “familiar” en “exótico”, dotando de herramientas de vigilancia epistemológica a los etnógrafos que estudian en su propio grupo, a aquéllos que no son extranjeros con respecto a él, y que por lo tanto no partirían de una suficiente distancia cultural previa. Entre algunas de las consideraciones para construir este distanciamiento, en los manuales de metodología etnográfica se recomienda la lectura de bibliografía sobre diferentes grupos, que permita despertar un sentido crítico sobre lo que se ve y se

observa; se sugiere también un período de trabajo de campo en un grupo “extraño” para facilitar luego la emergencia de lo obvio (Jociles Rubio, 1999); y la construcción relacional del objeto de estudio (Bourdieu, 1995)

¿Antropóloga nativa?

La distinción entre lo propio y lo ajeno, entre “nosotros” y los “otros” no suele ser tan clara como podría derivarse de los párrafos anteriores, y en consecuencia, decidir si un antropólogo es nativo o extranjero respecto al grupo que estudia puede no resultar tan sencillo.

En el caso de mi trabajo, podría considerarme nativa para ambos campos, en tanto acoto el estudio de la danza contemporánea y el circo contemporáneo al contexto local de La Plata, ciudad que habito. Podría considerarme nativa en ambos casos, basándome en que me dedico a estudiar prácticas corporales artísticas realizadas principalmente por jóvenes de clase media urbana. Tomando en cuenta la caracterización de Ribeiro (1989: 66), quien señala que la posición de extranjero estaría dada “por no ser un actor social signifiante ya que no posee una historia e identidad vivida y preestablecida en aquella red social en la que va a trabajar”, podría considerarme entonces como nativa para el campo de la danza contemporánea y extranjera para el del circo. Sin embargo, sólo podría saber si tengo o no una historia e identidad en el marco de la red social en la que voy a trabajar, una vez que pueda delimitar claramente cuál es el alcance de esa red, y aquí, nuevamente la distinción se hace un poco más difusa. Al mismo tiempo, ser antropóloga, a la vez que bailarina, me convierte en un miembro del campo diferente, que, entre otras cosas, tiene otro campo de disputa y otros intereses en juego, junto a los propios del campo de la danza.⁴ Quizás, tener en cuenta el objeto que se pretende construir con la investigación, y no sólo el campo o el espacio social en el que se desarrollará la investigación podría facilitar la distinción entre “nativos” y “extranjeros”.

⁴ Esta cuestión se desarrolla con mayor profundidad en el análisis realizado sobre la construcción de la sensibilidad de los bailarines contemporáneos (Sáez, 2015)

Volviendo a mi investigación, su objeto es el proceso de formación y entrenamiento corporal de bailarines y artistas de circo, y a partir de éste, las relaciones entre los procesos de construcción de corporalidades, identidades y subjetividades. A partir de aquí podría pensar nuevamente la relación entre natividad y extranjera: tomando al cuerpo, su formación y su entrenamiento como punto de partida, podría considerarme nativa en el caso de la danza contemporánea, por haber transitado allí estos procesos, y extranjera en el del circo, por comenzar a transitarlos ahora, en el marco de mi investigación.

Como vemos, son muchos los clivajes y niveles de identificación que se ponen en juego (tanto para el antropólogo como para las personas con quienes trabaja), y que nos permitirían juzgarlo de una u otra manera (Jociles Rubio, 1999). Como cualquier persona, las identificaciones de los antropólogos son múltiples y variables, las posiciones respecto de las cuales estamos más o menos próximos o alejados, cambian continuamente. Del mismo modo, el espacio social en el que trabajamos tampoco es homogéneo ni estable en términos identitarios, y nosotros, como antropólogos, tendremos diferentes y móviles relaciones de distancia/proximidad. Diversos factores entran en juego en cada momento, configurando identificaciones dinámicas. Por otra parte, no podemos evitar tampoco preguntarnos hasta qué punto puede el antropólogo entrar en paradigmas ajenos sin perder su condición de antropólogo, hasta qué punto es posible la comprensión desde dentro, pretendida por la antropología, sin convertirse en un miembro de la cultura estudiada.

En este sentido, me resulta imposible asimilar mi situación a una posición fija como antropóloga nativa o extranjera para los campos en los que trabajo. Mi sensación es más bien la de una deriva entre distintas posiciones posibles dentro de cada espacio social, algunas más cercanas, otras más lejanas, aunque todas desde un gran compromiso personal y corporal. En la mayoría de las instancias de trabajo de campo, el rol que desempeño es el de una participante más del campo que me encuentro estudiando: como alumna de danza y de acrobacia, como docente de danza

contemporánea, como integrante de un grupo de bailarines, como participante de un encuentro de artistas de circo, como público de una obra, como colaboradora en la organización de un evento. No se trata de asumir o representar cierto rol sólo a los fines de la investigación, sino que, por el contrario, son roles que efectivamente desempeño siendo parte activa del campo y compartiendo los intereses y sentidos que tienen allí su lugar. Es así que comencé a tomar clases de acrobacia, como otra manera de acceder al campo de estudio, pero sigo tomando esas clases más de un año y medio después, porque, al igual que mis compañeras, quiero progresar en el dominio técnico y estético de esta disciplina, y tal vez, algún día, poder participar en una función con un número o una actuación.

Al mismo tiempo, y a pesar de no ponerme en “situación de antropóloga” que realiza observación participante, mi condición de antropóloga es conocida por todas las personas con las que comparto estos espacios, que saben que al mismo tiempo puedo estar grabando o tomando notas y que muchas veces brindan informaciones específicamente para mi trabajo investigativo. Otras veces, por el contrario, sí me encuentro en situación de antropóloga, como cuando observo clases de acrobacia, “desde afuera”; o cuando en el medio de algún ensayo, una reunión o una cena con colegas bailarines, enciendo mi grabador. Es así que mi sensación es de no estar nunca “Ni adentro ni afuera” (del Mármol y otros, 2013), sino en esta deriva, en este ir y venir constante, construyendo dialécticamente la relación de aproximación y distancia.

Enfoque comparativo y extrañamiento corporal (o sobre cómo “recuperar el asombro”)

Más allá de estas disquisiciones en torno a la complejidad de definir lo extraño y lo propio, a “nativos” y “extranjeros”, y de las definiciones existenciales u ontológicas, la perspectiva antropológica se ha constituido en torno a la tensión extrañamiento/comprensión como precepto o fundamento metodológico.

De acuerdo con Mata Codesal (2011) el proceso de extrañamiento ha sido sistematizado y descrito principalmente en términos mentales, desatendiendo sus componentes corporales y sensoriales. En el transcurso de mi trabajo de campo, este proceso, que comenzó dándose principalmente de modo mental, fue luego virando hacia una construcción eminentemente corporal, en las intersecciones entre la formación en danza contemporánea y el aprendizaje de técnicas acrobáticas.

Distanciarme de la danza (y registrar la ausencia del cuerpo)

El comienzo de mi trabajo de campo en el ámbito de la danza no tiene un punto de inicio claro. A partir de tener como interés realizar una investigación en este ámbito, comencé a registrar distintos eventos y espacios en los que participaba, incluso antes de elaborar mi proyecto de investigación. Así, mis primeros registros escritos, no eran verdaderas notas de campo antropológicas, sino más bien una especie de diario íntimo en el que registraba las actividades que iba realizando, al que sumaba ocasionales grabaciones. Tiempo después, cuando el proyecto tuvo un inicio formal -con su financiamiento por parte del CONICET a través de una beca doctoral- empecé a preocuparme por darle mayor sistematicidad a estos registros.

El primer paso fue tratar de registrar exhaustivamente lo que sucedía en aquellos espacios de los que formaba parte como tal. Tomar notas de campo y grabar todo lo que me fuera posible se convirtió en una actitud cotidiana: el “modo rec” (Mora y otras, 2015) siempre activo, como modo de ser en el campo, buscando generar un registro exhaustivo de lo vivido.

En estos registros, junto con la descripción etnográfica empecé a conjugar elementos propios del análisis coreográfico y de espectáculos escénicos, teniendo en cuenta elementos tales como procedimientos compositivos, las técnicas empleadas y la expresividad presentada; considerando las partes del cuerpo involucradas en el movimiento, las formas y las cualidades del mismo, los usos del tiempo y del espacio, los recursos sonoros y escenográficos empleados, etc.

Al volver sobre las notas y sobre las grabaciones tiempo después de registradas, la distancia temporal contribuyó a generar una distancia analítica, a percibir tensiones y contradicciones que de otro modo pasaría por alto. Al mismo tiempo, tener diferentes registros de un mismo evento (notas de campo tomadas en el momento, grabaciones, y notas generadas a posteriori a partir de la escucha de las desgrabaciones), me permitió identificar elementos no coincidentes, dados por sentado o generalizados apresuradamente.

Si bien en estas notas hay muchos elementos que se han revelado productivos para el análisis, al volver sobre ellos me quedaba la sensación de que no estaba pudiendo captar en su totalidad ese “algo” que me motivaba desde que empecé a pensar este proyecto de investigación, ese “algo” que consideraba como parte constitutiva de la experiencia de bailar. Esta estrategia metodológica, basada en un registro exhaustivo de observaciones participantes y entrevistas, me dejaba principalmente del lado del discurso, de lo mental, de lo intelectual: sentidos en circulación y tensión, representaciones sobre el cuerpo, la danza y el arte, etc. No estaba realizando una descripción de la experiencia corporal de la danza, o del cuerpo en situación de danza. Había logrado un cierto distanciamiento para registrar y analizar discursos sobre el cuerpo, pero no había podido aún distanciarme para registrar y analizar la experiencia del cuerpo: ese “algo” que me había llevado hasta ahí, que seguía quedando oscuro y oculto. ¿Cómo hacer para recuperar la experiencia del cuerpo para la investigación? ¿Cómo ponerle más cuerpo? Si lo que estaba faltando no podía ser una mayor implicación corporal de mi parte como investigadora, ¿qué era entonces?

El primer elemento que me orientó en esta dirección, fue un seminario de danza butoh⁵, que cursé en el marco de la Especialización en danza que se dicta en la Facultad de Bellas Artes de la UNLP. Esta experiencia con la danza butoh me enfrentó de otra manera a mi propio cuerpo. El modo de trabajo de esta

⁵ La danza butoh es un conjunto de técnicas de danza contemporánea desarrolladas en Japón a partir de 1950, que combinan elementos de las tradiciones folklóricas japonesas con otros provenientes de los movimientos europeos de posguerra.

danza contemporánea japonesa implica deshacerse de los modos habituales de moverse, de los modos habituales de organizar el propio cuerpo en el espacio e incluso internamente. Más allá de las discusiones acerca de si este “deshacerse” es o no posible, el problema eminentemente corporal frente al cual me puso esta situación, me permitió evidenciar gran parte de mis hábitos adquiridos, los “lugares comunes” de mi cuerpo, muchos de los cuales provenían de mi formación en danza contemporánea. Experimentar una forma diferente de organizar y mover el cuerpo, y las dificultades generadas en esta tarea, me permitieron registrar de otra manera mi propio cuerpo, atendiendo a nuevos elementos y tomando conciencia (que podría ser también una manera de llamar al “tomar distancia”) de cómo mi cuerpo había sido -y seguía siendo- conformado/informado por la danza contemporánea. Al mismo tiempo, la experiencia de este seminario me atravesó y movilizó profundamente a nivel afectivo y perceptivo, pudiendo registrar estas sensaciones en mis notas de campo:

“Algo me estaba afectando profundamente, me daba cuenta de que se me caían las lágrimas, pero no sentía estar ‘llorando’. Apenas me estaba moviendo, “parada frente al viento recordando”, según nos propuso Rhea como consigna de trabajo. Fue una experiencia intensa, que no se cómo describir. Si bien sabía que estaba en el Aula 20 de la Facultad, mi cuerpo se sentía como si estuviera en otro lado. Pequeñas tensiones y relajaciones me iban recorriendo. No recuerdo las palabras precisas, pero escuchaba la voz de Rhea, hablando sobre las memorias que nos componen, memorias vegetales, animales, cósmicas... Tenía una sensación extraña, como si el cuerpo se volviera menos denso, se desvaneciera un poco y se mezclara con el entorno, y, al mismo tiempo, se volviera más material, más sensible, más denso en percepciones. (...) Después de este ejercicio, me acordé de unas charlas con amigas sobre ‘la conexión con el universo’ y mi postura de ‘atea recalitrante’. Sin embargo, esta experiencia con el butoh fue para mí una experiencia casi mística. Si me hubiera quedado pensando y preguntando ‘¿qué es tener memorias cósmicas?’, ‘¿qué significado tiene eso?’, ‘¿es una metáfora o una afirmación ontológica sobre el

cuerpo?’, nunca podría haber atravesado esa barrera, no hubiera llegado a comprender de qué manera puede la memoria cósmica tener lugar en el cuerpo.” (Nota de la clase de danza butho del 15 de septiembre de 2013)

Esta intensa experiencia corporal fue un primer paso, en ese entonces aún poco sistematizado, que me forzó a reflexionar sobre mi propia experiencia como modo de construcción de mi objeto de estudio y sobre mi cuerpo como herramienta fundamental en la construcción del conocimiento. Apenas como una intuición, y sin saber bien cómo llevarlo adelante y ponerlo en práctica más allá de la proclama, por primera vez algo sobre lo que había empezado a leer se hacía carne en mí: la productividad de dar lugar a la propia experiencia, pero no sólo a la experiencia en un sentido amplio, sino en particular a la experiencia más inefable del cuerpo; ese “algo” que andaba rondando, se iba haciendo presente. En realidad, había estado siempre ahí, pero por habitual lo estaba dando por sentado. Por estar socializada -y ‘corporizada’- en la práctica que quería estudiar, me fue necesario un extrañamiento de mi propio cuerpo, que me permitiera distanciarme -corporalmente-, y así poder recuperar la experiencia del cuerpo para incluirla en el registro y el análisis.

Acercarme al circo y recuperar el asombro (y el cuerpo)

A diferencia de lo referido para el caso de la danza contemporánea, mi trabajo de campo en el ámbito circense tuvo un inicio mucho más claro y tradicional. Casi dos años después de iniciada la beca, decidí que no podía dilatar más el acercamiento a este campo, que por un motivo u otro venía postergando. Empecé con un relevamiento prospectivo de espacios y actividades (principalmente a través de internet y de la información que me brindaban algunos conocidos), me acerqué a algunos de ellos a realizar unas primeras observaciones, y terminé seleccionando un espacio en el que continuar con las observaciones en profundidad. Y fue en ese mismo espacio donde, cinco meses después, comencé a tomar las clases de acrobacia aérea que venía observando.

Cuando comencé las observaciones se abrió ante mí un mundo nuevo, que al principio no sabía ni siquiera cómo describir, ya que

incluso el lenguaje me resultaba desconocido. En estas primeras observaciones incluso descubrí partes del cuerpo nuevas, como las corvas, que nunca antes había escuchado siquiera nombrar, y que se revelaron como una parte del cuerpo fundamental para la realización de acrobacias; y conocí también formas especiales de cuidar al cuerpo, como “no elongar nunca los abdominales, porque se pierde el trabajo que se hizo”.

A diferencia de los materiales que recogía en los espacios vinculados a la danza, mis primeras observaciones en este campo eran caóticas, con miles de anotaciones y detalles, estaba asombrada y fascinada por este nuevo universo. Este extrañamiento produjo positivamente el efecto de hacerme volver a mi otro campo de estudio, el de la danza contemporánea, con inquietudes y focos de atención renovados. Las cosas que me llamaban la atención, las preguntas/inquietudes que me surgían a partir de estas observaciones, pasaban a guiar también las observaciones en eventos de danza, y éste ida y vuelta me fue permitiendo renovar el asombro y la distancia en ambos campos, y construir el extrañamiento de modo relacional. Las recomendaciones acerca de la construcción relacional del objeto de estudio, y la recomendación de pasar un tiempo en un “campo extraño” para facilitar la emergencia del extrañamiento, parecían estar funcionando. Sin embargo, acá también, otra vez, sentía que los datos que estaba relevando aún no se topaban con ese “algo” que me movilizaba desde el inicio.

En este sentido, el punto de quiebre fue el momento en que decidí poner mi cuerpo en la práctica de la acrobacia aérea, tiempo después de haber iniciado las observaciones. Cuando los “nativos” me decían “si no lo probás no vas a poder hacer tu tesis, no vas a saber cómo es”, desestimaba estas ideas comparándolas con los cuestionamientos que muchas veces hacen los bailarines a los críticos o teóricos que escriben sobre danza y “que hablan desde afuera y sin saber”. Sin embargo, esta fue una experiencia radical para mi cuerpo. El nivel de esfuerzo requerido, la exigencia física, el vértigo, el elevado tono muscular necesario (o buscado a veces, a pesar de no ser necesario) para realizar las diferentes figuras y escapes, enfrentó a mi cuerpo a un modo de funcionamiento al

que no estaba acostumbrado. Yo, que creía tener un cuerpo entrenado y apto para enfrentar nuevos desafíos, me encontré con que esto no era así. Justamente este preconceito del cuerpo del bailarín como un cuerpo entrenado, apto para enfrentar cualquier obstáculo, estaba siendo puesta en cuestión ahora por mi cuerpo, como otro momento más del distanciamiento.

Someter mi cuerpo a este entrenamiento riguroso me permitió acercarme de un modo renovado a la experiencia del aprendizaje de la acrobacia aérea. En este sentido, pude poner en práctica aquello de que usar el cuerpo como los otros lo utilizan, puede contribuir a la comprensión de experiencias corporales y significaciones que se ponen en juego en la práctica estudiada, y a salvar la distancia existente entre lo que observamos o lo que nos es relatado y la experiencia corporal de las personas investigadas (Ylönen, 2003; Mora, 2011; Aschieri y Puglisi, 2010).

Así, a partir de poner mi cuerpo en esta práctica, pude compartir y comprender las experiencias que allí se ponían en juego: el miedo, el agotamiento, la frustración, la incertidumbre, la paciencia... Elementos que aparecían en los registros de mis primeras observaciones, tomaron ahora otra densidad, tomaron cuerpo, en el sentido más literal de la expresión. Mi cuerpo se fue familiarizando con la práctica de la acrobacia. Fue modificando sus formas, sus capacidades, su tono muscular, etc. Y este mismo cuerpo (que en verdad ya no era el mismo), puesto de vuelta en la práctica de la danza contemporánea me permitió construir una nueva forma de extrañamiento, un extrañamiento visceral, corporal, en el que nuevos elementos se hicieron presentes.

“Esa clase, Noe me filmó haciendo la vuelta pajarito y me mandó el video por Whatsapp. Cuando llegué a mi casa y vi el video, no me reconocía en esos movimientos... Tampoco reconocía la forma de mi cuerpo, no sé si por la ropa apretada que nunca uso, por las formas, por las posiciones... No parecía ser yo la que hacía eso. Era la primera vez que me veía haciendo tela, después de casi un año de entrenamiento, nunca me había filmado, y tampoco hay ningún espejo dónde mirarse. Las referencias que tenía de mi cuerpo en movimiento no se correspondían para nada con eso que

vi. Me desconocía por completo.” (Nota de campo del 18 de junio de 2015)

Para este nuevo cuerpo, el tono muscular buscado en las clases de danza contemporánea, tono muscular que antes resultaba “cómodo” y “natural”, empezó a resultar “incómodo” y “extraño”. Se habilitaron así nuevos datos, tanto sobre la danza como sobre el circo: datos viscerales, provenientes de los músculos, de los nervios, de los sentidos, y no ya de la mera elaboración intelectual. Un extrañamiento que me abrió la posibilidad de un nuevo acercamiento a la danza, que me permitió “recuperar el asombro” (Krotz, 1988) y experimentar de manera consciente los modos del cuerpo propios de la danza que habitualmente practico, y que por habituales, se encontraban naturalizados, imposibilitados de ser descriptos. Se conjugó así en este extrañamiento corporal, una relación dialéctica de distanciamiento y aproximación. Esta experiencia puso en suspenso mi conciencia práctica, haciendo que vuelva a “monitorear activamente distintas fuentes de información” (Lins Ribeiro, 1989), que salgan de ese lugar oscuro de “lo dado”. Fue ese extrañamiento el que generó la distancia corporal necesaria que me permitió volver a aproximarme de un modo renovado, y registrar esas experiencias corporales que por habituales/naturalizadas/incorporadas, estaban quedando invisibilizadas.

Reflexiones finales

En estas páginas intenté resumir el recorrido a través del cual fui construyendo el objeto de mi investigación y su abordaje metodológico, y cómo la experiencia corporal fue ganando lugar en este proceso.

La indagación en torno al cuerpo, el movimiento y las experiencias que tienen lugar en estas prácticas corporales artísticas fue, desde el inicio, la motivación de mi investigación. Sin embargo, dar a estos elementos verdadero lugar en el registro y el análisis de los datos, no fue una tarea sencilla, y sigue presentán-

dome dificultades. A pesar de ello, en este proceso pude comenzar a percibir el valor de utilizar el cuerpo como herramienta y sujeto de conocimiento (Wacquant, 2006) y a buscar las estrategias metodológicas para que este uso resulte posible y productivo para la investigación.

En este sentido, considero que no se pusieron en práctica metodologías o técnicas innovadoras, sino que se fueron enlazando diferentes puntos de partida y focos de atención. Así se fue realizando un desplazamiento desde enfoques y puntos de partida predominantemente intelectuales, hacia enfoques y puntos de partida predominantemente corporales, o dicho en los términos de Nick Crossley (1995), desde una investigación *sobre* el cuerpo a una investigación *desde* el cuerpo.

Como se desprende de lo relatado hasta aquí, la inmersión corporal en la práctica en estudio -algo que los antropólogos realizan desde los tiempos en que Malinowski sistematizó la observación participante, aunque pocas veces lo hayan tematizado-, no es en sí misma garantía suficiente para que la investigación se realice *desde* el cuerpo. En mi caso, incluso me resultó más difícil de lograr en aquella práctica en la que me encontraba más involucrada corporalmente, la danza contemporánea. Fue así, que para que mi cuerpo pudiera volverse una herramienta productiva en la generación de conocimiento, fue necesario primero atravesar una serie de experiencias que me permitieran “extrañarlo”, que pusieran en evidente tensión lo que para mi cuerpo resultaba exótico o familiar, para que se volviera entonces accesible a la reflexión consciente.

Dado el carácter comparativo de mi trabajo, esas experiencias “extrañantes” se generaron en gran medida al poner mi cuerpo en juego en la otra práctica objeto de mi investigación, el circo contemporáneo, y más específicamente, la acrobacia aérea. Así, al mismo tiempo que construía mi aproximación corporal al circo, construía también mi distancia corporal de la danza contemporánea.

Entonces, de esta sistematización a posteriori de la estrategia metodológica emergen dos instancias diferentes, aunque en estrecha vinculación:

Por un lado, la necesidad de poner el cuerpo en la práctica en estudio desconocida, el circo, para familiarizarse con ella y así acceder a las experiencias que allí se comparten. Podríamos referirnos aquí a una estrategia de observación participante, con un alto grado de participación, y el foco puesto en el cuerpo como punto de partida, poniendo en juego lo que Thomas Csordas (2010) ha definido como modos somáticos de atención.

Por el otro, la necesidad de generar un distanciamiento corporal para poder abordar la práctica familiar, la danza. De ahí la productividad de poner el cuerpo en prácticas desconocidas, que permitan extrañarse de los hábitos corporales adquiridos y ponerlos de manifiesto, para poder luego volver a registrar con mayor densidad las experiencias que se ponen en juego.

Podríamos decir entonces que así como leer sobre otras prácticas culturales facilitaría el distanciamiento necesario para un “extrañamiento intelectual”, poner el propio cuerpo en diferentes prácticas podría propiciar un “extrañamiento corporal” que promueva así una investigación desde el cuerpo.

Bibliografía

- Aschieri, Patricia y Puglisi, Rodolfo. (2010) “Cuerpo y producción de conocimiento en el trabajo de campo. Una aproximación desde la fenomenología, las ciencias cognitivas y las prácticas corporales orientales”. En: Citro, Silvia. (Coord.) *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Buenos Aires: Biblos.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Lóic. (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Citro, Silvia. (2009) *Cuerpos Significantes. Travesías de una etnografía dialéctica*. Buenos Aires: Biblos.
- Crossley, Nick. (1995) “Merleau-Ponty, the Elusive Body and Carnal Sociology.” London: *Body & Society* 1; 43-63. Sage.
- Csordas, Thomas. (2010) “Modos somáticos de atención”. En: Citro, Silvia. (coord.) *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Buenos Aires: Biblos.
- Del Mármol, Mariana; Magri, Gisela; Mora, Ana Sabrina; Provenzano, Mariana; Sáez, Mariana y Veredenelli, Juliana. (2013) *Ni adentro ni afuera. Articulaciones entre teoría y práctica en la escena del arte*. La Plata: Club Hem.
- Fiske, Alan Page. (1997) “Learning a Culture the Way Informants Do: Observing, Imitating and Participating”. Los Angeles: Department of Anthropology (UCLA). Disponible en: http://www.bec.ucla.edu/papers/learning_culture.htm
- Ghasarian, Christian. (Comp.) (2008) *De la etnografía a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas*. Buenos Aires: Del sol.
- Guber, Rosana. (2001) *La etnografía. Método campo y reflexividad*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Jociles Rubio, María Isabel. (1999) “Observación participante y distancia antropológica”. Madrid: *Revista de dialectología y tradiciones populares*, Vol. LIV, N° 2, pp. 5-58. Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (CSIC).
- Krotz, Esteban. (1988) “Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimientos”. *Nueva Antropología*, IX (33).

Le Bretón, David. (2006) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

----- (2002) *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Lins Ribeiro, Gustavo. (1989) “Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica.” *Cuadernos de Antropología Social*. Sección Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras - UBA, Vol. 2, N°. 1, pp. 65-69.

Llobera, Josep. R. (1990) *La identidad de la antropología*. Barcelona: Anagrama.

Malinowski, Bronislaw. (2001). *Los argonautas del Pacífico Occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea Melanésica*. Barcelona: Península.

Mata Codesal, Diana. (2011) “Mi cuerpo de antropóloga migrante’. Los sentidos y el cuerpo en la práctica etnográfica”. En: En Díaz, Luis; Oscar Fernández y Pedro Tomé (Coords.) *Lugares, Tiempos, Memorias. La antropología ibérica en el siglo XXI*. León: Universidad de León, pp. 3137-3143.

Mora, Ana Sabrina. (2011) *Construcción de cuerpos y subjetividades en el proceso de formación en danzas clásicas, danza contemporánea y danza - expresión corporal*. La Plata: Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo - Universidad Nacional de La Plata.

Mora, Ana Sabrina; Del Mármol, Mariana; Magri, Gisela y Sáez, Mariana. (2015) “Modo rec. O cómo transitar prácticas estéticas desde la etnografía”. La Plata: Exposición presentada en: *II Jornada de Danza y performance. Etnografías desde y en la práctica artística*. 7 de abril de 2015, Secretaria de Arte y Cultura, Cátedra Libre Educación y Mediación Digital en Danza, Universidad Nacional de La Plata.

Sáez, Mariana. (2015) “Sobre la sensibilidad de los bailarines contemporáneos independientes. Apuntes a partir del “29A” en la ciudad de La Plata, Argentina”. Bogotá: Ponencia presentada en el *II Encuentro de Investigadores sobre Cuerpos y Corporalidades en las Culturas*, octubre de 2015.

Tranchini, Elina. (2008) “Corazón partido en mil pedazos. Cuerpo, identidades sociales y clase en los espacios de la bailanta y la cumbia villera” (En línea). Trabajo presentado en *Jornadas de Cuerpo y Cultura de la UNLP*, mayo de 2008, La Plata. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.674/ev.674.pdf

Wacquant, Löic. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ylönen, Maarit E. (2003) “Bodily Flashes of Dancing Women: Dance as a Method of Inquiry”. *Qualitative Inquiry* 9 (4): pp. 554-568.

CAPÍTULO V

Hacer etnografía entre hombres, siendo hombre. Dilemas éticos, de clase y decisiones metodológicas en el trabajo de campo

JUAN B. BRANZ

Introducción

En el siguiente escrito se exponen algunos de los dilemas de campo a la hora de hacer etnografía para realizar una tesis Doctoral correspondiente al programa del Doctorado en Comunicación (Universidad Nacional de La Plata). El estudio se centra en describir y analizar la construcción de masculinidades entre un grupo de hombres que practican rugby en la ciudad de La Plata, haciendo foco -fundamentalmente- en el clivaje de la clase social, y así poder explicar la administración de las diferencias por parte de los sectores dominantes, vinculada a la distribución desigual de capitales sociales, económicos y culturales en sociedades contemporáneas. La tesis se ha realizado en base a un trabajo con enfoque etnográfico destinado a conocer y a analizar las representaciones que un grupo de jugadores de rugby tienen sobre su propia práctica, sobre sus *formas de ser y actuar como hombre* y sobre su posición en el espacio social. Las entrevistas etnográficas nutrieron el análisis, relacionándolas con entrevistas semi-estructuradas, búsqueda de documentos históricos sobre el campo, y observación participante en espacios cotidianos como gimnasio de musculación, fiestas nocturnas, cumpleaños, entrenamientos, espectáculos artísticos, salidas nocturnas, peña folklórica, viaje de ocio, partidos oficiales, trámites varios, situaciones domésticas familiares, “tercer tiempo”. La intención central radicó en indagar y reconstruir, desde el punto de vista de los actores, las lógicas que estructuran el campo del rugby en la

ciudad de La Plata, ampliando el conocimiento específico sobre la práctica y abonando a los estudios sobre masculinidades.

Recortes y decisiones

Durante finales del año 2009, todo 2010, 2011, 2012 y parte del 2013, el trabajo de campo se basó en la construcción de datos a través de la vinculación con los sujetos investigados, y con la posibilidad que otorgó la interrelación de métodos, técnicas e instrumentos de investigación:

- La inmersión en el campo, a través del enfoque etnográfico, como posibilidad de observar en tiempo y espacio concreto la práctica de los sujetos investigados: participación en los entrenamientos de rugby¹. También realizamos observaciones en un Gimnasio de musculación, coordinado por uno de los interlocutores clave. Este espacio de observación fue concebido, en el marco de la investigación, como lugar de encuentro de los jugadores de rugby. Además, como adelantáramos en el resumen, participamos en fiestas nocturnas, cumpleaños, espectáculos artísticos, salidas nocturnas, peña folklórica, viaje de ocio, partidos oficiales, trámites varios, situaciones domésticas familiares y “tercer tiempo”. El “tercer tiempo” es realizado luego del partido de competencia. Históricamente, como ritual, el equipo local recibe a su rival con un agasajo que puede consistir en compartir desde bebidas como té, hasta alcohólicas, acompañadas de algún alimento dulce y/o salado. Allí ampliamos el espectro de actores conocidos dentro de los clubes.

- Entrevistas etnográficas.

- Rastreo y análisis de documentos históricos en relación a la institución rugby en la ciudad de La Plata y en Argentina, que ampliaron el marco referencial, conceptual y contextual sobre la práctica.

- Entrevistas en profundidad a diferentes jugadores de rugby de las diferentes unidades de observación delimitadas con anterioridad.

¹ En una de las unidades de observación construidas previamente: el Club de Rugby Albatros.

- Análisis de artículos periodísticos y de productos publicitarios (gráficos y televisivos) para rearmar las representaciones mediáticas y mercantiles que circulan en la industria cultural especializada en rugby. Las narrativas construidas desde diferentes productos mediáticos permitieron establecer el cruce analítico con las representaciones que los sujetos investigados construyen ante el investigador al momento de realizar observaciones participantes y no participantes.

Desde aquí, el esfuerzo analítico y la vigilancia epistemológica, teórica, metodológica y ontológica; para lograr centrar el análisis en las preguntas, los problemas y los objetivos planteados: *la pregunta por la construcción de identidades entre hombres de sectores dominantes en la ciudad de La Plata, pensadas desde el problema analítico y la dimensión de la clase social y el género.*

La indagación sobre el campo del rugby -métodos, técnicas e instrumentos mediante- nos permitió establecer supuestos a partir del análisis de las representaciones que, junto a los sujetos investigados, hemos construido; además de cruzarlo con documentos institucionales y discursos mediáticos que modelaron (y modelan) el campo del rugby como espacio de sociabilidad. Para esto, y como eje organizador, tematizamos la construcción de datos, a partir de lo registrado en el campo, de las entrevistas, de los documentos audiovisuales y publicitarios, los documentos institucionales y las fuentes históricas consultadas. Desde ahí, pudimos reconstruir cuáles eran los temas que articulaban la trama discursiva que entendíamos propia del rugby. La tematización de la información se ordenó en relación a categorías como: *Sacrificio - Masculinidades - Jerarquías - Poder - Corporalidades - Lo “inglés” - Tradiciones - Razón/fuerza - Tercer Tiempo - Camaradería - Honor - Tolerancia al dolor - Violencia - Autocontrol - Imaginarios en torno al profesionalismo - Capital social - Relaciones sociales - Meritocracia - Sponsors - Alto rendimiento - Profesionalismo - Semiprofesionalismo - Amateurismo - Capital económico - Condiciones de posibilidad - Capital cultural - Cultura intergeneracional - Identidad - Sociabilidad - Pertenencia - Clase - Capital económico y espacio geográfico - Territorio - Tradición familiar/ Trayectoria biográfica - Los “otros” en el rugby.*

La perspectiva comunicacional consiste en una mirada compleja que articula, interdisciplinariamente, elementos de diferentes áreas de las Ciencias Sociales. Este enfoque reconoce las operaciones que realiza el analista sobre los textos decidiendo y explicitando los criterios que utiliza en el proceso de selección, identificación e integración de elementos que constituirán el producto final. No existe neutralidad ni objetividad en los discursos sociales por cuanto los enunciados son producidos por sujetos en determinadas condiciones materiales y simbólicas. El enunciado es la unidad de comunicación verbal. Es más que la palabra: es la palabra contextualizada (Bajtín, 2008 [1979]). El enunciado siempre se expresa desde un determinado punto de vista, con un bagaje de creencias, valores y preceptos que configuran un sistema ideológico. Según Mijail Bajtín,

El uso de la lengua se lleva a cabo en forma de enunciados (orales y escritos) concretos y singulares que pertenecen a los participantes de una u otra esfera de la praxis humana. Estos enunciados reflejan las condiciones específicas y el objeto de cada una de las esferas no sólo por su contenido (temático) y por su estilo verbal, o sea por la selección de los recursos léxicos, fraseológicos y gramaticales de la lengua, sino, ante todo, por su composición o estructuración. Los tres momentos mencionados -el contenido temático, el estilo y la composición- están vinculados indisolublemente en la totalidad del enunciado y se determinan, de un modo semejante, por la especificidad de una esfera dada de comunicación. Cada enunciado separado es, por supuesto, individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos géneros discursivos. (Bajtín, 2008 [1979]: 245)

Los géneros discursivos son “tipos relativamente estables de enunciados”, es decir, tienen rasgos que se mantienen de manera más o menos constante, y a partir de ellos es posible distinguirlos y considerarlos en la instancia de análisis.

Un discurso es la lengua, más los sujetos que participan de ella, más el contexto singular, en el marco de un contexto global (Bajtín, 2008 [1979]). Nunca un texto surge del grado cero. De acuerdo con Bajtín, un texto es un encuentro diacrónico de textos. La polifonía de voces puede ser rastreada a partir de un minucioso proceso teórico-metodológico.

Tomando la perspectiva de Peirce, Eliseo Verón desde su Teoría de la Semiosis Social (1998), estudia los fenómenos sociales como procesos de producción de sentido. Considera, necesariamente, paquetes significantes espacio-temporalmente producidos como fragmentos de una semiosis infinita, generados bajo condiciones determinadas que producen sus efectos bajo condiciones también condicionadas. Es entre estos dos conjuntos de condiciones que *circulan* los discursos sociales.

Los objetos que interesan al análisis de los discursos no están *en* los discursos; tampoco están *fuera* de ellos. Son sistemas de relaciones que todo producto signifiante mantiene con sus condiciones de generación por una parte, y con sus efectos por la otra. En la semiosis, tanto las condiciones productivas como los objetos que se proponen analizar, contienen sentido. Entre las condiciones productivas de un discurso *hay siempre otros discursos*.

Un objeto signifiante dado, un conjunto discursivo no puede jamás ser analizado en sí mismo: el análisis discursivo no puede reclamar inmanencia alguna. La primera condición para poder hacer un análisis discursivo es la puesta en relación de un conjunto signifiante con aspectos determinados de esas condiciones productivas. El análisis de los discursos sociales no es otra cosa que la descripción de las huellas de las condiciones productivas en los discursos, ya sean las de su generación o las que dan cuenta de sus efectos (Verón, 1998: 13)

El escenario de disputa por los sentidos sociales y culturales puede rastrearse a partir de los discursos. Se define al discurso como acción social que ocurre en un marco de comprensión, comunicación e interacción que, a su vez, es parte de estructuras y procesos socio-culturales más amplios. Es una configuración espacio temporal de sentido. Así, el discurso establece un orden social en el que es posible comprender las condiciones de las distintas formaciones discursivas.

La sociosemiótica abarca procesos complejos de interpretación de discursos sociales: la trilogía discurso, cognición, sociedad se imbrican no sólo en los materiales sino que deben tenerse en cuenta a la hora de intervenir en el proceso de análisis.

En el caso de análisis de documentos periodísticos e institucionales (actuales e históricos), se pueden rastrear e interpretar formas a través de las cuales se pone en juego cierta ideología que constituye una realidad social. En el discurso se plasman elementos que exceden lo meramente lingüístico porque implican materialidad. Esta materialidad es constitutiva de formas culturales que operan en la realidad a partir de sus sentidos simbólicos en determinadas épocas y sociedades.

La ausencia de literatura académica especializada en el rugby como objeto de estudio, nos direccionó hacia la reconstrucción de la posición del rugby en Argentina, y en la ciudad de La Plata, como espacio social y cultural, a partir de literatura ficcional, de narrativas mediáticas y de las historias de los propios sujetos históricos de los clubes, quienes reproducen relatos mítico/funcionales.

La construcción analítica de los espacios observados

Las tres unidades de observación construidas para iniciar el trabajo de campo fueron el Club Universitario de La Plata, Albatros Rugby Club y La Plata Rugby Club². Tanto La Plata Rugby Club como el Club Universitario están ubicados en la localidad de

² De ahora en más LPRC.

Manuel Bernardo Gonnet³, aproximadamente a diez kilómetros al norte del centro de la ciudad de La Plata. Se accede por automóvil, ómnibus y ferrocarril, y se conecta rápidamente a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Es una zona residencial, con una densidad poblacional baja, cuyos lotes (en gran parte del barrio) se caracterizan por sus grandes dimensiones y por su particularidad de “casas-quintas”. El Club Albatros se sitúa en la localidad de José Hernández, a aproximadamente treinta kilómetros al noroeste del centro de la ciudad de La Plata. Se accede por automóvil y ómnibus y se caracteriza por ser una zona residencial, con una densidad poblacional media/baja, donde confluyen tanto viviendas como comercios de mediana y gran escala.

La elección, de antemano, supone una diferencia estructural y simbólica entre las instituciones. LPRC es el club de rugby más importante y prestigioso de la ciudad en términos históricos, de conquistas deportivas, de la posición social/simbólica de sus participantes y de posibilidades estructurales. El Club Universitario, se enmarca dentro de la lista de los clubes de la ciudad que contemplan varias disciplinas deportivas⁴, con una fuerte participación en la tradición institucional de sectores medios emparentados a la vida universitaria de la ciudad. Albatros es el club con menor tiempo de vida y se diferencia de las otras dos instituciones, en tanto posee menores posibilidades estructurales y menor prestigio adquirido en el *ranking* de capital simbólico institucional en el campo del rugby. Construir estos tres espacios como observables, según sus características diferenciales, admite reconocer la intención -inicial- de entender al rugby como un campo complejo y heterogéneo, aunque siempre en la órbita de lo que entendemos por ideas y prácticas de sectores dominantes en la ciudad de La Plata. Haberlo pensado como un espacio homogéneo, hubiese resultado un obstáculo epistemológico. Enton-

³ La localidad Gonnet conserva un prestigio atribuido por ser un barrio habitado por familias tradicionales de la ciudad de La Plata, y por contar entre sus moradores, con funcionarios con cargos jerárquicos en el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, y empresarios influyentes en la órbita privada.

⁴ Es comparable, en dimensiones y en caudal de socios con los Clubes Estudiantes de La Plata y Gimnasia de Esgrima de La Plata.

ces, como punto de partida, presumimos que los tres clubes son diferentes entre sí, en términos de quiénes concurren, sus posibilidades materiales y simbólicas, y de cómo modelan la cultura institucional. A propósito de las diferencias autopercebidas por los sujetos investigados, en relación a su filiación con sus clubes, Nacho (de Albatros e interlocutor clave), expresaba lo que según él, eran las diferencias entre los tres clubes analizados:

“Ya llegar a Albatros Rugby Club es incómodo, digamos, tenés que tomarte un colectivo, te bajas del colectivo y te afanan en la puerta, es difícil. Entonces, un pibe de diez años sino tenés un papá que lleva cinco pibes no va a la escolita, es difícil, en cambio, capaz que un pibe que va a La Plata Rugby hasta se puede tomar un colectivo para ir, lo toma en el centro y lo deja en la puerta del club, lo mismo Universitario y lo mismo pasaría con San Luis, pero ya el nivel que tiene es otro, los pibes a los 17 años tiene camionetas 4 x 4, que en Albatros no pasa, ¿me entendés?”

Por supuesto que el argumento era situacional cuando explicaba la relación entre Albatros y Universitario y LPRC. Pero cuando explicaba su lugar, en tanto jugador de rugby (pensado desde el campo del rugby, como espacio de supuesta atribución de prestigio, relativo a otras porciones del espacio social), expresaba otras hipótesis y otros argumentos de carácter étnico/morales. La *negritud* como valor negativo, contrastaba con “lo fino” y lo “civilizado” que, según Nacho, caracteriza a todo el campo del rugby (sin distinguir clubes, ni jugadores de diferentes clubes). La *negritud*, en este caso, para Nacho, reside en una diferencia de estilo y de clase.

Todo esto, situado claro, dentro de las lógicas regulares que estructuran el campo del rugby: que hacen que el rugby, se reconozca como rugby en la ciudad de La Plata y en Argentina. El Club Los Tilos y el Club San Luis completan la lista de instituciones

platenses dedicadas al rugby, aunque no fueron foco central de nuestros análisis⁵.

Por el año 2008, comenzamos a conocer las características del campo concurriendo a un gimnasio de musculación, cuyo coordinador es jugador de rugby⁶. Desde allí, realizamos tareas de observación no participante (de partidos y de “tercer tiempo”⁷), entrevistas en profundidad con diferentes jugadores, de los tres clubes escogidos para la observación. Además, compartimos entrenamientos en el club Albatros.

A pesar de esto, y pensando las posibilidades y las preguntas por las técnicas, hemos considerado que no alcanzaron para construir relaciones de segundo, tercer o cuarto orden. Existieron diferencias marcadas, de temporalidades y espacios, con los sujetos de investigación que tuvimos que poner en cuestión. Creímos necesario comprender las prácticas de los sujetos investigados, a partir de un registro etnográfico. Es decir, de comenzar a compartir la práctica con los jugadores investigados. Lo cual implicó un alto grado de inmersión en el campo de los sujetos investigados y, también, un profundo nivel de corporeidad puesta en juego, dadas las características del objeto y los sujetos de investigación.

Además, la intención fue construir relaciones en forma de datos estadísticos, como por ejemplo, reconstruir la posición de los sujetos investigados en la estructura socio/económica. Para esto, utilizamos la técnica de la *trayectoria familiar y la historia de vida*, como posibilidad de reordenar los procesos socioeconómicos de los sujetos, para luego construir datos sobre la posición material en el mundo social. Los datos colaboraron para construir categorías como: *profesión, participación en el sistema educativo,*

⁵ En el transcurso de la investigación emergieron dos experiencias deportivas vinculadas al rugby en las ciudades de Ensenada y Berisso. Fueron organizadas y puestas en marcha por referentes, jugadores y ex jugadores de los cinco clubes de rugby de La Plata, y enmarcadas bajo la idea de “rugby social”. Esto se emparenta con la idea de “deporte social”, cuyo fundamento estaría basado en la supuesta participación de nuevos actores sociales que, hasta el momento, jamás habían tenido experiencias en el mundo del rugby.

⁶ Informante clave para la investigación. Nos permitió las condiciones de ingreso a su campo de acción, referido al rugby.

⁷ Realizamos registro audiovisual de ciertas acciones observadas.

titulaciones, profesión de padre, madre y familiares. Así, establecimos cuántos sujetos de la investigación, por ejemplo, han accedido al sistema de educación universitaria, o a cargos de decisión (en términos laborales) en la órbita del Estado, o del sector privado; lo cual favoreció para pensar el problema de *los sectores dominantes y el espacio social*, en una de sus dimensiones. Tanto en las entrevistas semi-estructuradas realizadas al comienzo de la investigación, como en las entrevistas abiertas realizadas a los interlocutores, sobre un total de 35 entrevistas, sólo tres sujetos dijeron ser, o empresario, o empleado de comercio, o estudiante de nivel secundario. Los demás, o son profesionales egresados de carreras universitarias, o estaban cursando sus estudios en la universidad. Por supuesto que aquí ponemos en tensión cuáles son las representaciones sociales, en tendencia, pensadas a través de discursos hegemónicos como los del Estado y los medios de Comunicación Masivos en Occidente y sobre las profesiones liberales y sobre la posibilidad (en términos simbólicos) de acceder a la universidad. Esto, teniendo como parámetro las barreras que, en sociedades desiguales como las latinoamericanas, pueden llegar a marcarnos -analíticamente- la posición de los sujetos investigados.

Pero la intención fue, también, cruzar todo tipo de relatos, representaciones, prácticas observadas y discursos en circulación; que dieran cuenta de la posición simbólica de los sujetos investigados. Para esto, fue relevante el aporte de datos del tipo cualitativo. Citando a Gilberto Giménez, y pensando en qué tipo de datos ofrecimos, fue necesario pensar en clave de que:

Se puede decir, por consiguiente, que en la vida social las personas y las diferencias de posiciones (fundadoras de identidad), existen bajo dos formas: una forma objetiva, es decir, independiente de todo lo que los agentes puedan pensar de ellas, y una forma simbólica y subjetiva, esto es, bajo la forma de la representación que los agentes forjan de las mismas. De hecho, las pertenencias socia-

les (familiares, profesionales, etcétera) y muchos de los atributos que definen una identidad revelan propiedades de posición. Y la voluntad de distinción de los actores, que refleja precisamente la necesidad de poseer una identidad social, traduce en última instancia la distinción de posiciones en el espacio social. (Giménez, 2005: 38)

El proceso y el vínculo con los sujetos de estudio: la etnografía como posibilidad

Como punto de referencia, problematizamos a la etnografía como enfoque pensado, creado y re-creado por antropólogos -fundamental e históricamente-, pero también compartido por muchos campos o, mejor dicho, por muchos investigadores de diversas porciones del espacio de las Ciencias Sociales. Es decir, esto deja de lado la idea de exclusividad del enfoque y de la técnica etnográfica que habilita sólo a la Antropología a ponerla en práctica. Es un debate saldado el de los préstamos de técnicas, de preguntas y de saberes de un campo a otro. Pensamos, sobre todo al campo de la Comunicación (tradiciones y discusiones mediante), como la zona de estudios donde “poder llevar y traer” no sólo preguntas y problemas de otros campos, sino también técnicas. Por supuesto que la técnica a poner a prueba en la investigación, tendrá que ver con las preguntas que se le haga al objeto de estudio. En nuestro caso, la etnografía nos posibilitó pensar y profundizar la complejidad de las relaciones construidas en torno al objeto, dadas las características (no sólo de nuestro recorte), sino de los sujetos investigados.

Es así que optamos, fundamentalmente, por reconstruir, desde la perspectiva de los actores, lo que nos planteamos como preguntas, problemas e hipótesis. Por lo tanto, y siguiendo a Lins Ribeiro (2004), la preponderancia del trabajo de campo fue la marca identitaria de este estudio, aunque no sólo desde la etnografía construimos el objeto. La experiencia del extrañamiento fue vida como posición de conocimiento, dadas las características del

grupo de hombres analizados, en relación a las regularidades con el investigador. Vivimos, percibimos, pensamos, actuamos, nos vinculamos dentro de los mismos espacios: compartimos sociedades. Esto es, esquemas de valoración, de acción y de pensamiento, más allá de las diferencias ideológicas y la matriz desde donde creemos que el mundo social y la cultura se organizan. Pero en fin: compartimos cultura. Resultó imprescindible que el extrañamiento sea vivido como experiencia social del investigador (Lins Ribeiro, 2004) para construir el enfoque etnográfico. Como diría el antropólogo brasileño, la clave es no participar de un código. Y si a eso, le sumamos estar en el lugar de las prácticas del investigado, observando los elementos centrales de esa realidad social, abonamos al distanciamiento tan significativo de la práctica etnográfica (Lins Ribeiro, 2004). Se desconoce la cotidianidad y se ubica en la perspectiva de un actor “descalificado”, que no participará como nativo, ni se incluirá -de manera intrusiva- en el sistema social y cognitivo del grupo estudiado. El ejercicio fue una constante: aproximarse y distanciarse al mismo tiempo, generando la tensión entre nosotros/otros.

Con el trabajo de campo, diría Guber (2004), apuntamos a que susciten las diferencias: entre los conceptos del etnógrafo y los conceptos del nativo. Y así, darle valor al marco significativo que los propios actores reconocen como sus prácticas y sus nociones, en el contexto de su vida cotidiana y en el complejo de relaciones que establecen y presentan como sujetos cognitivos (Guber, 2004).

Sin embargo, entendemos que la sola presencia en el campo no alcanza para reconstruir las prácticas y sus significados, siempre y cuando no esté acompañada por una rigurosa y reflexiva vigilancia teórica y epistemológica. Sobre el “estar ahí”, Guber indica que “la presencia directa en el campo es condición necesaria, pero no suficiente para acceder a la perspectiva de los actores y construirla teóricamente” (Guber, 2004: 77). La etnografía y el trabajo de campo etnográfico deben entenderse “no como un determinado cuerpo teórico o un bagaje técnico especializado, sino como un enfoque totalizador para el cual la perspectiva del actor es, a la vez, punto de partida y de llegada” (Guber, 2004: 77).

La reflexividad, el lugar en el campo, las incomodidades y los dilemas éticos

“La insistencia casi monomaniaca sobre la necesidad del retorno reflexivo no es pues la expresión de una especie de ‘sentido del honor’ epistemológico, sino un principio que lleva a construir de manera diferente los objetos científicos. Ayuda a construir objetos en los que la relación del analista con el objeto no es inconscientemente proyectada, y que no sufre la adulteración introducida por lo que, siguiendo a John Austin, él ha etiquetado como la ‘falacia académica’” (Bourdieu, 1990e)” Bourdieu y Wacquant (2008: 71)

Cuando comencé a pensar en el año 2008 en mis problemas y mis preguntas de investigación, dos cuestiones me atravesaron en la elección de los sujetos, las prácticas y sus espacios:

1- Que en el área sobre Deporte y Sociedad no abundaban indagaciones que tuvieran que ver con lo que, provisoriamente, llamé sectores dominantes. Algunas reflexiones de Archetti (2003) sobre el polo en Argentina, y de Rodolfo Iuliano (2008 y 2010) en la ciudad de La Plata, sobre el golf, establecían algún tipo de referencia en relación a la pregunta ¿qué deportes practican en Argentina, los sectores dominantes?. Algunos/as autores/as, podrán hablar de “elites”, pero, ¿quiénes serían las “elites” en la ciudad de La Plata? ¿En relación a qué otras elites de Argentina, *podía trazar regularidades para categorizar a los sujetos de mi investigación como parte de las “elites”?* Y si establezco regularidades para nombrar como “elites” a determinados grupos sociales, ¿son los sujetos de mi investigación parte de las “elites” de *la ciudad de La Plata?* Por ello, preferí hablar de sectores dominantes, como los colectivos mejor posicionados en la distribución de capitales: económicos, sociales y culturales.

2- Que, en principio, mi trayectoria biográfica me tendió una trampa. Creía, como sujeto de clase media, intelectualizado a tra-

vés del tránsito por la universidad, que los sujetos que iba a encontrar en mi campo de estudio (aquí los supuestos y prejuicios de investigación), eran parte del colectivo que había dejado sin trabajo a mi padre en la década de 1990. Esto es, en términos de supuestos: iba a pensar a quienes habían direccionado la política, la cultura y la economía, hacia el neoliberalismo en Argentina. Y el rugby, para mí, era el lugar de distinción que ocupaban, en La Plata, aquellos/as que, entre otras cosas, habían decidido flexibilizar las condiciones laborales en esos años y cuyas decisiones había sufrido en *carne propia* (recordando las pérdidas materiales, y su inevitable añadidura de la pérdida simbólica). Una especie de *revanchismo* se apoderaba de mis decisiones a la hora de construir los sujetos y los objetos de mi estudio. Lo cual establecía, por lo menos al comienzo del proceso, un orden imaginario basado sólo en el odio, y en el desafío de poder “desenmascarar” aquellos sujetos que, supuestamente, habían contribuido con mis pérdidas materiales y simbólicas, durante mi niñez y mi adolescencia. Todo esto, claro, reconstruido desde una posición academizada y academicista de las condiciones en las que los/as investigadores/as llegamos a construir los objetos que construimos.

En ese momento sentí que debía entrar al campo: al mundo de las prácticas y los discursos de los sujetos. Con resistencia, comencé a indagar en la jerga discursiva del rugby, y en espacios claves (aunque introductorios) del deporte. Mi supuesto antagonismo, mi hipotética alteridad en relación a esos sujetos a quienes investigaba, comenzó a suspenderse y a declinar, cuando entendí una cuestión fundamental: **debía comprender mis diferencias axiológicas (principal obstáculo investigativo)** ya que, sin entender mi relación investigador/investigados, ningún dato sería **reflexivamente** construido. Esto no significaba abandonar la hipótesis que vinculaban mi biografía con la elección de los sujetos y objetos. Todo lo contrario: tenerla en cuenta y poner atención para que no me determine el velo que, justamente, debía quitarme, ya que ningún intento de establecer condiciones de relativismo, serían posibles. Para eso, invertí la estrategia reflexiva: no ingresé al mundo de los sujetos investigados, a partir

de las diferencias que, supuestamente, me separaban (en términos sociales, económicos y culturales) de ellos, sino que partí de las similitudes que compartía. Allí comprendí que esos “otros” que estudiaba, no estaban tan distantes (en términos de clase, sobre todo) a mi posición en la estructura social. Al comenzar a contactar a diferentes interlocutores, advertí mi proximidad en tanto ubicación en el mundo social, en relación claro, con esos “otros” contruidos por mí. Allí rompí, ante la “sorpresa” de estar “más cerca” del mundo de los sectores dominantes (de cómo yo me situaba y me pensaba), y allané el hiato que consideraba irreconciliable en términos éticos y morales. Ahí comencé, por primera vez, a ubicarme desde un enfoque relativista, y a concebir el mundo de los sectores dominantes como heterogéneo y relativamente menos autónomo a mis espacios de sociabilidad.

Al comenzar la investigación, el mundo de los jugadores de rugby me parecía lejano a mi mundo. Tal vez mi biografía, en tanto datos que relaciono y reconstruyo para volver legítima, verdadera y eficaz mi posición en el mundo social, me tendía una trampa; esto vinculado a mis deseos de cómo pretendo ser visto y nombrado por los demás. Entonces, la ilusión de mi propia percepción sobre mi lugar en las estructuras materiales y simbólicas, condicionaba mi acercamiento al campo del rugby. Estaba reforzando mis prejuicios (de sentido común) sobre los sujetos investigados. Pensaba al grupo de *rugbiers* a analizar como una grupalidad homogénea. Mis prejuicios tenían que ver con la clase: con mi posición en la estructura social, y con su correspondiente construcción subjetiva. Creía que todos los *rugbiers* era iguales: arrogantes, presumidos, y todo el conjunto de adjetivaciones que se relacionen con el mundo de quienes dominan (con una concepción negativa sobre la dominación). Claro, ese es fue el prejuicio de partida: pensar el mundo social con dominados y dominantes, sin ver los posibles cruces, préstamos, negociaciones y complicidades entre diferentes colectivos en la dimensión material, cultural y simbólica. También el prejuicio de pensar que en el mismo colectivo, no haya diferencias entre los sujetos. Eso me condicionaba, y estiraba la brecha imaginaria

que me separaba del mundo social del rugby. Logré pensar que no estaba tan distante como creía, más allá de mantener mi conceptualización sobre la postura ideológica de los sujetos a investigar, en relación a la mía, claro.

Cuando comencé a incursionar en el campo, yendo a observar los partidos (los sábados), y a compartir los denominados “tercer tiempo”, aquella imposibilidad imaginaria de acercamiento comenzó a desvanecerse. Primero, porque aquel mundo ya no me parecía tan *extraño*. Comencé a comprender las reglas de juego, y el deporte me pareció atractivo. Esto influyó en romper mi sesgada mirada, que condenaba a *los rugbiers* a ser partícipes de un juego “estúpido”, donde el objetivo sólo era golpearse, y apoyar la pelota detrás de una línea marcada como perímetro. Me familiaricé con el juego, con sus lógicas, y con las destrezas técnico/corporales que hay que poseer para jugarlo.

También empecé a vislumbrar que el mundo social del rugby no era absolutamente homogéneo como yo lo imaginaba: siempre pensando, complejizando y partiendo desde el concepto de clase. Hay sujetos, que fui descubriendo, cuyas trayectorias biográficas son disímiles, aunque no sean la tendencia en el campo. Esto me situaba en un lugar menos hostil, en relación a aquel todo homogéneo que había imaginado.

El atractivo del juego, la posibilidad de poder jugarlo (desechada luego), las prácticas compartidas (salidas nocturnas, cumpleaños, “tercer tiempo”, entrevistas, etc), marcaron mi nueva posición respecto al rugby.

Claro que, luego de los años de investigación en campo, el vínculo fue intensificándose, y las trayectorias familiares, institucionales, políticas, ideológicas (todas pensadas en interacción) podrían entenderse como más distantes, con menos puntos de contacto, como creí imaginar luego de inmiscuirme en el mundo del rugby y tratar de entenderlo. Esto, comprendiendo que los puntos desde donde parto para pensar y vivir el mundo, son más o menos la contrapartida de las vivencias del mundo de los sujetos investigados. Me refiero a una cuestión central de mi trabajo marcado, sobre todo, por mi reflexión (que intenta ser

crítica) de los modos masculinos recreados por hombres de la ciudad de La Plata que juegan al rugby. Si bien considero que soy parte de la producción y reproducción de esos modos masculinos de “ser hombre”, las diferencias comenzaron a volverse insostenibles para mí. Empecé a pensar como un gran problema (y a la vez obstáculo para mí) que los sujetos que investigaba eran los encargados de ordenar el mundo legítimamente, por ejemplo, en términos de identidad de género. Lo cual produce enormes inequidades en relación a otros modos de masculinidades presentados según la pertenencia de clase, étnica o etaria. El sexismo, el machismo y la homofobia puesto en práctica -todo el tiempo- por los hombres que juegan rugby, establecían un modelo masculino legítimo de nombrar, sentir y vivir la masculinidad. Pensaba en intervenir en cada charla, pero hacía consciente mi lugar como investigador, a la vez que pensaba mi relación con la clase y el género, como sujeto que construye su identidad. Pero mis núcleos identitarios (imágenes, símbolos, vueltos representaciones) se alejaban cada vez más de los nudos que entiendo como centrales en la constitución de la identidad masculina entre jugadores de rugby. Esto, también, pensando en la dimensión política, cultural e ideológica que recubre a cada porción del espacio social. No estábamos en sintonía. La pregunta que cabe aquí es ¿por qué habríamos de estarlo?

Por un momento sentí que debía hacer la tesis para hacer visible y *denunciar* los procesos desiguales, en tanto distribución de capitales (culturales, económicos y sociales). Y la categoría *denuncia* implicaba romper con el contrato (más o menos explícito) que había construido con los sujetos investigados. Esto es, creía que tenía que “traicionarlos”⁸ para probar ante los posibles lectores de mi tesis, que lo que yo entendía como sectores dominantes, eran los mayores culpables de haber generado sociedades tan desiguales como las nuestras. Me di cuenta que estaba exagerando, más allá del rechazo que sentía por el mundo social que investigué: caí en la trampa de pensar, desde una mirada

⁸ En términos de exponer ante otros, toda la información sobre los *rugbiers* construida en campo (sea cual fuere la información). Aquí nos situamos en dilemas éticos: ¿qué decir? ¿qué no decir? ¿para qué decir lo que decimos?

instrumental, ingenua y simplista. Primero, porque calmé la angustia de pensar que *traicionaba* (sobre todo) a mi interlocutor clave, y a tantos que me habían brindado algo de información sobre sus vidas. Justamente ahí entendí que yo me había presentado como lo que creo ser: investigador social que pretende entender los modos en que se organiza la cultura de lo que nombro como sectores dominantes, partiendo desde el rugby como objeto de análisis. Entonces ellos, sabiendo de mi estadía en el campo, me mostrarían lo que creyeran necesario mostrarme, entendiendo que, toda identidad es relacional, compleja, y puede ser construida según el vínculo que tenemos con un “otro”, y el momento que nos relacionamos con ese “otro”: comprendí los vínculos de reciprocidad, ni más ni menos; lo cual tranquilizaba mis miedos de *traicionar*, y colaboraba con romper mi idea imaginaria del investigador que *debe denunciar, porque todo lo puede, porque todo lo sabe y porque produce conocimiento verdadero*. Otra vez caí en la ingenuidad, con tintes sociocéntricos y *academicocéntricos*. Tal vez la interpretación sobre la pregunta de qué es y qué hace un investigador social, cambió en mí. Sobre todo, porque comprendí que no logré conocer y entender la totalidad del mundo social que abordé, dada la complejidad y la multicausalidad de las prácticas sociales y culturales. Y, además -y principalmente-, porque entendí que comparto más símbolos, imágenes y representaciones, de las que creía compartir con los sujetos que investigué.

Conclusión

Lo que argumenté párrafos arriba, en cuanto a la experimentación del registro etnográfico, tiene que ver con el mapa construido en relación al diseño y el camino de investigación:

Si en principio comencé preguntándome sobre cómo se estructuran los sentidos hegemónicos relacionados a estilos de vida, gustos, trayectorias familiares entre los sectores dominantes de la ciudad de La Plata, y el rugby fue objetivado como espacio analítico, para pensar esos modos hegemónicos, las preguntas fueron cambiando a medida que iba ingresando al campo.

Fui haciendo visible un problema empírico que también tenía que ver con las desigualdades (en términos de distribución de capitales). Pero esto tenía que ver con el modo en que se legitimaban ciertas prácticas y discursos relacionados con una forma de *ser macho*. Esto implicaba, para mí, un descentramiento en las preguntas y una reorientación de la problemática. Comencé a construir nuevas hipótesis (a medida que reconstruía información) sobre la construcción de masculinidad entre lo que denominé sectores dominantes.

Casi todas las respuestas compartían un vector que indicaba que debía entender, dentro del campo del rugby qué significaban las categorías de *honor y caballerosidad*. Esos eran los atributos (autopercebidos como positivos por los sujetos de mi investigación) que enmarcaban a la práctica como diferenciadora del resto. Intentaba, todo el tiempo, construir abstracciones⁹ y definir conceptualmente lo que me decían. Pero no lo lograba. No interpretaba qué me estaban diciendo. Hasta que uno de mis interlocutores me allanó el camino: me insinuó que debía comprenderlo con el cuerpo (con mi cuerpo). Como diría Wacquant, mi intento deviene a partir de *aproximarme con el cuerpo*, “de forma casi experimental” (2006[2000], p. 24) a la práctica -y a los sentidos socioculturales atribuidos a esa práctica- de los sujetos de investigación. En ese momento, decidí entrenar con los sujetos investigados: experiencia que puso en tensión lo que entiendo por *riesgo y miedo* (al asumir participar de un deporte con un alto grado de agresividad) pero, a su vez, me permitió exotizar lo familiar y familiarizar lo exótico. Por supuesto que mi estadía dentro de la cancha no prosperó. Sin embargo, pude “estar ahí” y comprender ciertas lógicas que me permitieron desarmar el entramado que vinculé desde el deporte, la clase social y la identidad de género, en la ciudad de La Plata, entre hombres que juegan al rugby.

⁹ Revisando trabajos como por ejemplo los de Pitt-Rivers, Julian (1980). *Antropología del honor o política de los sexos*. Barcelona: Editorial Crítica. También las producciones de María Verónica Moreira, quien indagó sobre la construcción del honor entre los integrantes de una hinchada de fútbol.

Bibliografía

Archetti, Eduardo. (2003) *Masculinidades, fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires: Antropofagia.

Bajtín, Mijaíl. (2008 [1979]) *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc. (2008) *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Giménez, Gilberto. (2005) *Teoría y análisis de la cultura. Volúmenes I y II*. México: Conaculta.

Guber, Rosana. (2004) *El salvaje metropolitano: Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

Iuliano, Rodolfo. (2010) *Apuntes para el estudio del ocio y las formas de sociabilidad de los estratos superiores en la Argentina contemporánea*. La Plata: Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP.

Iuliano, Rodolfo. (2008) "Me encantaría vivir del Golf: apuntes sobre las categorías identitarias operantes en torno a la práctica del golf". La Plata: revista *Question*. Vol. 1, N° 18. FPyCS (UNLP).

Lins Ribeiro, Gustavo. (2004) *Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica*. En: Boivin, M.; Rosato, A.; Aribas, V. *Constructores de otredad*, pp. 194-198. Buenos Aires: Antropofagia.

Verón, Eliseo. (1998) *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.

Wacquant, Loic. (2006 [2000]) *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CAPÍTULO VI

El itinerario intelectual de Antonio Pasquali (1955-1978): aspectos teórico-metodológicos para pensar su abordaje¹

EMILIANO SANCHEZ NARVARTE

Introducción

En este artículo se expondrán, en primer lugar, los lineamientos generales del itinerario intelectual de Antonio Pasquali en el período 1955-1978, temporalización que permitirá identificar diversas huellas en su trayectoria en la cual se condensan diálogos con un heterogéneo universo cultural venezolano, y en el que se entrecruzan sus preocupaciones teóricas y políticas con los procesos de retorno a la democracia y la radicalización política de principios de los años sesenta, de discusiones de las formaciones intelectuales sobre la necesidad de generar las condiciones para la modernización cultural y la renovación universitaria.

En un segundo momento se presentará el campo de estudios en el cual se decidió insertar el “tema-problema” de la investigación, puntualmente, en el cruce teórico-metodológico de la historia intelectual y la sociología de la cultura, con el objetivo de dar cuenta de sus principales aportes para pensar el itinerario intelectual de Antonio Pasquali.

¹ Este artículo pretende ser sólo una introducción o presentación en líneas generales del itinerario intelectual de Antonio Pasquali y del campo teórico-metodológico desde el cual lo abordamos. Forma parte de una investigación de más largo aliento que estoy realizando en el marco del doctorado en la Universidad Nacional de La Plata.

Una producción intelectual entre el Estado, la universidad y las revistas culturales

Italiano de nacimiento, venezolano por adopción desde 1955, licenciado en filosofía por la Universidad Central de Venezuela (UCV) en ese mismo año y doctorado por la Universidad de París en 1957, Antonio Pasquali es una figura destacada y reconocida por su papel en la emergencia de los estudios en comunicación en América Latina. Sus producciones realizadas desde principios de la década del sesenta, puntualmente a partir de *Comunicación y cultura de masas*, editado por primera vez en 1964 por Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central (EBUC), lo convirtió en uno de los “padres fundadores” de los estudios en comunicación en la región (Fuentes Navarro, 1991: 11). Gran parte de los trabajos realizados sobre su figura y obra si bien se conforman como un valioso e ineludible aporte², han generado análisis y estudios que buscan identificar rasgos aparentemente intrínsecos de sus producciones en cuanto a su perspectiva teórica y epistemológica como también distintas influencias teóricas, pero que con mayor y menor grado, lo abstraieron del conjunto de las relaciones sociales y culturales en que se inscribieron las actividades intelectuales de Pasquali.

Consideramos, por el contrario, que estudiar el itinerario intelectual de Antonio Pasquali no es simplemente pensar a un “teórico de la comunicación”: sino que implica reconstruir las condi-

² En los últimos años se han realizado distintos homenajes a la figura y obra de Antonio Pasquali. Como resultado de ello, se publicaron muy buenos trabajos: José Fidel Torres y David De los Reyes publicaron *Rompecabezas de una obra: Antonio Pasquali y su utopía comunicacional* (2009, UCAB); la Revista Científica de la Asociación Mexicana de “Derecho a la Información” en su n° 6 de septiembre-diciembre de 2012, le dedicó un dossier temático que incluyó artículos de distintos investigadores en comunicación, y por último Marcelino Bisbal y Andrés Cañizález editaron *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de “Comunicación y cultura de masas”* (2014, UCAB) que recopila artículos de estudiosos de la comunicación sobre algunos aspectos de la obra y del itinerario intelectual de Pasquali. Algunos artículos que se han ocupado de aspectos parciales de su trabajo son los siguientes: Fuentes Navarro (1992), Aguirre (1996), Mattelart y Mattelart (1997), Lenarduzzi (1998), Cisneros (2002), Saintout y Díaz Larrañaga (2003), Beltrán (2006), Pineda de Alcázar (2010), Hohlfeldt (2010), Sánchez Narvarte (2014a, 2014b y 2015a).

ciones de emergencia de un espacio de saberes en comunicación inscripto en un universo trazado por la radicalización política y la modernización cultural. Una vez que obtiene el título doctoral en julio de 1957, tras presentar la tesis *Renouvier et Bergson: le problème de la liberté* (“Renouvier y Bergson: el problema de la libertad”), Pasquali retorna a Venezuela y es a partir de las reformas del Plan de Estudio de la Escuela de Filosofía de la UCV en agosto de 1958, que es contratado para dictar clases en el Seminario de Filosofía Clásica. En ese mismo año funda el Departamento de Información Audiovisual de la Escuela de Periodismo (UCV) convirtiéndose en su primer director.

Por otro lado, no sólo publicó textos académicos sino que a lo largo de su trayectoria escribió ensayos y artículos en distintas revistas universitarias y culturales, algunas en las cuales su rol no fue simplemente el de publicar sino formando parte de los comité organizadores. Nos resulta apropiado al menos enunciar la heterogeneidad cultural que se condensa en el itinerario de Pasquali a lo largo de los años sesenta. En principio, es contratado en 1958 por el Director General del Ministerio de Educación, Gustavo Díaz Solís, para organizar y dirigir el Centro Audiovisual del Ministerio. La principal actividad del Centro Audiovisual fue crear un sistema de producción de complementos audiovisuales para todo el sistema educativo, como diapositivas y películas que eran utilizadas por los docentes como instrumentos de enseñanza. Sin perder de vista su inscripción en los debates intelectuales de aquellos años, participará en diversas experiencias culturales y artísticas desde distintos lugares: publicará en *Sardio* en 1960, en ese mismo año será uno de los fundadores de *Crítica Contemporánea*, hacia 1967 de *Cine al Día* y, más periféricamente, participará en *Imagen*, revistas que con sus especificidades marcan tópicos y discusiones, momentos críticos de un proceso cultural en el que un sector de la intelectualidad venezolana empezó a discutir parámetros artísticos e intelectuales dominantes considerados decadentes y que debían ser superados en el marco del proceso histórico que estaba atravesando el país: el retorno y la consolidación de la democracia.

Hacia 1970, después de haber publicado *El aparato singular: análisis de un día de TV en Caracas* (1967), *La moral de Epicuro* (1970) y una gran cantidad de artículos en revistas y periódicos, el Decano Interino de la Facultad de Humanidades, Félix Adam, le propuso dirigir la Escuela de Artes, cargo que ocupará de octubre de 1972 hasta 1974. Es también a principio de esta década que la comisión de Estudios Humanísticos y Sociales de la UCV aprobó bajo su dirección el “Seminario de Investigación” propuesto por la Escuela de Comunicación Social y posteriormente fue nombrado como profesor en la Cátedra de “Teoría de la Comunicación”, materia dictada en tercer año de dicha Escuela. Esto último fue un paso importante en el marco de un proceso de institucionalización de los estudios en comunicación en Venezuela, que venía dando sus primeras formaciones de manera diseminada en distintas universidades por proyectos individuales o de pequeños grupos, pero que aún no habían alcanzado una fuerte inscripción científica a pesar de haber empezado a constituir redes de intercambio.

Para los años 1973-1974 se formó el Instituto de Investigaciones en Comunicación (ININCO), siendo Pasquali su primer director desde 1974 hasta 1978. El Instituto fue pensado, en sus propias palabras, “como un centro de análisis de una realidad comunicacional que fuera capaz de incidir en la sociedad y poco a poco ir transformando el cuadro real de la comunicación del país y del continente” (Safar, 2001: 13). En este sentido, la articulación reflexión-acción iba a encauzarse en distintos proyectos de análisis e intervención.

Hacia mediados de los setenta, en el marco del gobierno de Carlos Andrés Pérez (1974-1978)³ se creó el Consejo Nacional de Cultura (CONAC). Durante esos años, es convocado por el Ministerio de Comunicaciones para participar de la Comisión de Refor-

³ El primer gobierno de Carlos Andrés Pérez se caracterizó por una fuerte intervención en la economía y en la cultura. Hacia 1975 al nacionalizar la industria del hierro y la petrolera, se fundó la empresa Petróleos de Venezuela, S. A (PDVSA), posicionando al Estado en un lugar de mayor jerarquía para la administración de tales recursos. Por otra parte, se fundó el Programa de Becas Gran Mariscal de Ayacucho que fomentaba la investigación y la ciencia en áreas estratégicas para el desarrollo económico y social del país (Velázquez, 1979: 413-433).

ma de los Servicios Radioeléctricos y a partir de mayo del 75 se convierte en el responsable del Comité de Radio y Televisión del CONAC. Entre noviembre de 1974 y mayo de 1975 dicho Comité elaboró un informe conocido como “Proyecto RATELVE. Diseño para una nueva política de radiodifusión del Estado Venezolano”, que dos años después sería publicado con el mismo nombre bajo el sello de Librerías Suma. Si bien los redactores principales del informe fueron Raúl Agudo Freites, Oswaldo Capriles, Héctor Mujica y Antonio Pasquali, entre otros, el Comité de Radio y Televisión del CONAC, había realizado distintas reuniones de trabajo en la que participaron una veintena de académicos, representantes de sindicatos, directivos de empresas de telecomunicaciones y de algunos canales de televisión, para llegar finalmente a terminar el informe que posteriormente se presentaría públicamente. El “Proyecto RATELVE” se respaldaba en las propuestas generales de la UNESCO en torno las políticas de comunicación⁴ y consideraba que la radiodifusión debía adoptar la forma de servicio público de tipo planificado, orientado en forma general por el Estado y destinado “exclusiva y prioritariamente a los intereses de la comunidad, en concordancia con los planes nacionales de desarrollo económico” (AA.VV., 1977: 287). Por otro lado, entre sus objetivos específicos, sostenía que se debía garantizar a todos los habitantes del país el derecho a utilizar y recibir los servicios públicos de acuerdo a sus necesidades e intereses. Con estos objetivos se problematizaba la concentración mediática y se proponía reformar la legislación en pos de generar mayores condiciones de acceso y participación ciudadana en los medios masivos. Si bien no podemos enunciar aquí todas las vicisitudes que atravesó el proyecto formulado, al menos diremos que recibió fuertes ataques de los sectores patronales de la radiotelevisión privada venezolana y de otros países de la región bajo el argumento general de un ataque a la libertad de prensa (Safar, 2014).

Pasquali había sido postulado por el gobierno de Pérez para la UNESCO, pero recién cuando se jubila de la UCV en 1978

⁴ Ver al respecto la declaración de San José de Costa Rica, publicada en la revista *Nueva Sociedad* en 1976 con el título “Conferencia intergubernamental sobre políticas de comunicación en América Latina y el Caribe”

y luego de publicar *Comprender la comunicación* en ese mismo año, es que pasa a ser funcionario de ese organismo internacional, primero como Subdirector General Adjunto del Programa de Cultura y Comunicación (1978-1982) y del Sector Comunicación (1982-1986). Luego, en Caracas, dirige la oficina del CRE-SALC-UNESCO hasta 1989, cuando se jubila de la organización. Por último, no está de más afirmar, que lejos de cerrarse la actividad intelectual de Pasquali hacia finales de los setenta, seguirá produciendo e interviniendo en distintos espacios institucionales y académicos hasta la actualidad.

Sobre los aspectos teórico-metodológicos: entre la historia intelectual y la sociología de la cultura

Habiendo trazado las principales líneas de su itinerario hasta finales de los años setenta, pretendemos inscribir el campo problemático en el que hemos planteado la investigación y construido el “objeto-problema” en torno al itinerario intelectual de Antonio Pasquali en el cruce de la *historia intelectual* y la *sociología de la cultura*. Existen distintos abordajes teórico-metodológicos que se han preocupado por analizar o reconstruir la producción de conocimientos y saberes. Entre ellos se encuentran la historia de las mentalidades, la historia conceptual y la historia de las ideas; que al interior de los estudios historiográficos pretenden “comprender las ideas y creencias del pasado” a partir de los discursos, conceptos y palabras (Terán, 2012: 11). A diferencia de estos enfoques, entendemos el nuestro tal como lo practicaron en sus investigaciones Fernanda Beigel sobre la obra y la praxis vital de José Carlos Mariátegui (2003), Claudio Suasnábar sobre los intelectuales de la educación en Argentina (2004), Alejandro Blanco sobre el itinerario de Gino Germani (2006) y Mariano Zarrow (2013) al reconstruir el itinerario intelectual de Armand Mattelart; esto es, relacionando aspectos epistemológicos de sus producciones teóricas con los procesos y debates políticos y culturales en el que emergieron.

La *historia intelectual*, siguiendo el planteo de Carlos Altamirano, más que una disciplina o subdisciplina, es un campo de estudios y su asunto es “el trabajo del pensamiento en el seno de las experiencias históricas” (Altamirano, 2005: 10). Esta perspectiva nos permite analizar las ideas en el marco de los conflictos, debates y sus cambios de sentido cuando estas son encarnadas por hombres y mujeres en la historia. Es en ese sentido que se diferencia de la historia de las ideas, ya que más que prestar atención a una secuencia temporal de las ideas, atiende “a sus encarnaciones temporales y a sus contextos biográficos”, es decir, a las ideas pero también “a sus portadores: los sujetos” (Tarcus, 2013: 53).

Siguiendo estas premisas, nos propusimos situar el itinerario intelectual de Antonio Pasquali y las significaciones que han producido sus intervenciones en entramados más amplios; como afirma Altamirano, estas significaciones “no se producen ni circulan en el vacío social” (Altamirano, 2005: 12); de otro modo: los textos tienen implicaciones y están insertos en redes de problemas que es imprescindible reconstruir. En este sentido, observa François Dosse, la historia intelectual tiene como objetivo expresar al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer, “de una manera que rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad” (Dosse, 2007: 14). La historia intelectual, sostiene el historiador francés, pretende dar cuenta de las obras, de los recorridos y de los itinerarios más allá de las fronteras disciplinares, esto es, “revivir el enredo de estas dimensiones de naturaleza diferente y, por lo tanto, de integrar la vida intelectual en envites sociales y culturales más amplios”, aproximándose a ese “punto de encuentro entre el mundo de las ideas y el mundo social” (Dosse, 2007: 144 y 152).

Desde esta perspectiva se torna necesario considerar las redes de producción intelectual y los espacios de sociabilidad, puntualmente las revistas, que, como afirma Dosse, constituyen “uno de los soportes esenciales del campo intelectual” y pueden ser con-

siderados como una estructura elemental de sociabilidad, espacios muy valiosos para analizar la evolución de las ideas en tanto lugares de fermentación intelectual y de relaciones afectivas” (Dosse, 2007: 51). Indagar los momentos fundacionales de una revista permite contar con un mirador privilegiado para observar la relación entre esas instancias que Raymond Williams denominó “formaciones” y las “producciones formativas” que derivan de ellas (Weinberg, 2010: 235).

En relación a la otra perspectiva considerada, la *sociología de la cultura*, son centrales los aportes de Pierre Bourdieu, Roger Chartier y Raymond Williams. Bourdieu fue uno de los primeros en discutir la idea “romántica” del autor como creador que subyace en las perspectivas biográficas de los estudios literarios y de algunos abordajes sociológicos. Los aportes del sociólogo francés son importantes al considerar que toda biografía intelectual puede comprenderse completamente cuando se la inscribe en el “campo ideológico de la cual forma parte” al interior de la estructura del campo intelectual (Bourdieu, 2011: 24).

Como ya se ha planteado en otros trabajos (Sánchez Narvarte, 2015b: 71), la “inversión metodológica” propuesta por Bourdieu implica diferenciar el análisis en tres momentos: en primer lugar, analizar la posición de los productores de ideas en relación con las clases dominantes, sus tensiones y/o subordinaciones; en un segundo momento, analizar las relaciones objetivas que se establecen al interior de un campo, entre las posiciones de los distintos grupos que disputan la legitimidad de sus producciones, en un momento dado de la estructura de un campo intelectual; en tercer lugar, analizar la construcción específica de un habitus, entendido como principio generador del conjunto de las prácticas e ideologías de un grupo de agentes (Bourdieu, 2011). Según Bourdieu, entonces, la construcción de las lógicas de los sistemas de relaciones que se producen en un momento dado en un campo social, es la condición previa de la reconstrucción de la trayectoria social “como sistemas de rasgos pertinentes de una biografía” (Bourdieu, 2011: 32).

En la misma línea, Bourdieu ha señalado que el estudio de una obra no cobra sentido al menos que se la vincule con dos

conjuntos de relaciones: primero, el espacio de las obras -o discursos- como tomas de posición diferenciales y segundo, el espacio de las posiciones ocupadas por aquellos que las producen (Bourdieu, 2008: 96). Inscribir las obras en este conjunto de relaciones permitirá, “según el principio de la intertextualidad”, comprender el significado de las obras en el marco de la red de relaciones con otros textos a los que remite y que constituyen sus condiciones de producción (Bourdieu, 2008). A propósito de lo dicho, Bourdieu consideraba que se debía dar cuenta de la posición de un autor en relación con la estructura objetiva del campo en el que se inscribía -académico, literario, intelectual, etc.- en relación con el campo de poder, es decir, con la reproducción del orden social que se cristaliza a partir de la distribución desigual de las posiciones de poder en cada campo específico (Bourdieu, 2011).

En relación con lo anterior, Roger Chartier también ha reflexionado sobre la historia intelectual en el marco de un abordaje más general, entendido como “historia cultural”. Al respecto, Chartier sostiene que la historia cultural considera al individuo “en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones sociales a las que él pertenece”, colocando en lugar central la “articulación de las obras, representaciones y prácticas con las divisiones del mundo social que, a la vez, son incorporadas y producidas por los pensamientos y las conductas” (Chartier, 1992: 10). En este sentido, Chartier considera que ciertas tradiciones de la historia de las ideas aislaron los sistemas de pensamiento de las condiciones de su producción; “esta historia deshumanizada instituye un universo de abstracciones donde el pensamiento parece no tener límites al no tener dependencia” (Chartier, 1992: 17).

Para evitar estos problemas propone situar el objeto de análisis en un campo en que se crucen dos líneas: una vertical, o diacrónica, “por la cual se establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con una expresión previa de la misma rama de actividad cultural (pintura, política, científica, etc.)”; y otra horizontal o sincrónica, que permita establecer relaciones entre el objeto intelectual con las producciones en

otras ramas o de una cultura al mismo tiempo (Chartier, 1992: 41 y 42). Esta propuesta, sostiene Chartier, permite pensar una producción intelectual o artística a la vez en la especificidad de la historia de su género o de su disciplina, en su relación con otras producciones culturales contemporáneas y en sus relaciones con distintos referentes situados en otros campos de la totalidad social (socioeconómica o política).

Con varios puntos en común con la sociología cultural de Bourdieu, algunos trabajos de Raymond Williams constituyen un aporte ineludible para abordar la producción intelectual en el marco general de las condiciones sociales de producción de las ideas. En su trabajo *Sociología de la cultura* observaba que las preocupaciones de los intelectuales se producen y reproducen en el tejido social y cultural, a veces como “ideas y conceptos, pero también, de manera más amplia, en forma de instituciones que las configuran, de relaciones sociales significadas, de acontecimientos sociales y religiosos, de modos de trabajo y ejecución” (Williams, 2015: 179). Williams sitúa a los intelectuales como una actividad especializada al interior de una categoría más general de productores culturales, y a partir de allí, propone una serie de conceptos que le permiten situar materialmente la producción de las ideas en el marco de los procesos de organización social y cultural. En este sentido, la pregunta en torno a la producción de las ideas podría enunciarse a partir de indagar qué sujetos las producen y en qué relaciones sociales (Williams, 2012: 35). A partir de aquí es que Williams inscribe su sociología de la cultura como un análisis de “las especificidades de la producción material de la cultura” (Williams, 2009: 15), y con ello apunta a investigar “las instituciones y formaciones de la producción cultural”, “las relaciones sociales de sus medios específicos de producción” y los procesos de reproducción cultural y social inscriptos en los problemas generales y específicos de la organización cultural (Williams, 2015: 26). Esto es un aspecto que diferencia a la historia cultural de la sociología de la cultura: en términos de Williams, se trata de analizar las condiciones de la producción cultural -entre ellas, la producción intelectual- al

interior de las disputas por la hegemonía. En esta línea algunos teóricos señalaron lo que entienden como un doble vínculo entre las prácticas políticas y la producción de conocimiento: el papel de la política en la producción de conocimiento, el papel político del conocimiento en la producción de hegemonía (Gramsci, 2012; Buci Gluksmann, 1978).

Consideramos que la particularidad de la trayectoria intelectual de Pasquali involucra más que oposiciones entre Estado, campo intelectual y producción cultural, sino también redes de circulación e intercambio, lo que Federico Neiburg y Mariano Plotkin denominan como “espacios de intersecciones múltiples” donde se produce el conocimiento sobre la sociedad (Neiburg y Plotkin, 2004: 17-18). A propósito de lo dicho, el cruce de estas perspectivas permitirá sortear la invisibilización del entramado histórico en la construcción del itinerario y en simultáneo, permitirá observar que al interior de las formaciones e instituciones culturales los individuos adoptan posiciones con intereses diversos, generando tensiones y especificidades que la simple caracterización de un grupo intelectual no permite identificar.

Algunas consideraciones sobre el trabajo de campo

No está de más señalar aquí algunos “desafíos” que, consideramos, se presentan a los/las investigadores/as que pretendemos reconstruir itinerarios intelectuales, y en nuestro caso particular, el de un referente teórico que sigue en actividad y residiendo a varios miles de kilómetros de distancia. A modo de reflexión sobre nuestra experiencia, y asumiendo alguna posible obvedad, es por demás central contar con recursos económicos (becas u otro tipo de financiamientos) que posibiliten la movilidad del/la investigador/a. En segundo lugar, es posible que no se cuente con el material necesario para la investigación en universidades o bibliotecas públicas. Por ello se torna imprescindible para cumplir los objetivos propuestos, la creación de lazos y redes de contactos transnacionales, institucionales o personales, con centros y/o

institutos de investigación que habiliten mejores condiciones de acceso a la información. Estas redes son fundamentales para el relevamiento de fuentes bibliográficas, el acceso a instituciones culturales y universitarias y para poder entrevistar, por ejemplo, en distintas oportunidades a Pasquali y a otros/as colegas que hayan compartido con él lugares de trabajo, así como a estudiosos/as e investigadores/as de la historia y la cultura local.

En la misma línea de lo anterior, establecer vínculos con instituciones públicas como la Biblioteca Nacional de Venezuela, la Biblioteca Central y el Archivo General de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, fue muy importante para relevar las publicaciones periódicas de los años en los que inscribimos el itinerario analizado, como también documentos personales, actas de Congresos, Seminarios, Cátedras y/o programas de asignaturas, ponencias, trabajos inéditos, etc. Del mismo modo, tesis de grado y de posgrado que hayan trabajado cuestiones referentes al universo de nuestra investigación. Sin embargo, hallar todo lo pretendido en los espacios antes nombrados, puede ser simplemente una ilusión. Por distintas razones que pueden ir desde materiales perdidos a falta de recursos, se vuelve necesario indagar bibliotecas personales y/o de instituciones privadas, librerías tradicionales locales, dialogar con editoriales y editores, libreros y/o coleccionistas.

Igualmente, y siguiendo el razonamiento de Howard Becker en cuanto a la idea difundida de que “primero se investiga y después se vuelca lo investigado por escrito” (Becker, 2014: 36), los materiales bibliográficos relevados como así también las entrevistas obtenidas, permiten producir nuevas preguntas que impliquen, lejos de dar por terminada alguna etapa de la investigación, re problematizar claves de lectura, hipótesis de trabajo y hasta incluso, podrían reorientar los ejes sobre los que se posa la investigación.

Consideramos que algunas de estas cuestiones se presentan cuando las investigaciones pretenden reconstruir un itinerario intelectual accediendo a las fuentes primarias, a los sujetos y a las instituciones que lo configuran, y no simplemente a partir de fuentes secundarias, necesarias e ineludibles, pero incompletas

si se pretende un trabajo original y de más largo alcance. En fin, tratar de construir nuestra historia.

A modo de cierre

De lo enunciado anteriormente nos parece relevante identificar un aspecto que diferencia a la historia intelectual de la sociología de la cultura: en términos de Williams, esta última debe prestar una particular atención a “las instituciones y formaciones de la producción cultural” en su inscripción en los procesos de reproducción cultural y social, sin desvincularlas de los problemas generales y específicos de la organización cultural (2012: 26). Es decir, analizar las condiciones de la producción cultural -entre ellas, la producción intelectual- al interior de las disputas por la hegemonía.

El anterior es un aspecto relevante en el marco de nuestra investigación porque consideramos que el itinerario intelectual de Antonio Pasquali y sus preocupaciones teóricas y políticas están situadas en un denso entramado cultural donde se entrelazaron formaciones culturales y espacios de sociabilidad intelectual vinculados en sus orígenes, dicho de manera general y siguiendo el análisis de Alfredo Chacón, a la “izquierda cultural” (Chacón, 1974). Esta “izquierda cultural” que empezó a conformarse entre 1958 y 1963, estaba conformada por jóvenes vinculados al universo académico y que se incorporaron activamente en el campo del arte, la literatura y la crítica cultural, en diálogo con las organizaciones políticas emergentes -como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), entre otros-, con una tendencia opositora al status quo y constituídos por una “intencionalidad cultural caracterizada por una mayor permeabilidad” al proceso histórico (Chacón, 1974: 12 y 13). Hacia fines de los años cincuenta se produjo en Venezuela un proceso marcado por posiciones no necesariamente contradictorias, pero en tensión al interior de formaciones intelectuales. Las mismas, en algunas ocasiones asumieron perspectivas más o menos radicalizadas, como fue el

caso de *Sardio y Crítica Contemporánea* con claras posturas de izquierda, de fuerte orientación sartreana en cuanto al rol del intelectual, la función social de la literatura y de la filosofía, y con un claro apoyo al proceso cubano, a diferencia de otras formaciones que asumían la necesidad de repensar los procesos de producción cultural en el marco de la reconfiguración del Estado posterior a la caída del régimen de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958).

Consideramos que estas disputas producidas en el campo intelectual no se forman aisladas de un tejido político-cultural más amplio. Al respecto son fundamentales los aportes de Raymond Williams que, sin dejar de atender a las especificidades de la producción intelectual, observaba que era necesario inscribir esas actividades en la dinámica conflictiva alrededor de la producción y reproducción general del orden social y cultural.

Será tema de otro trabajo la trayectoria de Pasquali en el marco de esas tensiones específicas dentro de las formaciones culturales, en pugna por reorientar el horizonte intelectual de la Venezuela de los años sesenta -sin perder de vista los procesos latinoamericanos-, e indagar sus obras e identificar las huellas o marcas que nos remitan a sus condiciones de producción.

Bibliografía

AA.VV. (1977) *Proyecto RATELVE. Diseño para una nueva política de radiodifusión del Estado venezolano*. Caracas: Ediciones de Librería SUMA.

AA.VV. (2012) *Derecho a la Información. Revista Científica de la Asociación Mexicana*, n° 6, septiembre-diciembre, México.

Aguirre, Jesús María. (1996) *De la práctica periodística a la investigación comunicación*. Caracas: Fundación POLAR y UCAB.

Altamirano, Carlos. (2005) *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

----- (Dir.) (2010) *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la 'ciudad letrada' en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz.

Beigel, Fernanda. (2003) *El itinerario y la brújula: el vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*. Buenos Aires: Biblos.

Becker, Howard. (2014 [1986]) *Manual de escritura para científicos sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Beltrán Salmón, Luis Ramiro. (2006) “El pensamiento Latinoamericano sobre la comunicación democrática: recuento de su insurgencia”, en *Anuario de Comunicación*. Mimeo.

Bisbal, Marcelino y Cañizález, Andrés. (Eds.) (2014). *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A 50 años de “Comunicación y cultura de masas”*. Caracas: UCAB.

Blanco, A. (2006). *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, Pierre. (2008 [1984]) *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.

----- (2011 [1999]) *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

Buci Gluksmann, Christine. (1978) *Gramsci y El estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*. Madrid: Siglo XXI.

Chacón, Alfredo. (1971) *La izquierda cultural venezolana, 1958-1968*. Caracas: Editora San José.

Cisneros, José. (2002) “El concepto de la comunicación: El cris-

tal con que se mira”. *Revista Ámbitos*, n° 7-8, 49-82, Facultad de Ciencias de la Información - Universidad de Sevilla.

Dosse, François. (2007) *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València.

Fuentes Navarro, Raúl. (1991) *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. Guadalajara: ITESO.

----- (1992) “El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina”. *Diá•logos*, n° 32.

Gramsci, Antonio. (2012 [1949]) *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Mattelart, Armand y Mattelart, Michelle. (1997) *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.

Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano. (2004). “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina”, en Neiburg, F. y Plotkin, M. (Comp.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 15-30). Buenos Aires: Paidós.

Hohlfeldt, Antonio. (2010) “Teorias da comunicação: A recepção brasileira das correntes do pensamento hegemónico”, en Ferreira (Org.) *Teorias da Comunicação. Trayectorias Investigativas* (pp. 21-40). Porto Alegre: EDIPURCS.

Lenarduzzi, Víctor. (1998) *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*. Buenos Aires: Eudeba.

Pasquali, Antonio. (1964) *Comunicación y cultura de masas*. Caracas: EBUC.

----- (1967) *El aparato singular: análisis de un día de TV en Caracas*. Caracas: UCV.

----- (1970) *Lamoralde Epicuro*. Caracas: MonteÁvila.

----- (1973) *Sociologia e Comunicação*. Petrópolis: Editora Vozes.

----- (1978) *Comprender la comunicación*. Caracas: Monte Ávila.

- Pineda de Alcázar, Migdalia. (2010) “Antonio Pasquali: la vigencia de su pensamiento cuarenta años después”. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, n° 109, pp. 18-20. CIESPAL.
- Safar, E. (2001). “La comunicación es uno de los grandes problemas morales de nuestro tiempo”. *Revista de Economia Política das Tecnologias da Informação e Comunicação*, Vol. III, N°2, Mai-Jul, pp. 5:19, Brasil.
- Safar, E. (2014). Una constante en el pensamiento de Antonio Pasquali: el Servicio Público de Radiotelevisión, en Bisbal, M. y Cañizález, A. (ed.), *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A 50 años de “Comunicación y cultura de masas”*, (pp. 47- 57). Caracas, UCAB.
- Saintout, Florencia y Díaz Larrañaga, Nancy. (2003) “Mirada crítica de la comunicación en América Latina: entre el desarrollo, la dominación, la resistencia y la liberación”, en Saintout, F. (ed.) *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico* (pp. 29-48). La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Sánchez Narvarte, Emiliano. (2014a) “Comunicación y política en Antonio Pasquali. Una lectura de Comunicación y cultura de masas en el actual contexto latinoamericano”. *Punto Cero* n° 28, Bolivia, UCAB, pp. 45-52.
- (2014b) “Arrojados hacia lo concreto. Pasquali y Freire en las tramas culturales e intelectuales de los años sesenta”. *Revista Question*, Vol. 1, N° 42: otoño (abril-junio), pp. 1-11. FPYCS - UNLP.
- (2015a) “Comunicación y política en Paulo Freire y Antonio Pasquali”, en Aon, L., Echeverría, M.P y Vestfrid, P. (Comp.) *Aprender a investigar II: horizontes políticos de la investigación en comunicación*. La Plata: UNLP (en prensa).
- (2015b) “La historia de los estudios de comunicación en debate. Algunos problemas, otros abordajes”. *IMPRONTAS de la historia y la comunicación*, N° 1, junio-noviembre, pp. 62-80. FPYCS - UNLP.
- Suasnábar, Claudio. (2004) *Universidad e intelectuales: educación y política en Argentina 1955-1976*. Buenos Aires: Manantial.

Tarcus, Horacio. (2013) *Marx en Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Terán, Oscar. (2012) *Historia de las ideas en la Argentina*. Argentina: Siglo XXI.

Torres, José Fidel y De los Reyes, David. (2009) *Rompecabezas de una obra: Antonio Pasquali y su utopía comunicacional*. Caracas: UCAB.

Velásquez, Ramón. (1979) “Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo”, en Velásquez, R. (Comp.) *Venezuela moderna. Medio siglo de historia 1926-1976* (pp. 413-433). Caracas: Ariel-Seix Barral.

Weinberg, L. (2010). Cuadernos Americanos: la política editorial como política cultural, en Altamirano, C. (Dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ‘ciudad letrada’ en el siglo XX* (pp. 235-259). Buenos Aires: Katz.

Williams, Raymond. (2009 [1977]) *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.

----- (2012 [1980]) *Cultura y Materialismo*. Buenos Aires: La Marca.

----- (2015 [1981]). *Sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.

Zarowsky, Mariano. (2013) *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires: Biblos.

CAPÍTULO VII

Metodologías de la decepción: Estrategias críticas para la investigación en prácticas artísticas contemporáneas y políticas sexuales

NICOLÁS CUELLO

Escenarios de conflictos y de producción deseante de formas inventivas de resistencias sexopolíticas

En el marco de la profunda crisis neoliberal que tomó forma en la realidad de Argentina a finales de la década de 1990¹, se desarrollaron una serie de acciones poético-políticas llevadas adelante por colectivos artísticos, grupos activistas feministas y lesbo-feministas que a través del diseño de formas radicales de imaginación política reconfiguraron nuevas formas de estar junt*s e intentaron torcer el brazo asfixiante de la vulnerabilidad inducida por la especulación capitalista. Este conjunto de prácticas, sobre las que avanzo en mi trabajo como investigador, son entendidas en la sistematización que propongo desde la categoría de *activismos artísticos*, es decir, como producciones y acciones colectivas que recuperan recursos artísticos con la voluntad de tomar posición e incidir de alguna forma en el territorio de lo político (Longoni, 2009).

Para pensar con especificidad estos escenarios de emergencia conflictiva en la que fueron posibles las experiencias sobre las que me propongo reflexionar, retomo las dos coyunturas señaladas por Ana Longoni (2005, 2007, 2009) que contextualizan la apa-

¹ Suele identificarse los embates de la crisis neoliberal argentina en los efectos de vulnerabilidad que produjeron un conjunto de políticas de empobrecimiento, vaciamiento cultural, flexibilización laboral, precariedad de extrema agudeza inducida por el desempleo, consecuencia del vaciamiento industrial producto de las políticas económicas que desmantelaron mediante la privatización la estructura en decadencia de la empresas nacionales.

rición y vitalidad de grupos de activismo artístico en Argentina en la última década, porque en la cartografía que allí se reconstruye se entrelazan diversas condiciones de aparición/posibilidad que darán lugar a la génesis de otras experiencias que pusieron en circulación nuevos modos de cuestionar el presente, a través de estrategias visuales de intervención sexopolítica disidente. El abordaje y las estrategias de interpretación implementadas en el transcurso de mi trabajo han habilitado oportunidades y desafíos críticos para una reflexión metodológica en la que se ha vuelto prioritaria la incorporación y multiplicación de los sentidos movilizados y puestos en jaque por estas formas de visualidades críticas, y la experimentación reflexiva para el diseño de formas diferenciales de producción de conocimiento en el campo de la tradición investigativa de la historia del arte.

Por un lado, la autora identifica uno de los puntos de inflexión en el surgimiento de este tipo de formas de acción política en el año 1996, representado en torno al surgimiento de la agrupación HIJOS y de la actualizada articulación entre colectivos artísticos y el movimiento de derechos humanos donde se diseñaron formas de poner el cuerpo, tomar la calle, y producir política interviniendo el espacio público². La segunda coyuntura que la autora señala como condición para la aparición de nuevas formas de intervención artística y acción directa es la eclosión de la crisis neoliberal del 2001, en cuyo contexto surgieron alianzas entre colectivos artísticos y espacios de organización política horizontal, experiencias de fábricas recuperadas, asambleas barriales, grupos de activismo independiente, vecin*s organizad*s en comedores sociales, movimientos de desocupad*s, movimientos piqueteros, activistas culturales, y partidos políticos de la izquierda tradicional.

Para pensar y profundizar genealogías críticas que pongan

² La genealogía del vínculo entre el movimiento de derechos humanos, y las prácticas colectivas de producción de lenguajes expresivos para el desarrollo de una política de visibilidad e intervención en el espacio público, puede pensarse desbordando las temporalidades aquí citadas. Se consideran como fundamentales un conjunto amplio de experiencias que tuvieron lugar en el transcurso de la década de los '80, principalmente El Siluetazo (Longoni y Bruzzone, 2008), como también la experiencia de grupos de activismo artístico como Gastar /Capataco.

en crisis los presupuestos heterocentrados con los que se vuelve inteligible la aparición de lo político en sus cruces, desbordes, y roces con las experiencias artísticas con las cuales trabajo, se vuelve necesario sumar a las coyunturas mencionadas dos acontecimientos, los cuales aportaron sus complejidades en la génesis y en el accionar de grupos de activismo artístico y que movilizaron sentidos desde una política sexual crítica. Por un lado, la sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario, el 22 de Julio del año 2010, convirtió al país en el primero de toda América Latina en aprobar como derecho constitucional el matrimonio para parejas del mismo sexo. Este acontecimiento reconocía, en la modificación de las reglamentaciones del código civil argentino, una trayectoria activista de larga data que se había iniciado en la década de 1990. Por otro lado, el 24 de Mayo del 2012, la aprobación de la Ley de Identidad de Género marcó un momento de profundo cambio en la historia del activismo LGBT local. Argentina se convirtió en el país con una de las leyes más progresistas en el mundo, impulsada por el Frente Nacional por la Ley de Identidad de Género (una coalición de activistas trans autonom*s de todo el país) que protege, y presenta garantías constitucionales con perspectiva despatologizante para la comunidad de personas trans. Estos dos episodios marcaron el ritmo de las discusiones hacia dentro del movimiento LGBT, despertando fuertes tensiones, por las representaciones que movilizaban algunas estrategias políticas, las dinámicas de poder empleadas por algunas organizaciones, las contradicciones del reconocimiento estatal (estas disputas se dieron en el caso del Matrimonio Igualitario) y abrieron el campo a la circulación de enunciados de fuerte criticidad y transformación cultural, gestando debates y representaciones antes impensadas durante la primera década de los 2000.

El conjunto de prácticas que pueden ser localizadas como emergentes en este último ciclo de acontecimientos involucra una serie de experiencias movilizadas por grupos de activismo artísticos que sacudieron su presente mediante la producción de políticas sexo genéricas que pueden pensarse como experiencias colectivas, y colaborativas en las que a través de las producción

de dispositivos visuales y / o performáticos de activación poética, principalmente se abrieron espacios de experimentación y posibilidad de nuevos modos de subjetivación disidente (Guattari y Rolnik, 2005) que programaron modos de acción para subvertir el orden heteronormado de las existencias posibles en un contexto de crisis (Cuello, 2014). La experiencia de colectivos como Mujeres Públicas, un emergente grupo de activismo visual feminista que agitó el espacio público desde el año 2003 con propuestas que se orientaron a la socialización de herramientas estético políticas para la práctica feminista de acción directa en la Capital Federal de Buenos Aires; el grupo de lesbianas feministas Fugitivas del Desierto que desde la ciudad de Neuquén propuso un programa de intensa producción callejera en las que intervinieron de manera crítica no sólo en las retóricas heterocentradas de la organización social del espacio público mediante la visibilización rábica del deseo lesbiano, sino también produciendo una crítica incisiva en las crecientes narrativas de la institucionalización del discurso activista y la asimilación de las identidades gay y lésbica; el accionar de Serigrafistas Queer, una plataforma de exploración corporal y sexopolítica, que a través del uso de la serigrafía como técnica de producción y de talleres abiertos de socialización de materiales, saberes y consignas, produjo estampas en remeras y otros dispositivos afines con temáticas referentes a políticas sexo-genéricas en contextos de movilización social donde el cuerpo funcionó como soporte y enunciado poético político; y por último Cuerpo Puerco, colectivo artístico de la ciudad de La Plata que se propuso reflexionar acerca de la utilización del cuerpo en la sociedad de consumo cuestionando las nociones de público y privado en relación a las corporalidades y a las representaciones pornográficas.

Es importante considerar la dimensión política que subyace a las acciones que llevaron adelante estos grupos al ocupar el espacio público. Producir en la calle supone desobedecer tanto los aparatos represivos que resguardan el orden, como la arquitectura y la espacialización del poder como tecnologías sexualizadas de producción de subjetividad (Preciado, 2008) que normalizan

y gestionan la visibilidad de algunos cuerpos, mientras que reducen a una opacidad crónica cualquier expresión sexual y de género que no sea la masculina heterosexual.

En la experiencia de estos grupos, que se diferencian y distancian de las lógicas de la representación política tradicional socialista o comunista, desplegando dinámicas de subjetivación y prácticas de expresión deseante que de manera coordinada apuntan a la experimentación de *dispositivos del estar juntos* (Lazzarato, 2006), podemos identificar algunos rasgos comunes en los modos de producción de sus intervenciones: estrategias poético políticas de visibilización de sexualidades disidentes; tácticas creativas de interrupción de los procesos de asimilación y normalización sexual de la diferencia, que ponen en marcha enunciados críticos que se pronuncian en resistencia frente a los discursos liberales de la aceptación, la integración y el aplanamiento de la alteridad; dispositivos deconstructivos de la inteligibilidad normada de los cuerpos; comunidades de resistencia sexoafectiva que se materializan mediante la gestión de espacios horizontales de producción colectiva y de intervención multitudinaria que se disponen como plataformas posibles de experimentación subjetiva e intervención sexopolítica; acciones re apropiables y de código abierto cuyas técnicas de producción son de bajo costo y de fácil acceso para una mayor reproductibilidad; y por último, procesos de identificación y desidentificación en las propias narrativas poético-críticas.

Mercadotecnias de la industria académica y economías coloniales de la otredad

En el tránsito de mi trabajo ha crecido la necesidad de pensar en cómo ingresan estas prácticas a la historia del arte con el cuidado suficiente para no ver reificado su potencial diferenciador en un nuevo capítulo de la historia del activismo artístico de la “diversidad sexual” que neutralice de manera docilizante su alteridad disidente. Esta pregunta entonces, produjo una cercanía

con debates en los que entran en disputa los sentidos que l*s investigador*s multiplicamos y reproducimos en nuestras propias dinámicas y procesos productivos.

Luego de esta introducción extendida sobre las condiciones y las potencias que envuelven estas experiencias en las que concentro mi trabajo, y dando lugar a esta preocupación creciente, es que entiendo se vuelve necesario hacer un llamado crítico a los modos de abordaje de estos objetos de estudio en términos metodológicos. Como vimos, dentro de las numerosas estrategias posibles a ser identificadas en la práctica de estos colectivos encontramos elementos de desautorización simbólica, de inestabilidad identificatoria, y potencias móviles en las formas de producir sentido que nos hablan de estas imágenes y experiencias performáticas como producciones que toman forma desde la interrupción a las normativas de los sentidos establecidos, a la transparencia del significado, multiplicando de manera viral enunciados sexo políticos críticos. En los *modos de hacer* que llevaron adelante estos grupos encontramos desdoblamiento de sus propias voces, en ocasiones nombres ficticiales que les permiten enunciarse desde otras retóricas desautorizando el propio llamado identitario, ausencia de firmas en sus imágenes y en las intervenciones que disponen para ser reapropiadas y multiplicadas, además de una insistencia permanente en la producción multitudinaria de forma interseccional junto a diversos colectivos artísticos, movimientos sociales y grupos activistas. Es por esto que podemos empezar a preguntarnos si las metodologías y los métodos de sistematización, categorización y las formas de recuperación de su relevancia histórica deben quedar intactas en la tradicionalidad formalista de la disciplina de la historia del arte o podrían encuadrarse desde estrategias de trabajo e interpretación que puedan y se propongan reactivar esas potencias movilizadas por la producción de políticas vibrantes en el diseño de visualidades críticas.

Dar cuenta de este conjunto de experiencias, podemos decir, supone involucrarse de forma consciente en una intensa disputa contra la cristalización de experiencias de transformación de la realidad y de reinención deseante a través de la recuperación,

no de la totalidad de sus sentidos o de la recomposición de sus procesos productivos, sino de las preguntas que se vieron movilizadas en sus propuestas, y dejarlas contaminar la propia maquinaria productiva del hacer investigativo, de los procedimientos de abordaje, de las técnicas y estrategias de sistematización de la información, del análisis de obra, y de la manera en la que nos vinculamos con las imágenes l*s investigador*s en nuestro trabajo. Esta podría ser una de las maneras posibles para intervenir en procesos globales de aplanamiento, invisibilización y borramiento de las narrativas críticas y fuertemente cuestionadoras a un presente que insiste en reproducir escenarios de injusticia, explotación, y discriminación. La historia del arte, como disciplina, participa dentro de una trama compleja de tecnologías sexopolíticas y de mecanismos complejos de representación cultural que prolongan la regulación y los efectos normalizantes de la biopolítica moderna en la gestión y administración de los cuerpos para el sostenimiento de un orden mayoritario (Grupo de Investigación Micropolíticas de la desobediencia sexual: 2014, 2015). Entonces, torcer los destinos posibles de estas experiencias supone cuestionar el olvido de los grandes relatos que la historia del arte promueve, discutir con la instrumentalización de sus sentidos por parte de las industrias del conocimiento, reaccionar frente a la mercantilización de su diferencia crítica, y recuperar los modos de hacer que hicieron posibles esos nuevos mundos donde experimentar poéticamente una transformación de nosotr*s mismos para poder devenir otr*s.

Cuando impugnamos con vehemencia los mecanismos de instrumentalización que la maquinaria académica realiza en los procesos de institucionalización disciplinante de estas experiencias, nos referimos a un conjunto complejo de formas de vaciamiento y descontextualización que rápidamente se traducen en una puesta internacional de estas experiencias en las pantallas globales del semiocapitalismo, donde prima la ausencia y el silenciamiento de las críticas sexo políticas que pretendieron movilizar. Estas acciones, podríamos decir, comienzan de alguna manera cuando deja de ser considerado el impacto que suponen las metodologías

de trabajo, las formas de enunciación y los mecanismos de representación e historización en la práctica de teóric*s e historiador*s del arte, al momento de abordar experiencias que intersectan el vínculo potente entre prácticas artísticas y políticas sexuales. El riesgo se visibiliza entonces en el momento en que los modos de hacer de l*s investigador*s no se construyen de manera asociada con la proyección cuidadosa de sí, en un mercado global de signos producidos de manera serializada por instituciones que marcan el ritmo de lo público y que desde la centralidad de su poder diagraman y utilizan estas representaciones para el sostenimiento de un orden mayoritario económico y cultural.

Este mercado cultural del neoliberalismo al que nos referimos es aquel que Nelly Richard caracteriza como una etapa del capitalismo en el que existe un gusto renovado por la otredad, que ha incorporado de forma cada vez más compleja e intrincada, nuevos modos de representación espectacularizante de la energía diferenciadora como puede ser la otredad. Un mercado que produce a través de la fagocitación de categorías, genealogías, descripciones y conceptos, formas de volver cognoscibles experiencias que expanden y recrean estas nuevas “zonas de visibilidad” (Richard, 1994), como focos luminosos sobre nuevos posibles tesoros de “lo otro” a ser explotados. De esta manera es como entiende la autora la participación de disciplinas como la historia del arte en una economía colonialista que, en especial con las producciones latinoamericanas, saca provecho de las imágenes que habilitan el sostenimiento de un sustancialismo latinoamericano, basando su demanda metafísica en la búsqueda de una pureza estereotipante que trata la identidad latinoamericana como un depósito esencialista de valores permanentes y definitivos que garantizan la continuidad de lo propio, del centro. (Richard, 1994) En los modos en que funciona esta economía, nos dice la autora, se implica la gestión violenta de la representación, un acto que está constituido por mecánicas de control, acumulación, confinamiento y ciertos grados de extrañamiento, en el que se establece un ejercicio de poder desigual entre una fuerza legitimada de clara superioridad y otra fuerza objetualizada por su diferencia. En

los modos en los que se hace visible la diferencia es donde cobra vigencia el problema de cómo está enunciado, quién controla los medios de su enunciación, y las tecnologías con las que se vuelve visible una experiencia. Es decir, está implicada una metodología que vuelve accesible lo diferente. Lo que la autora reconoce como una “función centro”, son todas aquellas mecánicas por las que se reproduce este modo de representar lo diferente, no en tanto un espacio de singularización y transformación política a través de una diferencia diferenciadora, sino en cuanto esta alteridad es instrumentada como una imagen inmóvil, enmudecida y comercializable, sosteniendo el orden entre lo Uno y lo Otro.

Tomando en consideración estas características que nos ofrece la autora en relación a cómo son representadas de manera colonialmente precodificadas en el sistema global del arte las imágenes identificadas como arte latinoamericano, podemos pensar que este funcionamiento centrista también se replica de forma contemporánea y cada vez más aceleradamente, frente a un conjunto de representaciones que actualizan la condición de lo otro-abyecto, como pueden ser aquellas imágenes que se vuelven visibles en el cruce posible entre prácticas artísticas y políticas sexuales, y es en esas coordenadas en las que entiendo que hay que ejercitar estrategias críticas de trabajo, metodologías que puedan ser desleales, decepcionantes a esta demanda de transparencia e instrumentalización fagocitante por el teatro multiculturalista de la diferencia.

Estrategias críticas para la investigación en prácticas artísticas contemporáneas y políticas sexuales

I - ¿Puede una metodología ser queer?

Para ingresar en el debate que me interesa representar con estas experiencias, que se enuncian como un desafío y una invitación a un diagrama diferencial de metodologías de trabajo, resultan importantes los aportes de la experiencia investigativa de teóric*s, y activistas queers y feministas que desde distintos

campos de experticias y plataformas de acción han nombrado este debate y esta limitación, proponiendo diversas formas de enfrentar y producir tanto éticas de trabajo como modos afectivos de afrontar políticamente las limitaciones y las encrucijadas que nuestra tarea presenta.

En el campo de las ciencias sociales, existen trabajos como *Queer Methods and Methodologies*, compilado por Kath Browne y Catherine Nash, en el que se ven con claridad la necesidad extendida de un conjunto amplio de investigador*s que han desarrollado estrategias, no siempre congruentes, para poder incorporar en su propia práctica cierta complejidad constitutiva de las experiencias culturales con las que trabajan. La pregunta compartida en este volumen es recurrente e incisiva: ¿Cómo diagramar dentro de nuestros lugares de enunciación aproximaciones epistemológicas que modifiquen materialmente las técnicas de estudios, los procedimientos productivos de información, las matrices de análisis, los indicadores con los cuales nos aproximamos a experiencias que complejizan y perturban los marcos de intelegibilidad sexogenéricos hegemónicos? ¿Cuáles son las implicancias de nuestros objetos de estudio en nuestra propia práctica? En la introducción del libro, las autoras consideran que en el propio proceso de investigación deben considerarse las mecánicas con las que son producidos los datos que luego manejamos, desde los cuales abrimos procesos de interpretación para la construcción y socialización de conocimiento. En las mismas se ven involucradas dinámicas de poder que los propios objetos de estudio, que vuelven posible todo este trabajo, se han propuesto dismantelar. Pero, al mismo tiempo, entienden que estos modos de hacer deben enfrentarse a lo que definen como el “imperativo de la definición” (Browne y Nash, 2010), un efecto sustancial en la movilidad del plusvalor en la maquinaria académica en tiempo de la industria del *paper*. Rediseñar entonces la metodología elegida para la consecución del trabajo implica imbricarse en la incorporación de la contingencia *queer* y saber cómo moverse frente a las fricciones que esta toma de posición despierta ante las demandas de un mercado global de imágenes donde el rigor,

la claridad, y la verdad siguen siendo espacios territorializados como fundamentales para el sostenimiento económico del valor académico. En el trabajo de selección que realizan las autoras, el principio ordenador se explicita y se reúne en torno a experiencias metodológicas que en el diseño de sus propias técnicas posean una misma dirección y se realicen de manera consciente y situada, una aproximación crítica entre condiciones epistemológicas y ontológicas en el trabajo de investigación. El llamado no sería necesariamente a implementar una “metodología *queer*”, como un producto cerrado y codificado a priori, sino una disposición imaginativa a una reinención contextualizada y coherente con condiciones de existencias y programas políticos vivos en los objetos de estudio.

II – Deslealtad / Carroñería

En la introducción de su trabajo *Masculinidad Femenina*, J. Halberstam comenta cuales han sido las condiciones en las que surge la necesidad y el deseo por investigar expresiones de género masculinas no hegemónicas en textos culturales, películas, y diversas representaciones de la cultura popular, y al mismo tiempo, cuando enuncia estas coordenadas, también explicita cierto grado de complejidad en el desarrollo de este trabajo. Con el fin de explorar la mayor cantidad de fuentes y referencias que potencien su análisis sobre formas en las que existen, son preformadas y se despliegan estas masculinidades femeninas, Halberstam lleva adelante no solo una selección que podría rápidamente adjetivarse como arbitraria para ciertas miradas disciplinantes, sino que de manera explícita también diseña formas y mecanismos de interpretación del material que reúne, que apelan a la no correspondencia de su origen epistemológico. Creando así una metodología que no coincide con lo métodos tradicionales de la uni-disciplinarietà, podríamos llamar, utiliza la referencia a las *metodologías queer*, como una forma de trabajo que yuxtapone imágenes, interconecta fuentes extrañas entre sí, flexibiliza campos de saber, pervierte la funcionalidad de categorías y conceptos de análisis en la que se encuentran haciendo sentido fragmentos

de metodologías provenientes de la crítica cultural, el análisis textual, dinámicas propias de la etnografía, de los estudios históricos, del trabajo de archivo y de la producción de taxonomías (Halberstam, 2008). El autor trata de dar cauce al encuentro indómito de lo distinto, dentro de la matriz de producción de formas de interpretación acerca de cómo existen y cómo toman forma en el mundo estas expresiones de género no hegemónicas que le interesan. Reconoce que el desafío está en l*s investigador*s, en las formas en la que es sistematizada y producida la información, en la selección de fuentes, en las preguntas que se realizan en las entrevistas, en cómo ponen a disposición sus trabajos, y en cómo hacen dialogar imágenes entre sí. De la misma manera, menciona la importancia sobre la forma en la que son llevados adelante los procesos de formación del “objeto de estudio”, a la hora de trabajar con sexualidades sexo disidentes y con expresiones de género no hegemónicas. Sus observaciones trabajan en una dirección que hasta el momento venimos sosteniendo, en donde las lógicas de estructuración, funcionamiento y las condiciones del objeto estudiado, se pronuncian en las propias técnicas de trabajo con las que son inteligibles, que en este caso en particular, colaboran con la superación de lo sexopolítico como un tema, para ser un campo múltiple de sentidos de operación crítica.

Una *metodología queer*, sería un modo de poder nombrar una actitud y una disposición. Una manera de identificar a estas *metodologías carroñeras*, que utilizan diferentes métodos para recoger y producir información sobre sujetos que han sido deliberada o accidentalmente excluidos de los estudios tradicionales del comportamiento humano (Halberstam, 2008). Una metodología carroñera trata de combinar métodos que a menudo parecen contradictorios entre sí rechazando la presión académica hacia una coherencia entre disciplinas, volviéndose desleales al llamado obligatorio de la transparencia del mercado académico y de lógicas de poder de lo campos en los que circulan este tipo de representaciones culturales.

III – Rezagamiento / Negatividad

En torno a la potencia de los afectos y las emociones como campos de estudio y plataformas de formación de poder/saber en los procesos de subjetivación, así como en los modos contemporáneos de acción política y en las aproximaciones filosóficas al pasado; recientes debates han incluido una especial atención sobre los modos en que son funcionalizadas las representaciones de las personas LGBT, y cómo se escribe la historia cultural de estas subjetividades. Heather Love, en su libro *Feeling Backward. Loss and the Politics of Queer History*, trabaja especialmente sobre las demandas de estas *historias queer* y nos advierte sobre ciertos movimientos dentro de la práctica investigativa, en la que se ha reemplazado el debate sobre la estabilidad de las categorías sexuales en el análisis de la historia por reflexiones que concentran sus fuerzas en la relación de proximidad que sostienen l*s investigador*s con sus sujetos-objetos de estudio. La pregunta actualmente está originada en la razón afectiva que motiva estos encuentros y estos vínculos entre la temporalidad del presente de quien investiga y ese pasado que abriga aquell*s sujet*s que se pretende estudiar, por esto es interesante recuperar algunas de sus ideas aquí, ya que esta relación implica una fuerte atención a los modos en los que se escribe la historia y en las metodologías de aproximación y/o tacto en el trabajo de investigación.

Desde la perspectiva crítica de la autora, una gran cantidad de estudios contemporáneos están produciendo conocimiento sobre episodios y fragmentos de la historia LGBT pero multiplicando afectos espectacularizantes que, de manera triunfalista e idealizante, dejan representaciones e imágenes de nuestro pasado completamente vaciadas de cualquier grado de complejidad histórico política. Las aproximaciones que se sostienen, mayoritariamente, desde este diálogo movilizadas por afectos positivos o afirmativos, comenta Love, alimentan la reproducción de imágenes “cicatrizadas” de nuestro pasado, promoviendo en el presente sensaciones de rectificación y resolución que no se adecúan con la realidad de las existencias LGBT ni con el deseo de aquellas subjetividades del pasado que no pretendían ni concebían su propio lugar en el

mundo desde la docilidad. Por esto mismo la autora concentra su trabajo en la recuperación de los afectos negativos en el campo de la historia, es decir, conexiones con el pasado desde figuras depresivas, esquivas, perdidas y opacas, que en la vibratilidad de su inestabilidad emocional contagien el propio discurso de la historia, y que puedan, una vez que sean pronunciadas en el presente, reactualizar desde su incomodidad una realidad que continúa siendo opresiva y asfixiante para la trayectoria de muchas subjetividades LGBT.

Esta metodología de trabajo que incorpora las potencias de la negatividad afectiva disputa las territorializaciones que el capitalismo global ha hecho de las retóricas activistas del orgullo gay-lésbico, enmudeciendo cualquier signo que desestructure la incorporación multiculturalista y especulativa de la otredad sexual al lenguaje comercial del capitalismo. De esta manera, está garantizado cierto compromiso ético-político en el que no sería posible la obligatoriedad de lo visible, el aplanamiento de experiencias complejas y la categorización anacrónica de la identidad. Asimismo, permite que la apertura a que el encuentro con los sujetos desviados de la norma sexo genérica pueda, en el flujo del tacto que posibilita el trabajo de la investigación, darnos la espalda, traicionarnos, y practicar un rezagamiento que se resista al consuelo histórico producido por metodologías que reifican la identidad sexual como principio obturador de cualquier contingencia.

IV – Resonancia / Afectación

En nuestra contemporaneidad, términos como el de capitalismo cognitivo o capitalismo cultural son utilizados por un número cada vez mayor de teoric*s que designan esta nueva fase del capital, cuya renovación depende y ha sido garantizada por la mercantilización de las fuerzas creativas de los movimientos contraculturales. Una de las exponentes más importantes en estas formulaciones ha sido Suely Rolnik, que en su texto “Geopolítica del Rufian” explicita una dinámica actual que denomina de “rufianización” donde queda claro de qué modo los procesos de crea-

ción e invención deseante diseñados por diversos movimientos contraculturales de las décadas de 1960-1970, han resultado devorados en sus esfuerzos por diagramar vectores de subjetivación disidente, y se han convertido el nuevo rostro de un capitalismo que agencia la multiplicación del plusvalor mediante la explotación del deseo, los paraísos subjetivos, las identificaciones afectivas y las fuerzas de creación. Por esto mismo, la autora recupera el lugar fundamental de la práctica artística y de todas las formas posibles de agenciamientos poético políticos, en tanto fuerzas posibles de diagramar nuevos mecanismos de resistencia, de actualizar su capacidad de incidir críticamente en la construcción de nuevos mundos. En el contexto actual en el que nos movemos, recuperar estas potencias creativas, propias de una sensibilidad crítica, conectada a los campos de fuerzas que diagraman el flujo permanente de deseo en el que circulamos nuestros cuerpos, implica la activación de una capacidad resonante de nuestra sensibilidad, enmudecida por un capitalismo que produce *zombies* consumistas, enceguecidos por las dinámicas ansiosas del deseo mercantilizado, y creadores que permanentemente producen nuevo escenarios posibles de ser “rufianizados”. La activación de este *cuerpo vibrátil* (Rolnik, 2005), de esta posibilidad de dar lugar en el cuerpo a las energías desafiantes de nuestros encuentros, implica un modo específico de vinculación con el mundo. Es decir, tiene incorporada una metodología de afectación y resonancia que estructura el trazado y el devenir posible de la producción de conocimiento subjetivo, de políticas colectivas, y de mundos más libres.

Para Rolnik entonces, guiar el cuerpo desde esta capacidad vibrátil implica la mutación hacia prácticas y formas de producción de saberes que tienen que ver con la materialización corpórea del movimiento del deseo que devuelve al mundo, una vez producido el impacto: diversas formas de escritura que van señalando una posible cartografía de las intensidades. Una *cartografía sentimental* (Rolnik, 2011), nos dirá la autora, será el trazado de puntos de energía vital en los que se han producido encuentros entre nuestros cuerpos dispuestos a afectarse con el mundo de

los objetos y sus campos de energía, al mismo tiempo que dejarán asentados los momentos donde la experiencia de l*s cartograf*s han abierto umbrales de producción reflexiva para el diseño de una política otra. La tarea de est*s, será entonces dar voz a los movimientos del deseo, y diagramar estrategias para dar cauce a todos aquellos afectos que piden ser paisaje. Así, se vuelve fundamental para esta metodología la potencia de la escucha y la afectación, del registro de las intensidades con las que nos encontramos, la apertura del cuerpo al roce con las experiencias, acontecimientos, imágenes, archivos para devorar esas intensidades y replicar formas críticas de hacer vibrar, otra vez, en el presente, esas energías que pulsan por abrir puntos de singularización subjetiva.

V – Decepción / Desilusión

En un comienzo partimos de considerar el trabajo de colectivos como Mujeres Públicas, Fugitivas del Desierto, Serigrafistas Queer y Cuerpo Puerco, como experiencias productivas de visualidades críticas, es decir, como formas de acción que a través de lenguajes expresivos, diseño de comunidades poéticas, dispositivos visuales, y procedimientos performáticos, intervinieron en el curso de la política sexual mayoritaria introduciendo signos desobedientes para interrumpir las dinámicas de inteligibilidad socio sexual proyectadas sobre los cuerpos por la sexopolítica contemporánea (Preciado, 2008). Luego nos preguntamos sobre los modos en los que es posible llevar adelante este trabajo situando los procesos de interpretación que l*s investigador*s, especialmente historiador*s del arte, instrumentamos mediante la explicitación de ciertas dinámicas de funcionamiento del contexto académico, inscriptas en coordenadas ampliadas de producción capitalista de saberes, y en relación con las lógicas contemporáneas de “rufianización” dentro del campo artístico regulado por una economía colonial y multiculturalista.

La reflexión sobre los modos en los que la historia del arte puede desarrollar metodologías y métodos críticos para el abordaje de experiencias poético políticas de intervención sexopolítica,

implica un esfuerzo que renueve las formas de invención y creación epistemológica dentro de este campo de saber/poder y que puedan desnaturalizar su/nuestra participación en la producción y reproducción de una matriz opresiva de inteligibilidad sexogenérica, en la que la universalización de su silencio ha diagramado como existencias posibles solamente aquellas trayectorias que multiplican la norma hetero cis centrada.

Lo que nos podría ocupar, entonces, es la manera de transformar la práctica metodológica en un vector de subjetivación crítica que habilite el ejercicio y diseño de máquinas de contra-productivización y que implementen estrategias metodológicas críticas de reactivación deseante y desafiante de los sentidos movilizados por las experiencias que pretendemos trabajar. También, formas de trabajo que funcionen de manera resonante como territorios aliados desde los cuales producir formas de acción política derivada del encuentro intempestivo con esas experiencias que afectan el cuerpo de quien investiga, que puedan indicarnos y señalar de qué modos puede ser actualizado el esfuerzo por el desencanto y la desilusión a la demanda compulsiva por la inteligibilidad sexogenérica hegemónica.

Frente a la demandante necesidad de espectacularización instrumentalizante de “lo otro” del mercado editorial académico, que funciona de manera paralela a las estructuraciones y actualizaciones del sistema global del arte contemporáneo; estas estrategias metodológicas del desencanto y la desilusión no pretenden ser una nueva codificación enunciativa de una zona de reserva de criticidad retórica, sino que deberían ser pensadas en la materialidad del trabajo investigativo. Es decir, dejar que verdaderamente afecten los instrumentos de trabajo, desmantelando las posibles violencias epistemológicas de la constitución sujeto-objeto de investigación, las técnicas de recopilación de información, los indicadores e instrumentos de vinculación sujeto-objeto, los procesos analíticos de interpretación, los modos y lugares en los que elegimos transferir públicamente nuestras interpretaciones, las políticas de exhibición de los programas curatoriales que incluyen tanto nuestras interpretaciones como las experiencias

que trabajamos y todas aquellas coordenadas que determinan las condiciones materiales en las que se produce nuestro trabajo. Efectos tales que puedan, incluso, comprometer y señalar los cercos político sexuales que envuelven las trayectorias de la academia en sus inclusiones y exclusiones históricas, compartiendo un campo de acción con las experiencias que nos invitan a formas de rezagamiento des-identificadorio y a otros modos extraños de reticencia que puedan torcer, desviar y claudicar la colaboración / producción acrítica de genealogías activistas que priorizan los discursos liberales del orgullo e historiografías del arte aplanantes que neutralizan la incomodidad problemática de los deseos invocados en estas imágenes.

Bibliografía

Browne, Kath y Nash, Catherine J. (Eds). (2010) *Queer methods and methodologies: Intersecting Queer Theories and Social Science Research*, Farnham: Ashgate Publishing.

Cuello, Nicolás. (2014) “Flujos, roces y derrames del activismo artístico en Argentina (2003-2013): Políticas sexuales y comunidades de Resistencia sexo-afectiva”. Bogotá: *Errata #12*, Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

Grupo de Investigación Micropolíticas de la desobediencia sexual (2014). “Poéticas de la falla, archivos dañados y contraescrituras sexopolíticas de la historia del arte”. Santiago de Chile: Ponencia presentada en el coloquio internacional *De una raza sospechosa: arte/archivo/memoria/sexualidades*.

Grupo de Investigación Micropolíticas de la desobediencia sexual (2015). “Arte y sexopolítica. Contraescrituras del arte político latinoamericano desde el culo del mundo”. Rosario: Ponencia presentada en el seminario *Fe de erratas. Arte y Política*. Museo de Arte y Memoria de Rosario.

Halberstam, Judith. (2008) *Masculinidad Femenina*. Madrid/Barcelona: Egales.

Lazzarato, Maurizio. (2006) “La forma política de la coordinación”. Madrid: *Brumaria*, Nº 7, pp. 341-350.

Longoni, Ana. (2005) “¿Tucumán sigue ardiendo?”. Madrid: *Brumaria*, Nº 5, pp. 229-244.

----- (2007) “Encrucijadas del arte activista en Argentina”. Buenos Aires: *Ramona*, Nº 74, pp. 31-44.

----- (2009) “Activismo artístico en la última década en Argentina: algunas acciones en torno a la segunda desaparición de Jorge Julio López”, en: *Errata # 0*. Bogotá, Colombia.

Love, Heather. (2007) *Feeling Backward: Loss and the Politics of Queer History*. Cambridge and London: Harvard University Press.

Preciado, Beatriz. (2008) *Testo Yonki*. Madrid: Espasa.

Richard, Nelly. (1994) “La puesta en escena internacional del arte latinoamericano: Montaje, representación” en *Visiones Compara-*

tivas: XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte, Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Estéticas - Universidad Nacional Autónoma de México.

Rolnik, Suely. (2005) “Geopolítica del rufian”, en Guattari, Félix y Suely Rolnik, *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Buenos Aires: Tinta Limón.

----- (2011 [2006]) *Cartografía sentimental: transformações contemporâneas do desejo*. Porto Alegre: Sulina / Editora da UFRGS.

CAPÍTULO VIII

Investigar e interpelar(nos). Preguntas y desafíos del trabajo de campo etnográfico**MARÍA SOFÍA BERNAT**

Este trabajo presenta algunas cuestiones que surgieron en relación al trabajo de campo realizado en el transcurso de una beca doctoral. El trabajo de campo se volvió fundamental para pensar y reformular el tema de investigación, en el que sólo un aspecto estaba claro: el referente empírico sería un asentamiento ubicado en Ringuet (La Plata). En dos años la temática fue modificada en varias oportunidades, enfatizando en los actores sociales, en las transformaciones, en las metáforas, sin poder imaginar concretamente qué deseaba hacer.

Transcurridos los primeros cuatrimestres de cursada del Doctorado en Comunicación (FPyCS-UNLP), un docente me sugirió ir al campo para poder definir el llamado objeto de estudio. Comencé a participar en asambleas por la reubicación del barrio junto a vecinos y vecinas, referentes de organizaciones sociales, políticas y abogados/as. En un encuentro con mi directora de tesis, cuando me refería a la beca me marcó que había perdido la politicidad que al principio manifestaba. Sin darme cuenta había dejado de lado los conflictos, los vínculos y sentidos de Estado, de cambio asociado a lo habitacional, la acción colectiva, las redes, los desacuerdos. De tanto teorizar acerca de la comunicación y cambio social -que era el eje de mis lecturas y producciones en ese momento-, me había olvidado en la práctica del *communis*, de la comunidad, de que la comunicación implica hospitalidad, pero también hostilidad. Por eso, al comentarle -casi por casualidad- que intervenía en las reuniones mencionadas, mi tutora destacó que ahí encontraba esos ejes relegados. Su sugerencia fue clave para este proceso.

Hoy puedo decir que se analizan los “conflictos de sentidos, actores y prácticas en la relocalización de un asentamiento de

Ringuelet (La Plata)”. Este barrio está emplazado a la vera del arroyo El Gato, el cual se desbordó durante las inundaciones del 2 de abril de 2013 y, a partir de ello, se puso de relieve un proyecto para reubicar a las familias que viven en los márgenes del mismo. Sostenemos entonces que el trabajo de campo me ha interpelado, me ha permitido enunciar el tema y los objetivos y, además, continuamente genera preguntas vinculadas al barrio, a los actores, al proceso estudiado y a mí en tanto sujeto que investiga.

Etnografía: valorar la mirada del otro/a

En la actualidad, esta investigación se encuentra en la etapa de trabajo de campo etnográfico. Se concibe a la etnografía como un método de investigación cualitativo que estudia e interpreta los modos de vida de comunidades e intenta reconstruir los sentidos que los actores les dan a sus prácticas: “Consiste en descripciones detalladas de situaciones, eventos, personas, interacciones y comportamientos que son observables. Incorpora lo que los participantes dicen, sus experiencias, actitudes, creencias, pensamientos y reflexiones tal como son expresadas por ellos mismos y no como uno los describe” (Murillo y Martínez, 2010: 3). En otras palabras, se busca comprender los procesos sociales a partir de la mirada de los sujetos en un contexto y no sólo desde las categorías propias de los/as investigadores/as.

Entre algunos principios que Guber (2005) menciona hallamos la presencia del/la analista en el campo para recolectar de primera mano los datos; la realización de este trabajo de modo sistemático y prolongado con el fin de conocer las lógicas del grupo a estudiar; el hecho de que quien recoge los datos y quien analiza es la misma persona; el registro de la información en un contexto; la distinción entre la perspectiva del/la investigador/a de la del actor; el empleo de técnicas de observación participante y entrevistas, entre otros.

Esta perspectiva fue desarrollada principalmente por la antropología con una “misión antietnocéntrica” (Guber, 2005: 36), por

lo que, requiere conocer la configuración del marco significativo que los sujetos intervinientes le dan a sus prácticas y nociones, es decir, la llamada perspectiva del actor. Para ello, es importante no ir al territorio con un orden de prioridades establecido de antemano sino que “el investigador ha de detectar el sentido de prácticas y nociones en el seno del haz de relaciones que los sujetos le presentan en el contexto de la vida cotidiana en el campo” (Guber, 2005: 37). Se produce una retroalimentación entre los marcos de referencia y conceptos del/a analista y de los actores:

La perspectiva de los actores es una construcción orientada teóricamente por el investigador, quien busca dar cuenta de la realidad empírica tal como es vivida y experimentada por los actores. Ello no excluye el reconocimiento de la lógica de los actores, sino que hace posible una mirada progresivamente no etnocéntrica. El investigador emplea sus propios marcos de referencia para interpretar, en un principio, qué sucede en el sistema estudiado. Pero los irá modificando gradualmente, en busca de un marco que dé cuenta de la lógica de sus actores (Guber, 2005: 39).

Podemos señalar entonces que tal perspectiva articula nociones, sentidos y prácticas que son parte de las relaciones sociales. Para acceder a ella, es imprescindible la presencia del/la investigador/a en el campo pero no es la única condición. También se precisa “la elaboración teórica y del sentido común que, desde el principio al final, permite apropiarse de la información, transformarla en dato y organizarla en una explicación” (Guber, 2005: 43). Por eso, en la etnografía se contrastan los conceptos propios con los conceptos nativos de modo que se manifiesta la posibilidad de elaborar un sentido de humanidad erigido por diferencias (Peirano, 1995: 15; en Guber, 2005).

Dado que se llevan a cabo observaciones participantes y entrevistas en profundidad para conocer las perspectivas de los/as protagonistas, ahondaremos sobre estos aspectos a continuación.

Observación participante, un modo de involucrarnos con la comunidad

Cuando hablamos de observación participante nos referimos, desde una mirada cualitativa y etnográfica, a una técnica de recolección de datos que se puede constituir en la puerta de ingreso al territorio que se va a indagar. Nos permite conocer a los actores que intervienen en las prácticas abordadas y los escenarios en cuestión. Marrandi, Archenti y Piovani (2007) retoman la idea de Kawulich de que los/as analistas se involucran con la comunidad estudiada por un período para poder comprender, interpretar, sin dejar de lado la actitud observadora. De este modo, se perciben tanto las conductas de los sujetos como también se experimentan emociones, valores, comportamientos, entre otras. El/la investigador/a se incorpora a un colectivo, participa del mismo, está dentro, para emprender una indagación, lo cual es importante explicitarlo desde el principio. Asimismo, se destaca que para Guber (2001: 5) “la observación participante permite recordar, en todo momento, que se participa para observar y que se observa para participar, esto es, que involucramiento e investigación no son opuestos sino partes de un mismo proceso de conocimiento social (Holy 1984)”.

En lo que respecta a la indagación en curso, cabe subrayar que comenzamos a observar y participar en las asambleas en junio de 2014. A su vez, también realizamos observaciones en el taller de cine del barrio que en 2015 trabajó la temática de la relocalización.

La realización de entrevistas

La entrevista es una relación social (Guber, 2005; Marrandi, Archenti y Piovani, 2007). De acuerdo a Marrandi, Archenti y Piovani (2007) en ciencias sociales es un modo de encuentro, una conversación cuyo objetivo es conocer información específica en el marco de una investigación. Al hablar de entrevista en pro-

fundidad, consideramos que se trata de un “proceso comunicativo” (2007: 218), de “una forma especial de conversación entre dos personas (...) dirigida y registrada por el investigador con el propósito de favorecer la producción de un discurso conversacional continuo y con cierta línea argumental por parte del entrevistado” (2007: 216), quien ha interpretado y experimentado la información que proporciona, la cual se vuelve central y es problematizada y narrada. Por lo tanto, lo que está en juego aquí es la subjetividad ya que se busca conocer la perspectiva de los actores, sus representaciones, sentidos, creencias, valores, normas, etc.

La entrevista etnográfica “cabe plenamente en el marco interpretativo de la observación participante, pues su valor no reside en su carácter referencial -informar sobre cómo son las cosas- sino preformativo. La entrevista es una situación cara-a-cara donde se encuentran distintas reflexividades pero, también, donde se produce una nueva reflexividad” (Guber, 2001: 1).

Se trata, como decíamos, de una relación social en la que el/la entrevistado/a construye la realidad que narra. El/la entrevistador/a, por su parte, constituye de antemano el marco interpretativo de las respuestas con el sólo hecho de formular las preguntas, esto quiere decir el contexto -expresado en las temáticas y palabras empleadas, por ejemplo- en el que esos relatos cobrarán significaciones para la indagación. Por lo tanto, es menester que el/la analista pueda reconocer el marco desde el cual interpreta para diferenciarlo del de sus informantes.

La autora indica que en ocasiones los/as investigadores/as mistifican a la entrevista. Se definen roles determinados, los cuales difieren de los que cada persona actúa en su vida cotidiana; de esta manera, se mistifican a los/as investigadores/as, cada enunciado se presenta en tanto reflejo de las cosas y no como una interpretación construida entre ambos/as. Cada discurso es plausible de ser malinterpretado ya que el contexto en el que se relata es el de la entrevista y no de la situación descripta (Guber, 2001).

Guber señala que una forma de conocer las competencias comunicativas de los sujetos es a través de la entrevista no direc-

tiva. En los inicios de la antropología era un requisito porque se ignoraban otras lenguas,

pero al aplicar la mirada etnográfica sobre la propia sociedad, ese proceso pareció diluirse. Para reconocer la distancia entre su reflexividad y la de sus informantes el investigador necesitó ubicarse en una posición de desconocimiento y duda sistemática acerca de sus certezas. La no directividad entonces se fue sistematizando incluso donde la diferencia cultural no era tan evidente (Guber, 2001: 3).

Aquí también se necesita estudiar la presencia del/la analista y los contextos. Por eso, la reflexividad es central para vislumbrar los marcos desde los cuales se interpreta. La no directividad parte de suponer que lo afectivo es más significativo que el comportamiento intelectualizado (Guy Mitchelat en Guber, 2001).

En la entrevista etnográfica se precisa ser flexible ya que hay que repensar los interrogantes y comprender los contextos en los que toman sentido las respuestas. Por eso, puede afirmarse que “la entrevista etnográfica sirve fundamentalmente para descubrir preguntas, es decir, para construir los marcos de referencia de los actores a partir de la verbalización asociada más o menos libremente en el flujo de la vida cotidiana” (Guber, 2001: 6).

Para seleccionar a nuestros entrevistados/as, partimos de pensar que los/as vecinos/as de un asentamiento de Ringuélet son los protagonistas del proceso de relocalización porque propician la realización y toman parte en las asambleas y son quienes en la actualidad residen o se espera que se muden al nuevo barrio. Esto no excluye a otros actores que también queremos entrevistar -militantes, voluntarios/as, autoridades municipales, provinciales, nacionales, referentes locales, etc.- pero estimamos que es un buen punto de partida para la propia investigación.

Las variables a la hora de llevar a cabo las entrevistas a los/as vecinos/as se relacionan con sus historias en el barrio, con las trayectorias recorridas y con su participación o no en las asambleas actuales u otro tipo de organizaciones. Además, se tiene

en cuenta el territorio en el que viven, la zona en el interior del asentamiento, ya que ello incide en la configuración de sus intervenciones en el proceso de relocalización debido a que éste toma diversas formas en los distintos sectores del lugar. Quisiéramos aclarar que no entendemos que el espacio determine lo social, la participación, pero sí que se retroalimentan, que existe un diálogo y por eso lo subrayamos.

Los ejes propuestos han sido los siguientes: vida cotidiana en el barrio, historia en el mismo, conocimientos y participación en organizaciones intervinientes en el territorio, la problemática de las inundaciones (se toma el 2 de abril de 2013 como punto de partida para recuperar las experiencias y pensar otros hechos que han afectado a Ringuelet), el proyecto de relocalización y las transformaciones sociales que han ocurrido o no en este espacio.

Sentir la diversidad

“Se hizo como demasiado hincapié en blanco,
rubio, extranjero (...) Aviso por si sirve”

Los rubios, Albertina Carri

Guber (2005) sostiene que en sus inicios la antropología se dedicó a investigar a los pueblos primitivos en tanto supervivientes del pasado. Entre las dos contiendas mundiales, mantuvo su referente empírico no obstante se lo analizaba como diversidad cultural. Luego de la Segunda Guerra Mundial, seguía estudiando la diversidad pero en el interior de las sociedades capitalistas e incluso en aquellos países que habían sido colonias.

La historia de la etnografía, de acuerdo a Guber (2001), suele asociarse al estudio de culturas exóticas. Se observaba a las culturas “lejanas”, “primitivas” y “salvajes” y se describía a pueblos analfabetos, indica la autora retomando a otros pensadores. En sus orígenes, la antropología describía a numerosas sociedades que eran colonias británicas, francesas o estaban subordinadas a Estados Unidos. En esa línea, plantea Wolf:

Lo cierto es que ni europeos ni norteamericanos habrían encontrado jamás a estos supuestos porteadores de un pasado prístino, si no se hubieran encontrado unos a otros, de un modo sangriento, cuando Europa extendió el brazo para apoderarse de los recursos y poblaciones de otros continentes. De ahí que se haya dicho, y con razón, que la antropología es hija del imperialismo. (Wolf, 1987: 33)

En aquellos estudios, se dejaba de lado la relación entre el mundo de quien investigaba y el de quienes eran indagados, de modo que se exhibían sociedades aisladas y homogéneas. Entonces, puede afirmarse que “la deshistorización propia de estos enfoques presenta la diversidad como algo dado, eterno y unívoco en su significación histórica y social” (Guber, 2005: 27). Por el contrario, hoy pensamos que la diversidad no existe en sí misma sino que la construye el/la analista desde sus conceptos, al desentrañarse de sus parámetros, y para sus objetivos de investigación. Así, el trabajo de campo desde esta perspectiva: “Se presenta como una instancia de diálogo entre dos o más reflexividades -la del investigador y de su/s interlocutor/es-. Siendo que los actores sociales en interacción tienen capacidad de llevar a cabo su comportamiento según expectativas, motivos y propósitos, como sujetos activos (con agencia)” (Díaz Ledesma y Morales, 2013: 16).

En una oportunidad, un profesor que utiliza esta metodología deslizó una crítica indicando que la etnografía, por sus inicios, es colonialismo: se trata del punto de vista del colonizador, de la preeminencia y no es una práctica recíproca, sino que hay dominación de unos/as sobre otros/as.

Ese cuestionamiento, reconociendo que se hace etnografía pero viendo también su sentido político por lo menos en los comienzos de su uso, me retrotrajo a una experiencia vivida en el barrio. Durante una observación, participé en el cumpleaños de una niña de dos años. Cuando estábamos en la celebración, su mamá Isabel¹ se acercó y me contó que unas mujeres preguntaban quién era yo: “Es mi prima norteamericana”, fue su respuesta envuelta en risas. Esa expresión me ubicó en las antípodas de las vecinas:

¹ Utilizaremos seudónimos para asegurar el anonimato de los/as entrevistados/as.

ellas paraguayas, yo estadounidense. Todas extranjeras, con la diferencia de que muchas veces hay cierta admiración (o rechazo total, pero no fue el caso) hacia el estilo de vida del país del norte. Entonces, con esa contestación se dejó en claro quién era del barrio y quién no. Posiblemente, eso también podamos pre-sentirlo, pre-juzgarlo porque, después de aquella frase, no puedo evitar pensar que las diferentes culturas, modos de vida, condiciones económicas, contextuales, entre otras, se inscriben en nuestros cuerpos y, en un instante, soy parienta -lo cual indica cercanía, familiaridad- pero *yankee*, lo cual me excluye de ese territorio.

Conversando sobre este tema con una colega, me muestra que expongo un prejuicio: asumo que ellas son las extranjeras pero es probable que esa sea mi mirada. Y caigo en la cuenta de que, en ese grupo, la única foránea soy yo. No se perciben como inmigrantes excepto en situaciones en las que pueden articular con otros actores y lo rechazan excusándose en tal motivo. Ellas forman parte de la comunidad, es su barrio. Yo no pertenezco al lugar -no quiero hacerlo- ni a ese grupo. Yo soy la extranjera.

Ser la prima norteamericana me hacía sentir colonizadora: esa otra que llega al barrio, que los/as invade y que encima los/as está estudiando. Claro, la etnografía es colonialismo. Pero a esa lectura inmediatamente tengo que agregarle otra mirada: si soy la parienta extranjera, me vuelvo lo otro, la otra. ¿O acaso esta vecina se ubica a ella misma en el lugar del otro/a, del otro como otredad inferior? ¿Qué “tipo” de otro/a soy? ¿Es imposible pensarnos en paridad? ¿Cómo construyo a mi referente empírico? Reconozco que no lo hago desde la lástima ni la caridad, aunque en ocasiones el dolor es muy fuerte ante injusticias referidas, en este caso, al acceso justo al hábitat. Lo que se observa de forma clara en esta situación es que los modos de nombrar señalan la alteridad.

Continúo charlando con mi compañera, quien me propone que mire “Los rubios”. A veces buscamos en textos académicos respuestas que no necesariamente se encuentren allí, pero que sí emergen en las producciones artísticas. Hace seis años que conozco este barrio. Nunca, en ningún momento, me pregunté

por mis rasgos europeos: fundamentalmente, por mi color de piel y cabello. Ni en Ringuelet ni en otro lugar. Los doy por hecho como modo de ignorarlos. Pero Isabel, con su alegre respuesta, los puso frente a mí, obligándome a sentir la diversidad. Como en la película, “un punto blanco que se movía y era muy evidente que no éramos de ahí, que éramos extranjeros en ese lugar”.

Siguiendo a Elizalde (2005: 249) podemos sostener que “ser definida como ‘rubia’ implicaba, como mínimo, convertirme en foco de escrutinio por mi condición de foránea, externa a la villa, visitante. Pero también en “signo estereotipado de cierto canon de belleza femenina ‘excepcional’ en el barrio”. Entonces, quizás como parte del extrañamiento de la analista, tengo que reconocer nuestras diferencias, hacerme cargo de que soy rubia y blanca en una sociedad en la que el insulto, sobre todo hacia los sectores populares, pasa por descalificar con un “negro de mierda” ahora, “cabecita negra” en otras épocas y/o lugares, como modo de señalar y juzgar a los/as otros/as en tanto “pobres en recursos y cultura” y diferentes de los “argentinos tipo”, clase media, blancos, civilizados (Briones, 2008: 27); soy rubia en un contexto en el que la publicidad nos ha vendido históricamente que lo blanco es puro, bello y limpio: todas construcciones de sentido hegemónicas que siguen imperando en nuestra cultura occidental, aunque las rechacemos.

Retomando a Ratier, Ferraudi Curto explica que villero y cabecita negra -a lo que podríamos sumar la conversión del adjetivo negro en sustantivo y su uso de manera despectiva- son “motes” empleados en distintas épocas para nombrar a sujetos que poseen características sociológicas similares:

Si ambos registran las huellas de las migraciones internas, entre ellos media la diferente “posición respecto al poder”, un proceso de “marginación” vinculado a la caída de Perón. Mientras cabecita negra es el insulto que busca conjurar el acercamiento entre clases en términos raciales, villero prevalece cuando la amenaza desaparece y el ‘pobre’ emerge como objeto de estudio e intervención (Ferraudi Curto, 2008: 221).

Empero de que no son los/as únicos/as, los/as extranjeros/as de países limítrofes “tienden a asumir muchos de los atributos estigmatizados con que se define a ‘cabecitas’ y ‘villeros’” (Briones, 2008: 29). Es decir que, de acuerdo a la autora, se racializa a la subalternidad. Entendemos que “el oscurecimiento parcial de una condición genérica de subalternidad epitomizada en los ‘cabecitas negra’ ha permitido recrear y explicar la estructuración de clase, sin poner en entredicho ni el presupuesto de la blanquitud como atributo de toda una nación” (Briones, 2008: 27). Asimismo, cabe destacar que:

Si la versión dominante del ‘crisol de razas’ a la argentina predica que ‘los peruanos vinieron de los incas; los mejicanos, de los aztecas; y los argentinos, de los barcos’, las implicancias de semejante aseveración inscriben al menos un doble juego. A la par de trazar distancias nítidas respecto de ciertos *otros externos* (los ‘aindiados hermanos’ de ciertos países latinoamericanos) en base a un ideario de nación homogéneamente blanca y europea, se secuestra y silencia internamente la existencia de otro tipo de alteridades (Briones, 2008: 20-21).

Sin embargo, a pesar de que el proyecto de país del siglo XIX residía en construir una Argentina civilizada y blanca observamos que, aunque tiene un peso simbólico altísimo, tal objetivo no fue cumplido: por un lado, porque a quienes se construyó como un/a otro/a indeseable perduran en territorio nacional -“las voces antiguas, porfiadamente vivas” de las que hablaba Eduardo Galeano (2007: 120)- y por el otro porque, como nos muestra el comentario de Isabel, en cuantiosos territorios los rasgos blancos continúan siendo asociados a la idea de extranjería: el/la blanco/a es el de afuera.

Asimismo esta conversación obligó a agudizar una mirada abierta y atenta con el fin de percibir los lugares simbólicos en que los/as vecinos/as me ubican en tanto analista y cómo estoy

siendo concebida en términos culturales por estos actores; a su vez, se requiere una mirada crítica para poder realizar una lectura contextualizada y distanciada de sus discursos y prácticas (María Rosa Neufeld, 1999 en Elizalde, 2005: 249).

Por eso, es primordial asumir tales ideas/prejuicios. Sin embargo, como no los comparto, me cuesta el doble entender por qué soy la prima norteamericana y no la chica de la asamblea. Como afirman Díaz Ledesma y Morales (2013: 16-17), la etnografía implica un proceso de interacción, reciprocidad y diferenciación entre distintas reflexividades y “en este sentido, la diversidad desafía el propio sistema de clasificación, significación y comprensión del investigador, produciendo su perplejidad y extrañamiento”. Acaso sea ahora el momento de empezar a “asumirse, reconocerse, hacerse cargo de esa marca subjetiva de la memoria” (Aon, 2014: 8). Y, admitiéndola, trabajar para que las diferencias y las fronteras simbólicas que emergen en el lenguaje no legitimen, profundicen o se conviertan en desigualdades (Reguillo, 2007; Elizalde, 2005).

El pobre es el otro

Haciendo una primera lectura de las entrevistas, encontramos varios fragmentos que dan cuenta de una mirada común en estos actores, que podríamos sintetizar en la idea de que *el pobre es el otro*. Algo así como: ya vivimos en buenas condiciones, hay personas que están peor, la casa no nos modifica sustancialmente. Es importante seguir indagando para entender si se dice en un sentido de solidaridad o de caridad: se prioriza mejorar la calidad de vida de quienes tienen pocos recursos materiales o se pone el foco en que lo que define a esos otros y otras es la carencia. Esta actitud nos interpela ya que, siguiendo a López (2013), por lo general es la llamada clase media quien tiene mayor pudor para pedir, para ubicarse como sujeto que requiere del auxilio de los demás.

Una idea que aflora en algunos entrevistados/as es relacionar la pobreza con la suciedad:

Lourdes: *no es la misma calidad de vida la que tenemos nosotros que la que tienen ellos.*

-¿Ellos, quiénes?

Lourdes: *los que viven atrás de las vías.*

Isabel: *porque nosotros nos dio una pena que después que se mudaron esas diez familias fuimos nosotros a chusmear. Pero ellos no tenían piso ni nada, era tierra.*

Ramón: *nunca tuvieron un piso...*

Isabel: *Así, lindo.*

Ramón: *como de limpio. Nunca tuvieron una casa limpia ahí te digo todo.*

Isabel: *lo único que yo sé ahora de ellos es que todos los que se mudaron lo tienen re arregladito, re limpio. Porque es otra vida que tienen.*

Lourdes: *igual la gente que fue allá no es la misma que se quedó acá, son como los más mejores.*

Isabel: *¿los primeros que fueron?*

Lourdes: *como los más ordenados, los más limpios, se preocupan.*

Isabel: *y después los otros que están en el medio no sé qué va a pasar después.*

Ramón: *no, porque son difíciles.*

Isabel: *son difíciles. A ellos les gusta estar así.*

Lourdes: *ellos trabajaban de otra cosa, no solamente del carro.*

Isabel: *porque el señor ese que usted me dice trabaja de lustrador de muebles, creo.*

Aquí aparece la representación de que pobre es el/la que trabaja cartoneando. Tener un oficio excluye de esa categoría, según pudo apreciarse en el relato anterior.

Para retomar los vínculos entre pobreza y suciedad, mencionaremos a la antropóloga Mary Douglas quien entiende que todas las personas consideramos a este último concepto como ofensivo y que queda definido de acuerdo a las clasificaciones que utilicemos. Al igual que en el último fragmento de entrevista citado, la autora manifiesta que existe una asociación entre suciedad y desorden: “La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe sólo en el

ojo del espectador. Evitamos la suciedad, no por un terror pusilánime y menos aún por espanto o terror religioso (...) La suciedad atenta contra el orden. Su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno” (Douglas, 2007: 20).

Siguiendo a Douglas, Larrea (2014) plantea que en la sociedad europea, de la cual los países latinoamericanos hemos recibido una gran influencia a partir de la colonia, se soslaya la suciedad no sólo para cuidarse de las enfermedades sino en tanto actividad que organiza el entorno. Entonces, la limpieza y la higiene son modos de ordenarlo y, en las entrevistas, vemos que aparece esa necesidad de parte de quienes no han sido relocalizados/as al observar los modos de vida de otros/as vecinos/as. De esta manera, notamos que hay una asociación entre vivir sin pisos, en la tierra, con una supuesta falta de preocupación por el orden y la pureza, como producto de una decisión: “Son difíciles. A ellos les gusta estar así”. Y a los vecinos/as que construyen estas críticas no.

Por otro lado, Douglas parte de que para nuestra cultura la suciedad tiene que ver con cuestiones de higiene o de estética –y no de religión-, tal como sugieren las entrevistas al hacer hincapié en la suciedad en tanto falta de pulcritud que determina todos los demás aspectos de la vida de estos sujetos: “Nunca tuvieron una casa limpia ahí te digo todo”, asevera Ramón. Así surge la pregunta por ese todo: ¿qué implica que la casa no esté limpia? ¿Qué representa para estos/as vecinos/as que las viviendas estuvieran, desde sus percepciones, sucias, sin pisos, desordenadas? Recuperamos la idea de percepción ya que conlleva una construcción en la que se toman algunos modelos y se desechan otros: “Los ejemplos más aceptados son aquellos que se ajustan más fácilmente dentro de las configuraciones que se está construyendo. Los ambiguos tienden a ser tratados como si armonizaran con el resto de la configuración. Los discordantes tienden por el contrario a ser rechazados” (Douglas, 2007: 54). La suciedad es, en este caso, un claro ejemplo de impugnación.

Como decíamos al principio de este apartado, en los discursos anteriores emerge la idea de que ya se vive bien entonces los cambios que puede generar una casa nueva no serían llamativos para

ellos/as sino para otros/as vecinos/as: “Yo lo tenía allá, no voy a decir que no lo tenía, pero esto está mucho más prolijo”(Horacio, reside en una vivienda provisoria).

-¿Ustedes qué piensan de que el Estado construya estas viviendas?

Isabel: *me parece muy bien porque hay gente de verdad que lo necesita.*

Ramón: *yo le diría que dé a los más necesitados porque acá por ejemplo en esta cuadra o en esto coso, donde estamos todos nosotros, casi la mayoría no necesita.*

-¿Y les cambió la vida a ellos? Ellos están en la provisoria.

Isabel: *que tienen agua caliente, dicen, el inodoro, dice, es re lindo.*

Ramón: *ellos le cambiaron la vida, cuando entraron ahí, les cambiaron la vida. Uno por ejemplo me dijo, antes que se mude me dijo: “Ramón yo, te digo la verdad, esa casa a mí me sirve”. “¿Y por qué?”, le digo, “porque en la condición en la que yo vivo ahí, no me encuentro ahí”.*

Lourdes: *para poder trabajar y comprarse las cosas que necesite. Porque ahí no podía preocuparse por otras cosas que tener una casa, porque ya la tiene.*

Ramón: *imposible, dice.*

Ramón: *Y bueno, viviendo en una casa de material, te cambia todo. Teniendo todas las comodidades. Igual tenemos las comodidades.*

Isabel: *igual nosotros tenemos las comodidades.*

Como se observa, Ramón destaca la casa de material, pero inmediatamente señala que él ya vive bien. Asimismo, aparece la idea de que trabajando uno de los entrevistados/as puede acceder a esta vivienda, pero los/as otros/as vecinos/as probablemente no:

“Tenía mi casita modesta, pero en esta estructura así en esas condiciones lo iba a lograr con mucho tiempo, muchos años de trabajo. Y hay otra gente que no lo iba a lograr” (Horacio).

“Saqué parte del techo y lo demás lo tuve que dar a otra gente que no tenía nada, que vive por allá. Entonces lo llamé y les dije si necesitaban paredes, madera. Había gente que no tiene nada y que no le toca esta casa. Entonces fui a ver y les dije: ‘Miren, todo lo que puedan sacar, saquen’. Y había tirantes buenos, pero yo para qué los iba a traer si yo ya tenía una casa. Y hay gente que no tiene” (Horacio).

En el único relato en el que se advierte la idea de precariedad es en el de Ana, al dialogar con un funcionario que quería que se mude a las provisorias:

“Y bueno, ¿cómo vas a ir a un container? Está bien que uno viva precariamente pero era una falta de respeto que alguien te venga y te diga: ‘tenés que ir a...’. Yo le manifesté [a un referente del Instituto de la Vivienda bonaerense] así también cuando vino acá: ‘Está bien que uno viva precariamente pero tampoco era justo’” (Ana).

A partir de los testimonios anteriores, surge la pregunta: ¿qué sentidos existen de pobreza y de cuáles parto teniendo en cuenta que admito mis prejuicios? Ya no estamos pensando en la crisis argentina de 2001, donde el acceso al alimento, por ejemplo, no estaba garantizado. Creemos que a través de la Asignación Universal por Hijo, de programas de cooperativas como “Ellas Hacen”, de los comedores que funcionan en escuelas e iglesias, del trabajo que realizan organizaciones sociales y políticas, un plato de comida es accesible a (casi) todos/as². ¿Pobre es quien no tiene casa? Tampoco. Gran parte de la llamada clase media carece de alojamiento propio –más allá de que el Pro.Cre.Ar. amplió notablemente su acceso- y no la percibimos como pobre.

² Destacamos que el presente artículo fue escrito antes de la asunción de Mauricio Macri, ya que se observa que luego de este acontecimiento se han aplicado políticas públicas en detrimento de los sectores populares y que atentan contra la vida cotidiana de las mayorías: tarifazos, ajustes, falta de presupuestos en las instituciones públicas. De esta manera, la afirmación de que el plato de comida es accesible a casi todos/as puede ser puesta en duda.

¿Pobre es quien vive en un asentamiento popular con o sin casa de material? Observamos que de ahí partimos: la vulneración de un derecho como puerta que vulnera otros derechos. Habitar en viviendas de cartón, de chapa, sin servicios básicos garantizados por el Estado, vivir con riesgo hídrico, vivir sabiendo que en ocasiones no entra ni la ambulancia, ni la policía, ni los bomberos y, mucho menos imprescindible, un taxi. Vivir en tierras fiscales o privadas, con la posibilidad latente de desalojo, vivir sin dirección como impedimento para tener un trabajo en blanco, más allá de las dificultades que siempre se tienen para su acceso.

No obstante, creemos que no es acertada tal mirada ya que suele asociarse a la pobreza con los asentamientos, excluyendo que puede haber pobreza sin asentamientos y viceversa; a su vez, dejar de habitar en estos barrios no garantiza una mejora en la calidad de vida. Por otra parte, también existen situaciones en las que las elites de una urbe no tienen la propiedad del suelo, residen en asentamientos bajo la forma de barrios cerrados o countires. Como vemos, seguimos sin poder definir sentidos de pobreza.

Frente a tales ideas es importante aclarar que rechazamos que esta problemática se resuelva únicamente con la regularización o el acceso a una vivienda, sino que es necesario que haya también intervenciones colectivas, sistemáticas, sostenidas en el tiempo, en las que prime el diálogo junto al cumplimiento de otros derechos. En síntesis, no concebimos que un título de propiedad de suelo y de la casa sea la única solución.

A partir de los relatos, se vuelve necesario deconstruir la mirada que cargamos en esta instancia para pensar la pobreza con el objetivo de poder construir otras ideas o al menos tener en claro desde dónde estamos reflexionando. Entonces, es imprescindible problematizar este punto de vista con otros, lo cual nos obliga a profundizar con próximas lecturas sobre este aspecto. Sin embargo, a partir de los relatos de los vecinos/as podemos considerar que, en relación con sus pares, el pobre siempre es el/la otro/a.

A modo de cierre

Comenzar el trabajo de campo ha sido muy valioso para este proceso de aprendizaje. Hacemos hincapié en él porque se trata del referente empírico de una indagación, es un recorte consecuente del lazo entre informantes y analista. Fundamentalmente, nos ha formulado cuantiosas preguntas que obligan a repensar el rol del/a investigador/a en el territorio y, además, interpela el cuestionamiento de ciertas categorías que habían sido omitidas o pasadas por alto. Esto se debe a que “concebimos el conocimiento reflexivamente, lo que significa incorporar al investigador al campo de análisis y poner en cuestión su mundo académico, cultural y social, que es su condicionamiento, a la vez que su posibilidad de conceptualizar la objetividad social” (Guber, 2005: 43) Así, algunos interrogantes han sido los siguientes: ¿Qué entendemos por pobreza? ¿Cómo vemos a los vecinos/as? ¿Cómo me ven a mí? ¿Cómo se concibe al Estado? ¿Cómo se organizan los actores protagonistas de este proceso? ¿Qué tipo de lazos se establecen: solidaridad, caridad? ¿Qué transformaciones se perciben? ¿Qué sentidos se construyen en torno a la vivienda? ¿Se trabaja de manera colectiva? ¿Qué importancia o no se le otorga a ello? ¿Cómo ha sido la militancia en este barrio?

Cuando hablamos de reflexividad, lo hacemos siguiendo a Guber (2005) desde dos enfoques: por un lado, resaltando la pertenencia de los sujetos a una cultura y sociedad –sea el/la investigador/a o los/as informantes-, lo cual será tenido en cuenta para reconstruir la perspectiva del actor y, por el otro, con una mirada que indaga en la relación de ambos/as. Además, “la reflexividad en el trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente -sentido común, teoría, modelo explicativo de conexiones tendenciales- y la de los actores o sujetos/objetos de investigación” (Guber, 2005: 50).

La autora plantea que no siempre se ha tenido en cuenta la reflexividad del/de la analista. Sin embargo, nos parece central porque al vincularse con los actores a los que estudia, se cobran nuevos sentidos al conocer otros marcos de significación y referencia. Creemos que en cada entrevista y observación se

produce tal contraste obligándonos a reconocer los prejuicios e ideas preconcebidas, lo que es primordial si se busca generar saberes no etnocéntricos y colectivos. Se prueban los modos de acción y pensamiento y las nociones teóricas de las que partimos. Por otra parte, es fundamental en el proceso de producción de conocimientos ya que, como hemos visto, las anécdotas y situaciones vividas pueden motivar interpretaciones críticas. La construcción teórica y la adquisición de información no tienen por qué separarse, sino que se pueden dar de manera conjunta, de ahí la relevancia otorgada al trabajo de campo como instancia sumamente reflexiva. En un proceso creativo -y que puede ser contingente- como el investigativo, valoramos los aprendizajes que se producen al conocer e interpretar los puntos de vista de los distintos sujetos sociales.

Por último, no queremos terminar estas líneas sin manifestar que consideramos que hoy -a diferencia de la dominación de otros tiempos, de la que ya hemos hablado- hay un sentido solidario en llevar a cabo una investigación etnográfica, debido a que nos interesa conocer e incluir las perspectivas de otros/as para entender procesos que tengan como horizonte fortalecer la participación popular e inclusiva en nuestras democracias.

Bibliografía

- Aon, Luciana. (2013) “Fabular la memoria entre lo visible/decible y lo posible: *Los rubios* y la ficción-documental”. Trabajo final del Seminario: *Del reparto de lo sensible. Elementos estéticos y políticos para una arqueología del presente*, a cargo del Dr. Adrián Cangi. Doctorado en Comunicación (FPyCS-UNLP). Mimeo.
- Briones, Cristina. (2008) *Cartografías argentinas: políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Díaz Ledesma, Lucas y Morales, Orlando Gabriel. (2013) *Identidades e interculturalidad en etnografías reflexivas*. La Plata: IICom/EPC – Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP).
- Douglas, Mary. (2007) *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Elizalde, Silvia. (2005) *La otra mitad. Retóricas de la “peligrosidad” juvenil. Un análisis desde el género*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Inédita.
- Ferraudi Curto, Cecilia. (2008) “Inmigrantes en nuestra propia patria”. Buenos Aires: *Apuntes de Investigación del CECYP* N° 13.
- Galeano, Eduardo. (2007) *El libro de los abrazos*. Buenos Aires: Catálogos.
- Guber, Rosana. (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma. Capítulos 3 y 4.
- (2005) *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Larrea, Cristina. (2014) *Mary Douglas. La mirada antropológica de una católica*. Barcelona: UOC.
- López, Matías David. (2013) “Acciones y estrategias en lo público. Algunas reflexiones sobre (y en) la catástrofe”. *Question. Incidente I*. FPyCS (UNLP). Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1853> Consultado en agosto de 2015.

Marradi, Alberto; Archenti, Nélica y Piovani Juan Ignacio. (2007) *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emecé.

Murillo, Javier y Martínez, Chyntia. (2010) *Investigación etnográfica. Métodos de Investigación Educativa en Ed. Especial*. Disponible en: http://www.uam.es/personal_pdi/stmaria/jmurillo/InvestigacionEE/Presentaciones/Curso_10/I_Etnografica_Trabajo.pdf Consultado en agosto de 2015.

Película *Los rubios* de Albertina Carri. Consultada en agosto de 2015. Disponible en: <http://www.cinemargentino.com/films/914988608-los-rubios>

Reguillo, Rossana. (2007 [2000]) *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.

Wolf, Eric R. (1987 [1982]). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

CAPÍTULO IX

Conflicto por el uso de agroquímicos en el partido de Pergamino: un debate para repensar el vínculo naturaleza-sociedad

DIANA VICTORIA GONZÁLEZ

Introducción

El punto de partida de la reflexión de este capítulo se encuentra en algunas situaciones y discusiones observadas durante el trabajo de campo correspondiente a un proyecto de Beca Doctoral en relación al conflicto ambiental vinculado al modelo agropecuario en el norte de la provincia de Buenos Aires¹.

Hasta ahora me he dedicado a relevar las percepciones acerca de las fumigaciones con agroquímicos que se realizan en los cultivos de la zona con el fin de combatir plagas, enfermedades y malezas. En el caso del partido de Pergamino, donde comencé mi trabajo de campo, encontré en los pobladores posturas bien diferenciadas en relación a los siguientes temas:

- el riesgo que los agroquímicos representan para la salud humana y el ambiente
- la necesidad de tomar medidas precautorias
- la reglamentación de dichas medidas

Estos debates, que se han expresado claramente durante la discusión legislativa sobre la aprobación de una Ordenanza Municipal que limite dichas fumigaciones en proximidades de áreas pobladas, son de vital interés para pensar cómo se configura el conflicto ambiental en este territorio.

Debo aclarar que cuando me refiero a lo ambiental hago alusión a la relación que se establece entre la sociedad y la naturaleza; a lo que cada grupo humano hace con su entorno natural y el

¹ “Conflicto ambiental vinculado al modelo agropecuario en el norte de la provincia de Buenos Aires: una mirada interdisciplinaria”. Dirigido por Liliana E. Tamagno y co-dirigido por Norma E. Sánchez

modo en que estas conductas impactan en las condiciones de vida de las personas (Brailovsky, 2006). Los problemas ambientales de cada sociedad se establecen a partir de la manera particular y dinámica en que “los actores sociales se vinculan con su entorno para construir su hábitat, generar su proceso productivo y reproductivo” (Merlinsky, 2013:21). De esta manera, se entiende que no existen fenómenos que puedan ser considerados “a priori” como problemas ambientales, ya que ellos son construcciones sociales en las que están involucrados diversos actores con distintos intereses. Según Skill, “para ser considerado como un problema ambiental, un grupo o un individuo debe poner su atención en él, o comunicarlo como un problema para la salud humana, o como un cambio en el medio ambiente” (Skill, 2008:80).

A partir de estas definiciones centré el foco de atención en la relación naturaleza-sociedad y en las tensiones que se presentan particularmente en el ámbito de la producción agrícola. En el presente capítulo, realizo una revisión bibliográfica de algunos desarrollos de los problemas ambientales y la contraste con testimonios y observaciones desarrollados en el marco de las discusiones públicas por la reglamentación del uso de agroquímicos en el partido de Pergamino.

Algunas precisiones teórico-metodológicas

Esta investigación se nutre de los debates que tuvieron lugar durante el transcurso de mi formación como antropóloga en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata; de las discusiones con compañeros y profesores con quienes actualmente comparto el Doctorado en Estudios Sociales Agrarios de la Universidad Nacional de Córdoba; y de los aportes e interpelaciones de mis directoras de beca. A su vez, este trabajo intenta dar cuenta de parte del proceso de reflexión colectiva que tiene lugar en la Asamblea por la Protección de la Vida, la Salud y el Ambiente de Pergamino, el cual acompaño desde el año 2013. Señalo esto porque me interesa resaltar que es

fruto de lo que Tamagno y otros (2005) denominan *diálogo con la academia* y *diálogo con el campo*, lo cual tiene algunas implicancias teórico-metodológicas importantes, tales como:

- La consideración de aquellos con quienes trabajamos a diario *no como informantes, sino como interlocutores*, que realizan análisis de los procesos sociales de los cuales forman parte (Bartolomé, 2003; Cardoso de Oliveira, 1998).

- El reconocimiento de un proceso de *construcción conjunta de conocimiento* (Tamagno y otros, 2005), en el cual se redefinen las preguntas que guían la investigación y se comparten nuevas reflexiones e interrogantes.

En efecto, fue en el acompañamiento a la Asamblea y en charlas con sus integrantes que se delineó uno de los interrogantes que motiva en el fondo a mi investigación: ¿es posible construir desde la producción agrícola otro vínculo con la naturaleza?

El vínculo naturaleza-sociedad en la producción

La interacción dinámica entre sociedad y naturaleza, y los problemas que pueden surgir en esa relación han sido abordados muchas veces de manera parcial, centrándose en la organización de la producción, en aspectos tecnológicos, biológicos, ecológicos, o puramente sociales. A continuación centraré la atención en un enfoque economicista, que considero interesante desarrollar ya que subyace en los debates en torno a las consecuencias del uso de agroquímicos.

Pablo Gutman (1985) revisa la forma en que la economía neoclásica aborda las problemáticas ambientales. Para esta corriente teórica, el ambiente físico cumple en el proceso económico las funciones de aprovisionar los insumos y ser, a su vez, el depósito de los residuos del proceso de producción y consumo. El deterioro ambiental, o los problemas de contaminación que afectan a la población son vistos como “*externalidades*”, como situaciones en las que la acción económica de un sujeto puede afectar la dispo-

nibilidad de un bien de propiedad común por parte de otro sujeto. De esta manera, los problemas son entendidos como externos al proceso productivo; y a partir de esta premisa se abren diferentes interpretaciones acerca de qué hacer con ellos. Al respecto, Tsakoumagkos (2012) sintetiza y discute las posturas de dos economistas neoclásicos: Artur Pigou y Ronald Coase. El primero, sostiene que debe responsabilizarse a quien causara perjuicios a la sociedad por el desarrollo de su actividad económica. En estos casos debería intervenir el Estado gravando impuestos y de esta manera se “internalizarían las externalidades”. Por otro lado, Coase (1960 citado en Tsakoumagkos, 2012) miembro de la escuela de economía de Chicago y fuerte opositor a las políticas intervencionistas del Estado, no coincide en que el contaminador deba hacerse cargo de los costos de la contaminación; afirmando que la solución de no producir o de reducir la producción es perjudicial para toda la colectividad, y que el interés del conjunto de la sociedad debe prevalecer sobre el de las víctimas directas de un problema ambiental. En otras palabras, evitar el daño de unos sería un perjuicio para otros. La tensión comienza a plantearse en términos de propiedad privada sobre los recursos, lo que implicaría una negociación entre las partes que establezca qué nivel de contaminación es el aceptable para no perjudicar la maximización de la producción. Así, la economía neoclásica, tanto en el planteo de Pigou como en el de Coase, convierte al ambiente en un objeto económico.

Por su parte, en “La tragedia de los comunes” el biólogo Hardin (1995) desarrolla una línea argumental que retoma la idea malthusiana de una población que crece en un mundo con recursos finitos, para afirmar que los recursos naturales son sobreexplotados por el afán natural del hombre de maximizar la ganancia.

La tragedia de los recursos comunes se desarrolla de la siguiente manera. Imagine un pastizal abierto para todos. Es de esperarse que cada pastor intentará mantener en los recursos comunes tantas cabezas de ganado como le sea posible.

Este arreglo puede funcionar razonablemente bien por siglos gracias a que las guerras tribales, la caza furtiva y las enfermedades mantendrán los números tanto de hombres como de animales por debajo de la capacidad de carga de las tierras. Finalmente, sin embargo, llega el día de ajustar cuentas, es decir, el día en que se vuelve realidad la largamente soñada meta de estabilidad social. En este punto, la lógica inherente a los recursos comunes inmisericordemente genera una tragedia. Como un ser racional, cada pastor busca maximizar su ganancia. (Hardin, 1995:4)

Con la misma lógica, el autor explica los problemas ambientales vinculados con la contaminación:

Aquí el asunto no es sacar algo de los recursos comunes, sino de ponerles algo dentro -drenajes o desechos químicos, radioactivos o térmicos en el agua; gases nocivos o peligrosos en el aire; anuncios y señales perturbadoras y desagradables en el panorama- (...) El hombre razonable encuentra que su parte de los costos de los desperdicios que descarga en los recursos comunes es mucho menor que el costo de purificar sus desperdicios antes de deshacerse de ellos. (Hardin, 1995:6)

Dentro de la lógica de la economía de mercado, aquello que no tiene dueño y por lo tanto no tiene precio, no es valorado, por lo tanto es susceptible de ser deteriorado (Galafassi, 2004). Ante un panorama de recursos escasos, población creciente y hombre maximizador (*Homo oeconomicus*) la respuesta que propone Hardin a los problemas ambientales es la misma que la planteada por la economía neoclásica: privatizar lo común.

El debate por el uso de agroquímicos en el partido de Pergamino. Las representaciones en juego

La interacción sociedad-naturaleza y, particularmente, el análisis del conflicto ambiental, debe ser situado en un contexto de tiempo y espacio específico para poder incorporar todas sus dimensiones (históricas, culturales, económicas, políticas y ecológicas). Es por esto que los estudios de caso resultan de gran relevancia (Brailovsky, 2006; Galafassi, 2006; Gutman, 1988; Merlinsky, 2013) Lo que a continuación presentaré acerca de las discusiones en Pergamino es una primera aproximación a este caso.

El partido de Pergamino, ubicado en la Pampa Húmeda Argentina, cuenta con aptitudes agroecológicas óptimas para el desarrollo de la actividad agropecuaria, basadas en una excelente combinación de suelos, clima y relieve. Durante muchos años fue una zona de gran producción maicera en combinación con ganadería; sin embargo, actualmente la actividad se centra casi exclusivamente en el cultivo de soja transgénica, que se realiza con el uso de grandes cantidades de agroquímicos. En cuanto a la estructura agraria tiene un alto porcentaje de concentración de la tierra, que se encuentra entre las más caras del país (Martínez Dougnac, 2004).

En la zona se asientan plantas de acopio, procesamiento y comercialización de granos, y más de 50 compañías productoras de semillas, entre las que se encuentra la multinacional Monsanto. También existen empresas locales proveedoras de insumos (fertilizantes, agroquímicos) y servicios (alquiler de maquinaria, asesoramiento técnico, fumigaciones). La actividad productiva está potenciada por el desarrollo de investigaciones agropecuarias que se realizan tanto en organismos públicos como el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y la Universidad Nacional del Noroeste de Buenos Aires (UNNOBA), y en empresas privadas como Dow, Pioneer, Barenburg Palaversich, Rizobacter.

A partir de la década del 2000, diversos actores (asambleas de vecinos, científicos de universidades públicas, periodistas, ONG)

han comenzado a cuestionar públicamente uno de los pilares del modelo productivo actual. En este sentido proliferaron denuncias, informes periodísticos y estudios acerca de los problemas generados por el uso de agroquímicos en el ambiente -contaminación de suelos, cuerpos de agua y alimentos- y en la salud -alergias, malformaciones, mortalidad fetal, abortos espontáneos, genotoxicidad-. Estas expresiones y los intentos de regular la actividad han generado disputas en muchas localidades de la pampa húmeda (González, 2015).

Por su parte, en Pergamino, se conformó en 2013 una Asamblea que promovió la promulgación de una legislación municipal que limitara las fumigaciones en áreas periurbanas. La inquietud surgió de vecinos de barrios linderos a campos agrícolas que manifestaban haber sufrido problemas de salud (afecciones respiratorias, alergias, abortos); y amenazas por parte de los productores agropecuarios ante sus denuncias. Paralelamente a la discusión necesaria para elaborar el anteproyecto de Ordenanza Municipal que fue presentado en mayo de ese mismo año, la Asamblea organizó actividades de difusión y comunicación. En ese sentido se realizaron charlas abiertas con la participación de médicos, investigadores y otros especialistas sobre las consecuencias sociales, ambientales y sanitarias de la actual forma de producción agrícola.

Las intervenciones públicas realizadas por la Asamblea por la Protección de la Vida, la Salud y el Ambiente, fueron rápidamente cuestionadas por sectores vinculados a la producción agropecuaria. El principal portavoz de las críticas a la limitación de las fumigaciones fue el grupo Agrolimpio², que se conformó durante esos meses y presentó otro proyecto de Ordenanza Municipal que no contenía una zona de prohibición de las fumigaciones, sino

² Dicho grupo reúne a actores agrarios diversos: Cámara de Sanidad Agropecuaria y Fertilizantes (CASAFE), Sociedad Rural Pergamino (SRP), Asociación Argentina de Productores de Siembra Directa (Aapresid), Federación Agraria Argentina (FAA), empresas proveedoras de servicios agrícolas (ej: fumigaciones), Asociación de Ingenieros Agrónomos del Norte de la provincia de Buenos Aires (AIANBA). Además cuenta con el apoyo de la Universidad Nacional del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires (UNNOBA) y de la Estación Experimental del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) Pergamino.

que proponía una zona de amortiguamiento de 100 metros alrededor de la zona urbana, donde no se pudieran aplicar productos categorizados 1 y 2 por el Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (los más tóxicos, insecticidas en su mayoría).

A fines de 2014 el Concejo Deliberante aprobó una Ordenanza que prohíbe las fumigaciones con agroquímicos a 100 metros de las zonas urbanas, previendo multas para quienes no cumplan con la reglamentación. Luego de su sanción, el debate continuó vigente, con discusiones acerca de la implementación y posibles modificaciones a la legislación.

Los argumentos que esgrimen los grupos que confrontan en la disputa coinciden con lo que Skill y Grimberg (2013) denominan *postura pragmática* y *postura precautoria* en torno a la aplicación de agroquímicos. Por un lado, la Asamblea por la Protección de la Vida, la Salud y el Ambiente comparte la postura precautoria con otros grupos (vecinos, médicos y organizaciones sociales)³ al afirmar que existe evidencia suficiente de que los agroquímicos tienen efectos nocivos para la salud y el ambiente, y por lo tanto su uso debe ser limitado. Por otro lado, el grupo Agrolimpio representa la postura pragmática al afirmar que no representan riesgos para la salud y el ambiente si se realiza un buen uso de ellos. Dentro de este marco promueven y difunden, con la realización de cursos y charlas, lo que ellos denominan las “Buenas Prácticas Agrícolas”, que son recomendaciones de manejo de dichos productos, como el triple lavado de los envases, la utilización de vestimenta y protección adecuadas, etc.

Las discusiones, sin embargo no se agotan en el hecho de si los agroquímicos son o no inocuos y se remontan a cuestiones más generales vinculadas con la producción.

“Es imposible lograr niveles de producción suficientes para la población mundial en crecimiento sin usar agroquímicos”.

³ En carácter de ejemplo se pueden mencionar: Madres del Barrio Ituzaingó Anejo- Córdoba, Médicos de Pueblos Fumigados, Centro de Protección a la Naturaleza (CEPRONAT), Grupo de Reflexión Rural (GRR), Asamblea Malvinas Lucha por la Vida.

Este enunciado, formulado por un representante de Agrolimpio en una entrevista con una radio local, es repetido en muchos ámbitos. Ha sido presentado por defensores de la biotecnología como el premio Nobel de la Paz, Norman Borlaug (2001), quien afirmaba en una nota periodística que el mayor desafío que enfrenta la humanidad es producir alimentos y que el problema de su abastecimiento se encuentra en la oposición del extremismo ambientalista que provoca terror y demora la aplicación de los avances científicos. En el caso de la disputa en Pergamino, el argumento es utilizado para justificar el uso de agroquímicos y responder a quienes pretendían poner en discusión el actual modelo productivo. Además, servía para ubicar a los productores agropecuarios como los sujetos responsables de “generar alimentos para el mundo”, con un fin altruista, corriendo el eje de la búsqueda de lucro. Este pensamiento asimismo, profundamente arraigado, coincide con el planteo Coase (citado en Tsakoumagkos, 2012), según el cual la producción no debe reducirse en caso de que existan afectados directos por contaminación, porque su disminución afectaría al conjunto de la población.

La cuestión de las multas económicas que prevé la Ordenanza para quien infrinja la norma de no fumigar en los 100 metros que rodean a las áreas urbanas, también ha suscitado resistencias por parte de los productores. El espíritu de dicha legislación también se puede relacionar con el tratamiento de los temas ambientales por parte de la economía neoclásica, pero en este caso más vinculado con Pigou (citado en Tsakoumagkos, 2012) quien afirmaba que quien contamina debe pagar. Al respecto, una productora agropecuaria se expresaba:

“Nos piden que hagamos las cosas bien, que hagamos rotaciones, que cuidemos el suelo, que no usemos agroquímicos para proteger el ambiente... ¡pero alguien nos tiene que retribuir por eso! Nos tendrían que sacar todos los impuestos. Si la sociedad reclama esas cosas que las pague la

sociedad entera, no sólo el campo”⁴.

Según este testimonio, se debería beneficiar de alguna manera a quien no realice un perjuicio al ambiente, por ejemplo, con excepción de impuestos. Aquí se pone en juego la discusión de quién debe pagar los costos de la preservación ambiental.

Consideraciones finales

La disputa por las fumigaciones con agroquímicos en Pergamino permite observar interpretaciones de la problemática en las que se reflejan ideas que provienen principalmente del enfoque de la economía ambiental neoclásica respecto del uso de los recursos naturales. Esto se plasma en las posturas que priorizan la maximización de la producción por sobre el cuidado de la salud o el medio ambiente, sostenidas por los actores sociales vinculados con la producción agropecuaria. Sin embargo, por otro lado, surgen en el contexto de los conflictos ambientales, grupos como la Asamblea por la Protección de la Vida, la Salud y el Ambiente, que reclaman por el derecho a la salud y a un ambiente no contaminado, poniendo en cuestión el actual modelo productivo.

Estas disputas, que están actualmente vigentes y se multiplican en el territorio, reafirman la necesidad de realizar cambios paradigmáticos profundos acerca de la idea de desarrollo, que impliquen una racionalidad productiva que priorice el bienestar de toda la sociedad en un marco de sostenibilidad ambiental. En este contexto, considero que desde el ámbito académico se deben propiciar por un lado, las propuestas de trabajo interdisciplinario que aborden la relación de lo natural y lo social en el proceso productivo, focalizando en las causas del conflicto; y por el otro, un profundo diálogo con las comunidades afectadas por los procesos de despojo y apropiación de los bienes comunes.

⁴ Entrevista realizada a productora agropecuaria que administra un campo de 50 hectáreas de su propiedad en el partido de Pergamino. Pergamino, mayo de 2015

Bibliografía

Bartolomé, Miguel A. (2003) “En defensa de la etnografía: Aspectos contemporáneos de la investigación intercultural”. *Revista de Antropología Social*, (12), 199-222.

Bouralg, Norman. (2001) “Sólo la biotecnología salvará al mundo” (29 de enero de 2001). *Clarín* [en línea]. [Consulta: 17 de agosto de 2015]. Disponible en: <http://edant.clarin.com/diario/2001/01/29/o-01615.htm>

Brailovsky, Antonio E. (2006). *Historia ecológica de Iberoamérica*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Cardoso de Oliveira, Roberto. (1998) *O trabalho do antropólogo*. Brasília, Paralelo, 15.

Galafassi, Guido. (2004) *Naturaleza, Sociedad y Alienación. Ciencia y proceso social en la modernidad*. Montevideo: Nordan-Comunidad.

Gutman, Pablo. (1985) “Teoría económica y problemática ambiental: un diálogo difícil”. *Desarrollo Económico* (25), 47-70.

----- (1988) *Desarrollo rural y medio ambiente en América Latina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

González, Diana V. (2015) “Racionalidad económica / racionalidad ambiental. Un análisis de caso en la pampa húmeda, provincia de Buenos Aires”. Trabajo presentado en las VII Jornadas de Economía Crítica. Río Cuarto, Argentina.

Hardin, Garrett. (1995) “La tragedia de los comunes”. (Trad. H. B. Sánchez.) *Gaceta Ecológica 37* Instituto Nacional de Ecología, México. (Original en inglés, 1968)

Martínez Dougnac, Gabriela. (2004) “Apuntes acerca de la historia de la soja en la Argentina. Elementos para delinear experiencias comparadas”. *Documentos CIEA 2*

Merlinsky, Gabriela. (2013) *Cartografías del conflicto ambiental*. Buenos Aires: Ediciones CICCUS.

Skill, Karin. (2010) “Investigar problemas ambientales en antropología social. Pertinencia social y científica: una aproximación al campo”. *AVÁ, Revista de Antropología 18*, 77-92.

Skill, Karin y Grimberg, Ezequiel. (2013) “Controversias socio-técnicas en torno a las fumigaciones con glifosato en Argentina.

Una mirada desde la construcción social del riesgo” En: Merlinsky, G. *Cartografías del conflicto ambiental*. Buenos Aires: Ediciones CICCUS.

Tamagno, Liliana, Stella Maris García, María Amalia Ibáñez Caselli, María del Carmen García, Carolina Maidana, Marcela Alaniz y Verónica Solari Paz (2005). “Testigos y protagonistas: un proceso de construcción de conocimiento conjunto con vecinos qom. Una forma de hacer investigación y extensión universitaria”. *Revista argentina de sociología*, (5), 206-224.

Tsakoumagkos, Pedro. (2012) “Tres enfoques económicos de los problemas ambientales”. *Revista Facultad de Agronomía, UBA*, 26(3), 213-223.

AUTORES/AS

Ana Carolina Arias. Nacida en S.C. de Bariloche (Río Negro) en 1983, es licenciada en Antropología por la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata (FCNyM-UNLP). Actualmente se desempeña como becaria doctoral tipo B de la misma universidad con lugar de trabajo en el Archivo Histórico de la FCNyM y está realizando el Trabajo Final de la Especialización en Educación, Géneros y Sexualidades (FaHCE, UNLP). Investiga sobre la historia de la antropología en la argentina y en particular sobre la participación de las mujeres en las redes de recopilación y circulación de materiales e información sobre culturas indígenas durante el período 1920-1940. Asimismo, se desempeña como Ayudante Diplomada en la cátedra Orientaciones en la Teoría Antropológica, de la FCNyM.

Correo electrónico: anacarolinaarias@yahoo.com.ar

Florencia Basso. Nacida en La Plata (Buenos Aires) en 1986, es Profesora en Historia de las Artes Visuales, Facultad de Bellas Artes, Universidad Nacional de La Plata (FBA-UNLP). Fue becaria Tipo A y Tipo B de maestría en la UNLP (2011-2015) y pasante en el Instituto de Historia del Arte Argentino y Americano (FBA-UNLP). Actualmente se encuentra en la fase de defensa de tesis de la Maestría en Historia y Memoria (FaHCE-UNLP) e investiga sobre las producciones artísticas en relación a la memoria de la segunda generación de exiliados políticos argentinos en México, en especial aquellas que trabajan sobre lo fotográfico, lo corporal y lo objetual. Es ayudante en Epistemología de las Ciencias Sociales en la Facultad de Bellas Artes (UNLP) y ayudante en Historia Sociocultural del Arte II de la carrera de Artes Audiovisuales en la UNA. Ha realizado muestras individuales y colectivas en diferentes espacios e instituciones, trabaja especialmente con el dibujo y el grabado.

Correo electrónico: florenciabasso@gmail.com

María Sofía Bernat. Nacida en Tres Arroyos (Buenos Aires) en 1988. Es Licenciada en Comunicación Social con Orientación en Periodismo (FPyCS-UNLP). Doctoranda en Comunicación (FPyCS-UNLP). En la actualidad se desempeña como becaria interna doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) para temas estratégicos (inclusión social). Integra proyectos de investigación (UNLP) y extensión (UNQ). Ayudante adscripta en Comunicación y Teorías Cátedra I (FPyCS-UNLP).

Correo electrónico: sofiabernat@gmail.com

Ornela Boix. Nacida en 1986 en Mar del Plata (Buenos Aires), es Doctora en Ciencias Sociales, Magíster en Ciencias Sociales y Licenciada en Sociología (UNLP). Es ayudante diplomada en la cátedra Metodología de la Investigación Social II del Departamento de Sociología (FaHCE-UNLP), dedicada a los métodos cualitativos. Asimismo, se desempeña como docente en seminarios de posgrado sobre estudios culturales y métodos etnográficos. Es becaria postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-UNLP/CONICET) y trabaja los vínculos entre música, políticas públicas y modalidades de profesión emergentes para ciertas franjas de la juventud contemporánea. En este plan, ha realizado estancias de investigación en universidades de Brasil y Francia.

Correo electrónico: ornelaboix@gmail.com

Juan B. Branz. Nacido en Comodoro Rivadavia (Chubut), en el año 1982. Doctor en Comunicación (UNLP). Licenciado en Comunicación (FPyCS-UNLP). Docente de la FPyCS (UNLP) Becario postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)/IDAES (2015-2017). Becario postgrado Tipo II Conicet/Idaes (2013-2015). Becario postgrado Tipo I Conicet (2010-2013). Becario de estudios CIC (2009-2010). Es especialista en temas y problemas vinculados a los estudios sociales del Deporte. Co-autor del libro Deporte

y Ciencias Sociales. Claves para pensar las sociedades contemporáneas (EDULP-EPC, 2012).

Correo electrónico: juanbab@yahoo.com.ar

Nicolás Cuello. Nacido en la ciudad de Cipolletti (Río Negro) en 1989. Es Profesor de Historia de las Artes por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se desempeña como Becario Interno Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y cursa actualmente el Doctorado en Ciencias Sociales en la UBA. Trabaja como docente en la Universidad Nacional de las Artes (UNA). Es miembro del Laboratorio de Investigación y Documentación en Prácticas Artísticas Contemporáneas y Modos de Acción Política en América Latina (FBA-UNLP), y es parte del proyecto de investigación “Genealogías críticas de las desobediencias sexuales desde el sur” radicado en esta unidad de investigación. Allí también coordina los encuentros del Grupo de Trabajo “Políticas Visuales de los Afectos”. Se desempeña como secretario de la Cátedra Libre “Prácticas Artísticas y Políticas Sexuales” también en la UNLP. Además, forma parte de la colectiva asesora del Programa de Memorias Políticas Feministas y Sexo-Genéricas del CeDInCI/UNSAM. Su trabajo como investigador se centra en la intersección de prácticas artísticas, políticas sexuales, representaciones críticas de los cuerpos, desde perspectivas feministas/postfeministas en torno a la crisis neoliberal del 2001.

Correo electrónico: cuellonicolas@hotmail.com

Diana Victoria González. Nacida en La Plata (Buenos Aires) en 1988, es licenciada en Antropología, egresada de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad de La Plata (FCNyM-UNLP). Se desempeña como becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) Se encuentra cursando el Doctorado en Estudios Sociales Agrarios de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Fue becaria en el Programa de Estímulo a las Vocacio-

nes Científicas del Consejo Interuniversitario Nacional (EVC 2012-CIN) y pasante en el marco del proyecto “Pueblos Indígenas del Chaco argentino. Procesos migratorios y contactos interétnicos. Segunda etapa”. En la actualidad investiga el conflicto ambiental en el agro pampeano, en particular, las disputas en torno al uso de agrotóxicos en el partido de Pergamino (Buenos Aires, Argentina).

Correo electrónico: dianavgonzalez@hotmail.com

Canela Constanza Gavrila. Nacida en Berisso (Buenos Aires) en 1984, es Profesora en Historia graduada en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (FaHCE-UNLP). Actualmente se desempeña como becaria maestranda tipo A de la misma universidad con lugar de trabajo en el Centro de Estudios en Trabajo Social y Sociedad en la Facultad de Trabajo Social (CETSyS - FTS). Investiga sobre la feminización laboral en el proceso de profesionalización del trabajo social en la ciudad de La Plata, en particular analiza el vínculo entre las agentes del servicio social con las mujeres madres trabajadoras durante el período de 1920- 1950. Desde el año 2012 se desempeña como Ayudante Diplomada Ordinaria en la cátedra Historia Social de Argentina y América Latina, de la FTS-UNLP.

Correo electrónico: elcorreodecanela@gmail.com

Matías David López. Nacido en La Plata (Buenos Aires) en 1983. Es Licenciado y Profesor en Comunicación Social por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (FPyCS-UNLP). Actualmente se encuentra escribiendo su Tesis Doctoral en Comunicación (UNLP) sobre prácticas de intervención cultural en el espacio público en la ciudad de La Plata. Becario interno Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Comunicación (FPyCS-UNLP). Es docente y extensionista, se desempeña en la materia Comunicación

Social (Liceo “V́ctor Mercante” - UNLP) y en la Diplomatura en Comunicaci3n Popular (UNQ). Co-editor y autor del libro *Lo p3blico en umbral* (IICom-EPC-UNLP, 2013). Forma parte de diversos proyectos culturales, entre ellos, integrante del colectivo editorial de la revista *boba*, dedicada al arte contempor3neo.

Correo electr3nico: matiasdlopez@yahoo.com.ar

Mariana Lucía Saez. Nacida en La Plata (Buenos Aires), en 1984. Es Licenciada en Antropología (FCNyM- UNLP), integrante del Grupo de Estudio sobre Cuerpo (CICES, IdIHCS, UNLP-CONICET) desde su formaci3n en el ańo 2008. Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), se encuentra escribiendo su Tesis Doctoral con orientaci3n en Antropología (FFyL-UBA) acerca de la construcci3n de subjetividades, identidades y corporalidades en pr3cticas corporales artísticas, analizando los casos de la danza contempor3nea y las artes del circo en la ciudad de La Plata. Se desempeńa como docente en la C3tedra Etnografía I (FCNyM-UNLP). Es adem3s bailarina y docente de danza. Formada en danza cl3sica y contempor3nea en la Escuela de Danzas Cl3sicas de La Plata, complement3 sus estudios en forma independiente. Actualmente integra “Aula 20”, Grupo de Danza de la Facultad de Bellas Artes (UNLP) y forma parte de la compańía independiente “Proyecto en bruto”.

Correo electr3nico: marianalsaez@yahoo.com.ar

Emiliano Sanchez Narvarte. Nacido en Tres Arroyos (Buenos Aires) en 1986. Profesor en Comunicaci3n Social (FPyCS-UNLP). Doctorando en Comunicaci3n (FPyCS-UNLP). Docente Adjunto de la C3tedra III de Comunicaci3n y Medios (FPyCS-UNLP). Docente de la materia Pr3cticas Culturales en la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Becario interno doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con lugar de trabajo en el Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura

y Poder “Aníbal Ford” (FPyCS-UNLP), en el que coordina el Grupo de Trabajo “Historia de los Estudios en Comunicación y Cultura en Argentina”. Ha publicado artículos en revistas científicas nacionales e internacionales, es co-autor junto a Anahí Angelini de Jóvenes y política. Reflexiones sobre el “voto joven” en Argentina (2014) y coordinó con Florencia Saintout, Los estudios de comunicación en Argentina. Consensos y disensos (2015, en prensa).

Correo electrónico: emiliano.sanchez@perio.unlp.edu.ar

INDISCIPLINAS SE TERMINO DE IMPRIMIR EN DICIEMBRE DE
2016 EN DOCUPRINT.

LOS LIBROS DE CLUB HEM EDITORES SON DISTRIBUIDOS POR

IMLUSTRA
malisiadistribuidora@gmail.com

COEDICIÓN

